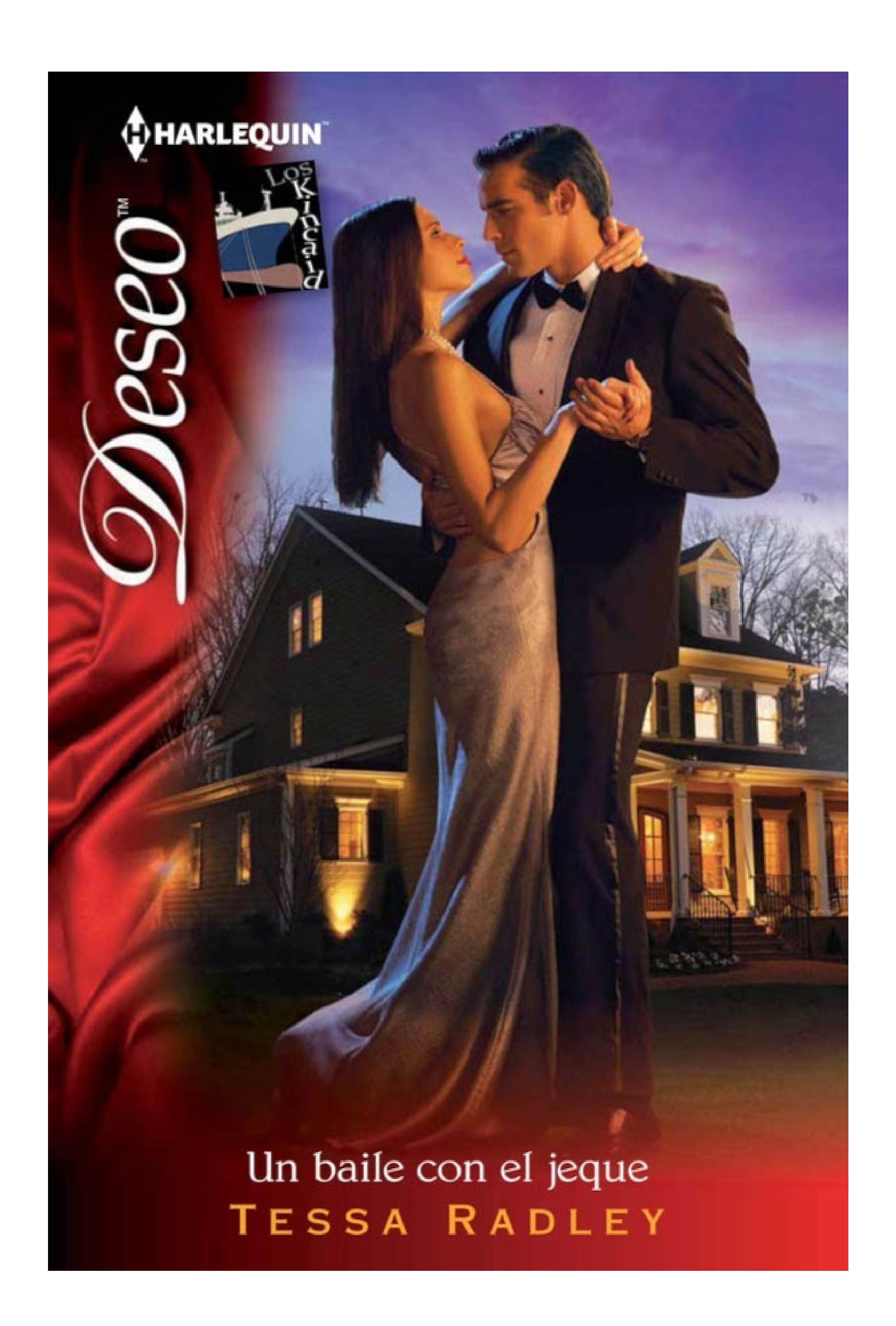

HARLEQUIN
Deseo
Los Kincaid
Un baile con el jeque
TESSA RADLEY

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

UN BAILE CON EL JEQUE, N.º 93 - mayo 2013
Título original: One Dance with the Sheikh
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3065-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo Uno

¿Quién era aquella mujer?, se preguntó Rakin.

La larga cabellera de color castaño rojizo le caía por la espalda, y cada vez que se movía la luz del sol la hacía relumbrar como lenguas de fuego. Su figura, alta y esbelta, estaba enfundada en un vestido gris plateado que parecía una segunda piel y resaltaba sus formas femeninas.

Le había sorprendido que su amigo Eli, después de que lo dejase su prometida, Laurel Kincaid, se hubiese enamorado perdidamente y en cuestión de unas pocas semanas de su hermana Kara, y que estuviese a punto de casarse con ella.

Más aún se había sorprendido cuando sus ojos se posaron en la hermosa dama de honor con su glorioso cabello rojizo cuando se acercó a la novia para tomar el ramo de rosas rojas de sus manos.

Tenía que ser ella, Laurel Kincaid, la mujer que había dejado plantado a su mejor amigo a menos de un mes de la boda.

Un niño avanzó con un cojín sobre el cual iban las alianzas nupciales. La singular belleza extendió una mano hacia él para guiarlo, pero el pequeño se apartó y se plantó entre Eli y Kara, haciendo reír a todos los presentes.

Ella giró la cabeza y paseó la vista entre los invitados. Sus ojos eran verdes, el verde esmeralda más intenso que Rakin había visto jamás. De pronto esos ojos se encontraron con los suyos, y fue como si el tiempo se detuviera. Ya no oía a Kara repitiendo sus votos matrimoniales, ni percibía el fragante aroma de los árboles en flor. Era como si solo existiese aquella criatura celestial.

Cuando ella apartó la vista Rakin volvió a respirar. Eli le había dicho que su exprometida era una belleza, pero la ola de deseo que lo había invadido era algo que no había esperado.

Estaba impaciente por que la ceremonia terminase y llegase el momento de felicitar a los recién casados, porque confiaba en que Eli se la presentaría.

La boda de su Kara se estaba celebrando en la residencia de su madre, la impresionante mansión Kincaid. Aunque Laurel conocía a todos los invitados, no tenía la menor idea de quién podría ser ese hombre.

¿Por qué lo habría invitado su hermana? ¿Y por qué nunca le había hablado de él?

Volvió la cabeza al frente y vio que Eli le tomaba las manos a Kara. Las alianzas de oro de ambos brillaban con el sol. De pronto se le hizo un nudo en la garganta.

¡Oh, no…! ¿No iría a salir llorando? Nunca había sido de esas personas de lágrima fácil en las bodas. Siempre sonreía y decía lo que se debía decir en cada momento. Además, aquella boda era un motivo de alegría, y si salía llorando seguro que más de uno sacaría conclusiones equivocadas. Giró la cabeza y recorrió con la mirada las caras de los elegantes invitados. Había más de uno que sin duda pensaría lo peor si la viese llorando, y en cuestión de días correría por la ciudad el rumor de que estaba destrozada por que Kara se hubiera casado con Eli, a pesar incluso de que hubiera sido ella la que había roto su compromiso con él.

De hecho, estaba muy feliz por ellos, y se sentía aliviada de no ser ella quien estuviese casándose en ese momento, porque habría sido un error. Pero nadie lo creería si salía llorando en ese momento. «Contrólate», se conminó en silencio.

Elizabeth Kincaid sonreía mientras miraba a Kara y a Eli, pero ella, la madre de la novia, había estado a punto de no poder asistir a la boda de su hija porque la policía la había considerado la principal sospechosa del asesinato de su marido hasta que hacía unas semanas se había demostrado su inocencia.

Ahora las sospechas recaían en el hosco Jack Sinclair, del que no habían sabido nada hasta el día del funeral de su padre. Laurel jamás olvidaría ese día, ni lo chocante que había sido descubrir la doble vida que su padre había estado llevando en secreto durante décadas.

Jack Sinclair también estaba allí, en la boda, sentado a la derecha de su madre, Angela Sinclair, que fue amante de su padre y el gran amor de su vida. A la izquierda estaba sentado Alan, hermano de Jack pero hijo de un padre distinto.

Los habían invitado porque su madre siempre había pensado que

uno debía hacer lo correcto, aun cuando le resultase doloroso.

Alan y Jack no podrían ser más distintos: Alan no era en absoluto hosco. Era rubio, mientras que Jack era moreno; y alegre como un día soleado, no como Jack, que le recordaba a los nubarrones negros que cubren el cielo cuando se avecina una tormenta.

–Puedes besar a la novia.

Las palabras del sacerdote la sacaron de sus pensamientos, y cuando Eli inclinó la cabeza para besar a su hermana, Laurel apartó la vista, y sus ojos se encontraron una vez más, con los de aquel atractivo y misterioso extraño.

Laurel se detuvo en el umbral del dormitorio de Kara y paseó la mirada por las cosas que había desperdigadas aquí y allá: una caja de zapatos abierta en el suelo, un ramillete abandonado por una de las niñas que habían llevado las flores en la ceremonia… El velo de Kara colgaba ya del respaldo de una silla, y en el tocador, entre los frascos de perfume, había cuatro copas de champán vacías, y a un lado, una cubitera con la botella. Nada como una pizquita de alcohol para calmar los nervios de la novia mientras se refrescaba un poco y se retocaba el maquillaje para el banquete y el baile.

En medio de todo el desorden Kara estaba de pie frente a un espejo de cuerpo entero examinando con ojo crítico el dobladillo de la falda de su vestido de novia.

–No le he hecho un agujero al dobladillo, ¿verdad, Laurel? –le preguntó, levantando la vista hacia ella.

Laurel se acercó y examinó también el delicado dobladillo festoneado.

–No que yo vea.

–Gracias a Dios –murmuró su hermana pequeña con alivio, dejando caer la falda–. Creía que le había hecho un agujero con el tacón cuando volvíamos dentro.

–Relájate; va todo estupendamente –le dijo Laurel asiéndola por los hombros para mirarla a los ojos–. Es usted una novia preciosa, señora Houghton. Y eso que aún no te has retocado el brillo de labios que se llevó el novio al besarte.

Era la verdad. Kara irradiaba ese día la clase de belleza que

surge del interior cuando uno se siente feliz. Con cuidado de no arrugarle el vestido, la envolvió en un cálido abrazo, pero Kara no tenía esos reparos y la estrechó con fuerza contra sí.

–Sé que suena raro, pero nunca podré agradecerte lo bastante que plantaras a Eli –murmuró.

Laurel se echó hacia atrás para mirarla y sonrió.

–Te aseguro que si nos hubiéramos casado habría sido el mayor error de nuestras vidas.

En vez de estar soñando despierta con lo maravilloso que sería estar casada con Eli se había encontrado pensando en lo monótona y aburrida que se volvería su vida. No quería acabar así, y había sido entonces cuando, en un momento de desesperación, había hecho una lista de qué podría hacer para cambiar las cosas, para empezar a vivir de verdad.

Al leer el punto número uno de la lista después de escribirlo: «Dejar a Eli», se había sentido cruel y se había preguntado si sería capaz de hacerlo pero el solo escribir esas tres palabras había sido como una especie de catarsis, y había sabido de pronto que no tenía otra elección. Eli y ella nunca podrían ser felices juntos.

Para no hacerle más daño le había dicho que no podía casarse con él porque su vida estaba patas arriba con todo lo que había ocurrido en los últimos meses: el asesinato de su padre, el chocante descubrimiento de que había tenido otra familia durante años, la angustia de que arrestaran a su madre…

Sin embargo, al ver el tremendo alivio que se había reflejado en los ojos de Eli se había dado cuenta de que no era la única que quería escapar de aquella relación.

Había pasado casi un mes desde que habían roto su compromiso, y Eli acababa de casarse con su hermana. Había encontrado la felicidad junto a Kara, y ahora estaba viviendo de verdad.

Laurel no había cumplido todavía con ninguno de los propósitos que había escrito en esa lista suya. Claro que romper con las viejas costumbres y superar las inhibiciones no era nada sencillo. Y eso que siempre llevaba la lista en el bolso para recordarse que tenía que dejar de pensar y actuar.

Sí, tenía que empezar a vivir, a vivir de verdad. Como en ese electrizante momento durante la ceremonia en que sus ojos se habían encontrado con los de aquel extraño.

Soltó a su hermana y sacó la botella de champán de la cubitera para servirle un poco a ambas. Le tendió una a Kara y levantó la suya para brindar.

–Que seas muy feliz.

–Lo soy. Hoy es el día más feliz de mi vida.

Laurel estaba segura de que así era, porque su hermana estaba radiante, como una princesa de cuento de hadas, y no pudo evitar sentir una punzada de celos. Tomó un trago de champán y dejó de nuevo la copa en el tocador.

–Eli y yo siempre habíamos sido tan buenos amigos que pensábamos que con eso bastaría para que funcionase… o yo al menos lo pensaba, pero no era así. No teníamos esa conexión especial que hay entre vosotros.

No había sentido siquiera hacia él ni una cuarta parte de la intensa atracción que había experimentado cuando sus ojos se habían encontrado con los de aquel extraño durante la ceremonia.

–Es amor; amor verdadero –murmuró Kara con ojos soñadores–. Es mi alma gemela. Soy muy afortunada. Y es curioso, porque eras tú quien más trato tuviste con Eli durante nuestra adolescencia.

–Solo porque teníamos la misma edad –apuntó Laurel–. Estábamos en el mismo curso, nos invitaban a los mismos actos sociales…

–Pero nunca llegaste a conocer a su mejor amigo, ¿no?

–¿Rakin Abdellah? –Laurel había oído hablar mucho de él, el nieto de un príncipe de Oriente Medio con quien Eli había entablado una estrecha amistad en Harvard–. Es una lástima que no haya podido venir a la boda.

–¡Pero si ha venido! –Kara dejó su copa junto a la de ella y se sentó en el taburete frente al tocador–. Eli me lo presentó cuando se acercó a felicitarnos después de la ceremonia –dijo tendiéndole un peine.

Laurel vaciló mientras lo tomaba. ¿Sería posible que…?

–¿Y dónde estaba yo?

–Debió ser cuando Flynn le pegó con el cojín de los anillos a las niñas que llevaban las flores y saliste corriendo detrás de él para evitar que hiciera más travesuras.

–Pues a lo mejor es el destino, que no quiere que nos conozcamos. Cada vez que ha venido por negocios y Eli me lo ha

querido presentar yo o estaba ocupada o me había surgido algo en el último momento.

Sin embargo, Laurel no podía dejar de preguntarse si aquel extraño podría ser el mejor amigo de Eli.

–¿Cómo iba vestido? –le preguntó a Kara.

–¿Quién?

Laurel sacudió la cabeza.

–Rakin, ¿quién si no? El hombre del que estábamos hablando.

–No lo sé; el único hombre para el que tengo ojos hoy es Eli.

Laurel se rio y se puso a peinarla.

–Hablando de Eli, vas a tener que volver a aplicarte el brillo en los labios.

Kara le lanzó una mirada traviesa a través de su reflejo en el espejo.

–¿Para qué?, acabará quitándomelo otra vez cuando vuelva a besarme –replicó, y de pronto entornó los ojos–. Laurel… ¡llevas los labios pintados de rojo!

Laurel se encogió de hombros.

–Si no te habías dado cuenta hasta ahora es que tampoco resulta tan chocante.

–Eso significa que has decidido poner en marcha tu plan de arriesgarte un poco –dedujo Kara–. Me dijiste que querías despegar las alas e intentar ser un poco más desinhibida, y que te pedí que tuvieras cuidado y no hicieras locuras, pero hasta ahora no habías dado muestras de que lo estuvieras llevando a la práctica.

–¿Me imaginas a mí, doña Responsable, haciendo locuras? –le preguntó Laurel riéndose mientras la peinaba.

–De acuerdo, no debería haberte dicho eso. Necesitas divertirte un poco. ¿Y si le pidiéramos a Eli que te presentara a Rakin?

–¡Ni se te ocurra! –exclamó Laurel. Y para quitarle a su hermana la idea de la cabeza cambió de tema–. ¿Te has fijado en lo pendiente que ha estado Cutter de mamá todo el tiempo?

–Es verdad; no la ha dejado sola ni un momento.

–Creo que le hará mucho bien a mamá; parece que la quiere de verdad –murmuró Laurel acabando de peinar a su hermana. Dio un paso atrás para ver cómo había quedado y le aplicó un poco de laca–. Además, al dar un paso adelante y contarle a la policía que la noche en que asesinaron a papá ella estaba con él demostró que no

le importaba lo que la gente pudiera decir. Gracias a él la dejaron salir bajo fianza.

–Me he ofrecido a organizarles una pequeña boda, algo elegante y discreto, pero mamá se negó en redondo. Me dijo que le parece que lo de papá todavía está demasiado reciente y que deberían esperar un tiempo.

–Eso es ridículo –el que su madre estuviese dejándose influenciar por lo que los demás pudieran pensar hacía que le hirviera la sangre–. Mamá tiene que hacer lo que la haga feliz.

–Yo también creo que se merece algo de felicidad después de cómo la engañó papá durante años, y si casarse con Cutter la hace feliz, no deberían esperar –Kara se giró hacia ella–. Y por cierto, no me había fijado hasta ahora en tu color de labios con la ceremonia y los nervios y todo lo demás –le dijo, dándole a entender que no se había olvidado con el cambio de tema–, y quiero saber qué es lo siguiente que piensas hacer.

Laurel sintió que se le subían los colores a la cara. Ni ella misma lo sabía, y le daba vergüenza confesarle a Kara que había hecho una lista.

–Bueno, tampoco es nada del otro mundo –dijo quitándole importancia.

Estaba el deseo frívolo de comer helado en la cama, pero había más, como el punto número cinco de la lista: «Pasar toda una noche jugando en un casino». O como el punto número seis: «Viajar a lugares exóticos».

Kara ladeó la cabeza y le dijo:

–Bueno, nunca te habías pintado los labios de rojo porque lo veías demasiado atrevido, así que yo diría que eso ya es un gran cambio.

Los labios rojos chocaban con su cabello pelirrojo; le parecía que ese color le daba un aire de chica fácil. Se inclinó hacia delante y fingió estar mirándose en el espejo. El pintalabios no se le había corrido ni un ápice, ni se le correría a menos que encontrase a alguien a quien besar. Y eso le recordó el punto número tres de su lista: «Flirtear con un extraño». De solo imaginarlo se ruborizó.

¿Cómo podía habérsele ocurrido incluir en su lista «flirtear con un extraño»? Debería haber puesto «besar a un extraño». Aquel pensamiento que se le pasó de repente por la cabeza la sorprendió.

–¡Te has sonrojado! –exclamó Kara, sacándola de sus pensamientos–. ¿Es por un hombre? ¿Por eso te has pintado los labios de rojo? ¿Por eso no quieres que le pida a Eli que te presente a su amigo?

–No hay ningún hombre –replicó Laurel, deseando que no se le notase tanto cuando se sonrojaba–. Si me he pintado los labios de rojo ha sido por mí.

Por un momento se sintió tentada de contarle a Kara lo de la lista, pero luego decidió que no podía hacerlo. Kara empezaría a preocuparse de que hiciera alguna locura y lo último que quería era preocuparla en el día de su boda.

Apuró su copa de champán y al dejarla en el tocador se miró en el espejo y sus ojos volvieron a posarse en sus labios. ¿Cómo sería besar a aquel atractivo extraño? Una imagen mental de su sensual boca tomando los rojos labios de ella hizo que una ola de calor la invadiera.

Y entonces recobró el sentido común. ¿Y si resultase ser el amigo de Eli? Estaría completamente fuera de lugar. Ella, que siempre había sido la perfecta hermana mayor, la que hacía lo que se esperaba de ella, la que se esforzaba por sacar las mejores notas, la que siempre volvía a casa a la hora que le decían. Siempre había sido un ejemplo para sus hermanas: nunca había llevado minifalda, nunca se había hecho un *piercing*, nunca había llevado vaqueros rotos, nunca había flirteado con los chicos…

Apartó la vista del espejo con la intención de bromear y hacer reír a su hermana, pero se encontró con que Kara se había levantado y la miraba.

–Te queda bien ese rojo. Pareces una estrella de cine. Deberías desmelenarte más a menudo.

Laurel se rio mientras la seguía hasta la puerta.

–Ten cuidado: podría tomarme eso como que tengo tu permiso para hacer alguna locura.

Kara se detuvo en el umbral, la miró por encima del hombro y sonrió.

–¿Y por qué no? Empieza hoy. Ya sabes lo que se dice: no dejes para mañana…

¿Hoy?, repitió Laurel para sus adentros. ¿Esa noche? Las manos se le pusieron frías y sudorosas en cuanto Kara salió del dormitorio.

Una cosa era hablar de desmelenarse y otra muy distinta era hacerlo. Se sentía como si estuviera al borde de un precipicio.

¿Debía dar el primer paso hacia lo desconocido? ¿Hacer alguna locura esa noche? ¿O sería mejor que dejase las cosas como estaban y… y sentirse insatisfecha durante el resto de su vida?

Estaba cansada de perderse lo que otros habían vivido y estaban viviendo. Quería volver a sentir esa energía electrizante que había experimentado cuando su mirada se había cruzado con la de aquel extraño. Ese arranque de rebeldía hizo que un cosquilleo de excitación le recorriera la espalda. Era como un placer prohibido, sucumbir a esa tentación de hacer locuras.

Inspiró profundamente. Sí, estaba decidido; iba a hacerlo. Kara tenía razón: ¿a qué iba a esperar para vivir? Salió del dormitorio con una sola idea en la mente: esa noche iba a flirtear con un extraño.

Capítulo Dos

En el elegante salón una banda de jazz tocaba piezas de blues. Laurel, que iba canturreando por lo bajo detrás de Kara casi se chocó con Alan Sinclair, que apareció de repente frente a ellas con una copa de champán en cada mano. Milagrosamente consiguió que no se le volcaran, y Laurel se deshizo en disculpas.

–No pasa nada –dijo Alan riéndose–. De hecho, son para ustedes, bellas señoritas –dijo tendiéndoles sendas copas. Sus ojos castaños brillaban con humor.

–Yo solo tomaré un sorbito –dijo Kara con una sonrisa, tomando una de las dos copas–. Necesito mantenerme sobria para acordarme de los nombres de todos los invitados.

Laurel tomó la otra copa.

–Gracias.

–Antes no he podido felicitarte –le dijo Alan a Kara–. Eli es un hombre muy afortunado. Os deseo lo mejor.

–Gracias, Alan –contestó ella con una sonrisa de oreja a oreja–. Y yo espero que tú conozcas pronto a la mujer de tus sueños. ¿Quién sabe?, a lo mejor la encuentras esta noche.

Alan se rio.

–Bueno, la esperanza es lo último que se pierde, ¿no?

Cuando se alejaban de Alan, Laurel le comentó a su hermana:

–Es un buen hombre.

–Y muy atento también –asintió Kara.

Habían llegado a la mesa principal, y Eli se levantó como un resorte para acercarle la silla a Kara cuando fue a sentarse.

Laurel ocupó el sitio libre junto a su madre y dejó su copa de champán sobre el blanquísimo mantel. Un camarero se acercó para rellenarle la copa.

–¿Y Cutter? –le preguntó Laurel a su madre, al darse cuenta de repente de que seguramente se había sentado en su sitio.

Todo el mundo estaba emparejado; incluso su madre. Todos... excepto ella. No estaba con nadie; razón de más para llevar a cabo el desafío de flirtear con un extraño. ¿Y qué mejor sitio para flirtear

que una boda?

–Ha visto a Harold y al señor Larrimore y se ha acercado a saludarlos –respondió su madre.

Laurel miró en esa dirección y vio a Cutter hablando con Harold Parsons, el abogado de la familia, y con el dueño de Industrias Larrimore, que recientemente había empezado a hacer negocios con el Grupo Kincaid. Gracias a eso habían empezado a recuperarse un poco de las pérdidas que habían sufrido cuando varios de sus clientes los habían abandonado por la competencia, Carolina Shipping.

Las cosas estaban difíciles. Y esa misma semana su hermano Matthew, que se encargaba de buscar nuevos clientes para la empresa familiar, había oído rumores de que Jack Sinclair estaba actuando a sus espaldas para intentar arrebatarles un importante contrato.

Y hablando del rey de Roma..., pensó al ver a Jack Sinclair sentarse en una mesa cerca de la pista de baile. ¡Qué arrogante! Se comportaba como si fuese el amo y dueño del lugar. Claro que en buena parte la culpa era de su padre, que le había legado el cuarenta y cinco por ciento de las acciones del Grupo Kincaid.

Laurel sacudió la cabeza. ¿Habría ido a la boda para que no aumentasen las sospechas que pesaban sobre él? Laurel no quería ni imaginar que su padre hubiese podido ser asesinado de un disparo en la cabeza por su primogénito. Era demasiado horrible.

Estaba dispuesta a disfrutar del banquete y de la fiesta, y se iba a asegurar de que su madre también se divirtiese.

Le tomó la mano y se la apretó suavemente.

–No sabes cómo me alegro de que hayan retirado todos esos cargos absurdos que había contra ti por el asesinato, y de que puedas estar aquí, con nosotros. Kara y Eli no habrían podido tener un regalo de bodas mejor.

–El día de hoy no ha sido fácil con todas las especulaciones que circulan por ahí –le confesó su madre–. De hecho, estoy segura de que esta noche aún hay aquí quien cree que maté a vuestro padre. Y para Cutter también está siendo difícil desde que le contó a la policía lo nuestro para exculparme y la gente ha empezado a hablar de él.

Sus facciones serenas y su cabello corto impecablemente

peinado ocultaban lo turbulentos que habían sido los últimos cuatro meses.

–Te mereces ser feliz –le dijo. Soltó la mano de su madre y tomó la copa de champán–. Y si Cutter te hace feliz, no deberías dejar que lo que otros puedan pensar estropee esa felicidad. Brindemos por un mañana más feliz.

Brindaron, y su madre tomó solo un sorbo antes de dejar de nuevo su copa en la mesa.

–¡Si al menos la policía avanzase con la investigación! El no saber quién mató a tu padre... –la voz se le quebró y no pudo acabar la frase.

Laurel decidió que no era el mejor momento para contarle la teoría de sus hermanos.

–Mañana llamaré al detective McDonough para concertar una entrevista con él a finales de esta semana para ver si han hecho algún progreso –le prometió Laurel, y le lanzó una mirada furtiva a Jack Sinclair.

Tenía una coartada sólida porque varios de sus empleados aseguraban que había estado trabajando hasta tarde la noche del asesinato, pero sus hermanos decían que era posible que los hubiese sobornado.

Laurel no quería creer que su hermanastro pudiera ser tan miserable, pero era desde luego un hombre muy rico, y se había vuelto aún más rico al heredar el cuarenta y cinco por ciento de las acciones del Grupo Kincaid. Con ese dinero se podría comprar a cualquiera.

No estaría de más que hablara con Nikki Thomas, la especialista en seguridad corporativa a la que su familia había contratado para investigar los supuestos intentos de sabotaje de Jack Sinclair contra el Grupo Kincaid. No podía soportar ver a su madre tan alicaída, y quizá Nikki tuviera alguna idea de cómo acelerar la investigación, aunque en un par de ocasiones a Laurel le había dado la impresión de que sentía cierta fascinación por él y que eso podía estar nublándole la visión.

Inmersa como estaba en sus pensamientos, dio un respingo cuando sintió que alguien le tocaba el brazo, y giró la cabeza con brusquedad.

A su lado estaba Eli, con una amplia sonrisa.

–Laurel, hay alguien a quien quiero que conozcas.

Fue entonces cuando Laurel vio que junto a su exprometido estaba el apuesto hombre con quien había tenido aquel electrizante cruce de miradas durante la ceremonia.

–Laurel, te presento a Rakin Whitcomb Abdellah –dijo Eli–. Rakin, te presento a Laurel Kincaid, mi cuñada desde hoy.

¡Iba a matar a Kara!, pensó Laurel, sintiendo que se le subían los colores a la cara.

–He oído hablar tanto de ti… –dijo Rakin, tendiéndole la mano.

Laurel dejó su copa y le estrechó la mano.

–Tiene gracia; eso es justo lo que yo estaba a punto de decir –murmuró–. Me sorprende que nunca antes hayamos coincidido.

Rakin extendió ambas manos hacia el cielo.

–*In'shallah*. ¿Qué más puedo decir? Supongo que aún no había llegado el momento.

Laurel parpadeó.

–¿Crees en el destino?

–Por supuesto que sí. Todo ocurre por una razón. Estoy seguro de que hoy era el día en que teníamos que conocernos.

Una sonrisa se le dibujó en los labios a Laurel. Parecía que el amigo de Eli podría ser el candidato perfecto para cumplir su objetivo de flirtear con un extraño.

–¿Tú crees?

–Sin duda –respondió él sin apartar sus ojos negros de los suyos. Era una mirada intensa, llena de masculinidad.

Para romper el hechizo de esos ojos giró la cabeza hacia Eli y le dijo:

–¿No te preocupa que podamos intercambiar secretos? Entre los dos probablemente lo sepamos todo sobre ti.

Eli se rio.

–Estoy aterrado.

–¡Pues quién lo diría! –exclamó Laurel, y al mirar a Rakin vio que sus ojos reían también.

En ese momento la banda empezó a tocar los primeros compases del primer baile.

–Esto sí que me aterra: meter la pata en nuestro vals nupcial –dijo Eli–. Os dejo; voy a por la novia.

Laurel no pudo evitar reírse al verlo correr hacia donde estaba

Kara. Consciente de la intensa mirada de Rakin sobre ella, Laurel se quedó callada mientras Eli sacaba a su hermana a la pista y trató de concentrarse en el baile.

Un foco iluminaba a los recién casados, y los huéspedes sonreían y suspiraban viéndolos girar al suave compás del vals que estaba tocando la banda. Su hermana Lily y su marido, Daniel, se unieron a ellos, y después R. J. y Brooke.

Vio a Alan sentarse junto a su madre, Angela, con una sonrisa, y observó que Jack había desaparecido. ¿No podría esforzarse un poco en mostrarse civilizado por una vez?

–¿Quieres bailar?

Al darle la mano, la calidez y la fuerza de los dedos de Rakin la hizo fantasear de nuevo con un beso apasionado, y bajó la vista, temerosa de que pudiera leer en sus ojos lo que estaba imaginando.

–Me encantaría, gracias.

Rakin la condujo a la pista de baile y le rodeó la cintura con el brazo, atrayéndola hacia sí, a Laurel le sorprendió lo íntimo que resultaba estar tan cerca de él.

–Tengo entendido que Eli y tú os conocisteis en Harvard, ¿no? –le preguntó para romper el hechizo seductor que ejercía sobre ella.

–Sí, estábamos juntos en algunas clases, y a veces íbamos juntos a hacer senderismo.

–Y los dos estabais en el equipo de remo, ¿no? Creo recordar que Eli me contó algo de que os ibais al río a practicar antes del amanecer.

Rakin sonrió.

–Una afición extraña para alguien que proviene de un país donde el clima es seco y casi todo es desierto, ¿eh?

–Un poco –Laurel escrutó su rostro–. Cuéntame algo de Diyafa.

–Ah, ¿Eli te ha hablado de mi país?

–Solo me dijo el nombre; Diyafa. Suena de lo más exótico.

–Bueno, supongo que para quien no es de allí sí que lo es, pero sí que tiene su encanto, desde luego. Por la noche en el desierto se ven más estrellas y brillan como nunca las has visto brillar.

–Debe de ser impresionante –murmuró Laurel–. Detesto tener que confesarlo, pero nunca he salido de Estados Unidos.

–¿Nunca?

Laurel sacudió la cabeza.

–Siempre he querido viajar, pero todavía no lo he hecho. Incluso me saqué el pasaporte; ahora solo me falta convertir ese sueño en realidad.

Siempre llevaba el pasaporte en el bolso, junto con la lista y la carta que su padre le había escrito antes de ser asesinado.

–Diyafa es un buen destino.

Laurel se sonrojó.

–Oh, no era mi intención intentar aprovecharme de la situación.

–¿Por qué no?

–Bueno, para empezar porque apenas nos conocemos –murmuró ella bajando la vista.

–Estoy seguro de que eso podemos remediarlo –contestó él, divertido.

Laurel alzó la vista de nuevo. ¿Estaba flirteando con ella? Bueno, flirtear con un extraño estaba en su lista, y era probable que no volviera a ver a aquel hombre, o pasarían años antes de que volviesen a coincidir.

Había llegado el momento de actuar. Esbozó lo que esperaba que pareciera una sonrisa misteriosa.

–Quizá sí que visite tu país… algún día.

–Pues cuando vayas, házmelo saber –murmuró Rakin en un tono seductor.

¡Él también estaba flirteando con ella! Y saltaba a la vista que sabía cómo hacerlo. Por primera vez en su vida Laurel se sintió tentada de dejarse llevar, de aprovechar el poder que le otorgaba su feminidad.

–Para serte sincera es más probable que lo que haga sea ir a Las Vegas –le confesó riéndose.

–¿Te gusta jugar?

¿Era su imaginación o la voz de Rakin había adquirido un tono sugerente al decir eso? El corazón de Laurel empezó a palpitar un poco más deprisa.

–No he jugado nunca en un casino.

–Entonces tendremos que hacer algo al respecto –dijo Rakin.

Si el tono de su voz no lo había dejado ya bastante claro, el brillo travieso en sus ojos le confirmó a Laurel que, como había imaginado, estaba flirteando con ella.

–No sé, me preocupa acabar enganchándome.

–Eso solo ocurrirá si apuestas más de lo que te puedes permitir.

–Intentaré recordarlo –respondió ella mirándolo con coquetería– si alguna vez voy a Las Vegas.

El vals había terminado, y aunque Laurel se sentía acalorada y necesitaba beber algo, no quería que aquel momento terminara. Flirtear con Rakin era divertido y excitante; sobre todo por la sensación que tenía de estar jugando con fuego. Al garabatear en su lista «flirtear con un extraño» no había imaginado que fuera a disfrutar tanto con ello: la mano de Rakin en su cintura, los dedos de la otra cerrados en torno a los suyos, el modo en que su cuerpo se había rozado contra el de ella mientras bailaban...

–Hace calor aquí –dijo soltando finalmente su mano para abanicarse la cara–. Necesito un trago.

–Vayamos fuera; sopla una brisa fresca –respondió Rakin.

La tomó del codo para conducirla al balcón y con la mano libre tomó un par de copas de champán de un camarero que pasaba.

Laurel vaciló cuando estaban a punto de atravesar el umbral de la puerta; el balcón estaba desierto y allí fuera estarían completamente a solas. El corazón le dio un brinco en el pecho cuando Rakin le puso la mano en el hueco de la espalda y con voz aterciopelada le dijo:

–Vamos, estaremos más tranquilos aquí.

Laurel cruzó el umbral con él, pero no pudo evitar preguntarse si no estaría metiéndose en algo que le iba grande.

Tal y como Rakin había dicho fuera soplaba una suave brisa, y el aire estaba impregnado de un dulce aroma a magnolia y a jazmín.

Rakin condujo a Laurel hasta la balaustrada, donde la música que tocaba la banda de jazz sonaba más tenue. A la suave luz del farolillo de la pared, se apoyó en la balaustrada y le tendió una de las copas a Laurel.

Ella se la llevó a los labios y tomó un lento sorbo mientras le miraba a los ojos por encima del borde de la copa. Una ráfaga de deseo afloró en su vientre.

Era sencillamente preciosa, pensó Rakin, admirando su esbelta figura, envuelta en un vestido palabra de honor de seda gris plata,

su suave cutis, sus brillantes ojos y su gloriosa melena rojiza.

Sosteniéndole la mirada, él también bebió de su copa, saboreando el burbujeante champán.

A pesar de haber aumentado en varios millones la fortuna de los Al-Abdellah, su abuelo le había amenazado con echarle del negocio familiar si no se casaba pronto.

Hasta el momento Rakin se había resistido al matrimonio, porque el amor no era algo que entrase en sus planes. Sin embargo, la disensión con su abuelo, el príncipe Ahmeer Al-Abdellah, había acabado convirtiéndose en una guerra declarada. Casarse con la mujer adecuada podría ser el mal menor.

El día que se lo había contado a Eli, a su amigo acababa de dejarlo plantado Laurel, y le había sugerido en broma que, ya que habían roto su compromiso, podría presentársela porque era justo la clase de chica con la que su abuelo querría que se casase, una chica de buena familia.

Y sin embargo, aunque lo había dicho en broma, podría ser la solución a sus problemas y su abuelo dejaría de darle la lata. Valía la pena considerar esa posibilidad.

Y además el amor no sería un factor a tener en cuenta. Con solo mirar a Laurel su abuelo ni siquiera le preguntaría cómo se habían conocido. ¿Qué hombre en su sano juicio no querría casarse con una criatura tan deslumbrante como aquella? Y el que perteneciera al clan de los Kincaid de Charleston no era sino la guinda del pastel.

Claro que primero tendría que venderle la idea a Laurel. Era una Kincaid; no había ninguna razón por la que tuviera que acceder a ayudarle a salir de aquel aprieto. A menos que fuera por negocios.

–Así que te gustaría ir a Las Vegas –murmuró.

–Tal vez –contestó ella con una media sonrisa–. Solo estuve una vez, cuando era una niña, pero no lo recuerdo, así que no cuenta.

–Pues como te decía antes eso tiene fácil remedio, pero no deberías ir sola.

–Si se me hubiera ocurrido hace unos meses le habría pedido a Lily o a Kara que vinieran conmigo, pero ahora ya es tarde, porque las dos se han casado. No sé si lo sabes, pero Lily y Daniel decidieron formalizar lo suyo con una pequeña ceremonia privada hace un par de días. Lily no quería eclipsar la boda de Laurel, pero tienen intención de celebrarlo con toda la familia en octubre,

después de que nazca su bebé.

Lo había dicho con la mayor naturalidad, pero a Rakin le pareció advertir una nota de soledad en su voz. Él sabía muy bien lo que era sentirse solo, siendo como era hijo único.

–Pero seguirán siendo tus hermanas aunque se hayan casado –le dijo a Laurel.

Ella se volvió hacia el balcón y tomó un sorbo de su copa mientras observaba el jardín, envuelto en las sombras de la noche.

–Lo sé, pero a partir de ahora tendrán otras prioridades porque las dos tienen sus maridos… y Lily va a ser madre. Ya no será lo mismo –murmuró Laurel con tristeza, pero luego giró la cabeza hacia él y sonrió–. Pero no importa; tengo muchos amigos a los que puedo pedirles que vengan conmigo a Las Vegas.

Rakin no tenía la menor duda de que así era. Era una persona vivaz y de una belleza que lo dejaba a uno sin aliento. Y seguro que los hombres revoloteaban a su alrededor.

–¿Cómo os hicisteis amigos Eli y tú? –le preguntó.

–Éramos vecinos, teníamos la misma edad… Incluso nos invitaban a los mismos actos sociales. Antes de que empezáramos a salir mucha gente ya nos veía como pareja –respondió Laurel encogiéndose de hombros–. El siguiente paso era el matrimonio, pero nos dimos cuenta de que no había química entre nosotros; no había chispa.

Eso explicaría que Eli hubiese aceptado la ruptura con tanta filosofía. Dejó su copa sobre la balaustrada y se acercó un poco más a Laurel.

–¿Es eso lo que querías que hubiera habido? –le preguntó con voz ronca.

–¿No es lo que quiere toda mujer?

Sin pararse a pensar, Rakin levantó una mano y le apartó un mechón de la mejilla. Nunca había tocado nada tan suave como la piel de Laurel, y se moría por tocarla de nuevo, pero dejó caer la mano antes de sucumbir a ese momento de locura.

–Bueno, es lo que todos buscamos, pero solo unos pocos afortunados lo encuentran.

–¿Te refieres al amor?

–Yo no creo en el amor. Te hablaba de eso que tú llamas «chispa». Esa energía intangible que hace que dos personas

conecten en perfecta armonía. Eso solo ocurre unas pocas veces en la vida.

Laurel se llevó de nuevo la copa a los labios y Rakin admiró su elegante cuello mientras ella apuraba la copa con la cabeza echada hacia atrás.

–Eso concepto suena... interesante –dijo Laurel–. Yo solía creer que, más que ninguna otra cosa, quería encontrar el amor.

–¿Y ya no lo crees?

–Pues claro que no –contestó ella prorrumpiendo en risitas–. Hace menos de un mes que dejé plantado a Eli, ¿recuerdas? Y es lo más sabio que he hecho en toda mi vida. Me alegro muchísimo por mi hermana y por él.

Rakin sonrió. Saber que Laurel no buscaba el ideal romántico de amor aligeró un poco su mala conciencia. Negocios y pasión... quizá eso bastaría para persuadirla de que lo ayudara con su plan.

–Perdona que me ría –le dijo Laurel–, pero es que en los últimos meses no he tenido muchos motivos para reírme y sienta tan bien...

–Debe ser por la alegría de ver feliz a tu hermana Kara.

–Sospecho que el champán también puede tener algo que ver –dijo ella levantando su copa vacía.

Aquel comentario sorprendió a Rakin. ¿Había encontrado al fin a una mujer capaz de distinguir entre romance y realidad? Bueno, después de todo era una Kincaid y también una mujer de negocios. Estaba empezando a pensar que había dado con una veta de oro de veinticuatro quilates.

–¿Te traigo otra?

–No, gracias. Creo que ya he bebido bastante. Me noto un poco contentilla. De hecho, estoy intentando recordar cuántas copas de champán me he tomado. ¿Tres, quizá? –Laurel volvió a reírse–. Sería la primera vez.

Rakin tomó la copa de su mano y la puso en la balaustrada, junto a la suya.

–¿Nunca te has emborrachado?

Ella sacudió la cabeza.

–Jamás. A mi madre le daría algo si se enterara.

Ante la mención de su madre, Rakin se puso serio y le dijo:

–Eli me contó lo del arresto de tu madre; ha debido ser muy difícil para vosotros.

Ella se puso seria también.

–Mucho. Pero gracias a Dios mi madre ha quedado fuera de sospecha. No puedo dejar de pensar en el día del asesinato –le confesó estremeciéndose–. Yo estuve en la oficina hasta última hora de la tarde. Incluso le había hecho una taza de café a mi padre antes de irme. Tomó un sorbo y bromeó diciéndome que estaba justo a su gusto: caliente y fuerte. Se rio, algo que no solía hacer muy a menudo, y me dio las gracias antes de volver a los papeles que estaba leyendo. Esa es la última imagen de él que quedó grabada en mi mente. Ni siquiera me vio decirle adiós con la mano mientras salía de su despacho.

Su voz se quebró y Rakin supo que estaba conteniendo las lágrimas.

–Todavía sigo pensando que debería haber tenido algún tipo de premonición… haber notado algo –murmuró Laurel–. Pero no vi nada anormal –se rodeó la cintura con los brazos–. Todavía no puedo creer que no me diera cuenta de nada.

–Es natural; no esperabas que fuera a pasar nada.

Ella se quedó callada un momento.

–Brooke, la prometida de mi hermano R. J., recordó que esa tarde había tenido que salir con R. J. a una reunión en otro lugar, y cuando volvió estaba lloviendo a mares y ella iba cargada con un montón de planos. Un hombre con sombrero y gabardina llegó detrás de ella y le sostuvo la puerta para que entrara. Nadie tiene idea de quién puede ser. Los empleados de seguridad no le pararon para pedirle la documentación porque pensaron que iba con ella. El detective McDonough piensa que es posible que se quedara escondido en el edificio hasta que todo el mundo… incluida mi madre, se hubo marchado.

–¿Y la policía no ha averiguado aún nada sobre él?

Laurel negó con la cabeza.

–Las cámaras de seguridad de un aparcamiento próximo al edificio grabaron imágenes del Aston Martin de Jack Sinclair estacionado allí alrededor de la hora en la que asesinaron a mi padre. Él asegura que estaba en su oficina, y no consta que hubiera denunciado el robo de su coche.

Rakin parpadeó.

–¿Y tú crees que pudo ser él quien lo hizo?

–No quiero creerlo pero salta a la vista que Jack está resentido: es el primogénito, pero es hijo ilegítimo porque mi padre no llegó a reconocerlo en vida ni le dio su apellido. En su testamento trató de resarcirlos a su madre y a él. Pero a pesar de que ha recibido en herencia el cuarenta y cinco por ciento de las acciones del Grupo Kincaid se comporta como si nos detestara. Pero hablemos de otra cosa. Se supone que esto es una celebración.

–Hablemos de ti –dijo Rakin, y sonrió divertido al verla dar un respingo–. Eli siempre me decía de ti que eras la persona más buena del mundo.

Hacía unos minutos se le había pasado por la cabeza suplicarle que le ayudara a salir del aprieto en que lo había puesto su abuelo, pero aquello iba contra sus principios. Él jamás pedía favores. Su orgullo se lo impedía.

Laurel puso una mueca.

–O sea, que soy aburrida.

–Que tengas buen corazón no significa que seas aburrida –apuntó él.

–Desde luego tampoco da la impresión de que lleve una vida de lo más emocionante.

Rakin ladeó la cabeza.

–¿Quieres que tu vida sea emocionante?

–¡Quiero tener una vida de verdad! –exclamó Laurel. Le había salido del alma, y ella misma pareció sorprenderse de su vehemencia–. Eso ha sonado más melodramático de lo que pretendía.

–¿Y qué piensas hacer para que tu vida sea como te gustaría que fuera?

–Voy a hacer todas las cosas que no he hecho hasta ahora, la clase de cosas que nadie esperaría de Laurel Kincaid, directora de relaciones públicas del Grupo Kincaid, miembro de los Amigos de la Biblioteca de Charleston, benefactora de la Galería de Arte… la primera persona en unirse a cualquier comité que trabaje por una buena causa.

Rakin no pudo evitar una sonrisa al oírla describirse con tanto sarcasmo a sí misma.

–¿Cosas como ir jugar a un casino en Las Vegas?

–Exacto –asintió ella, alzando la barbilla con un aire ligeramente

desafiante–. Será el primer paso para traspasar las barreras que me aprisionan.

¿Qué tenía aquella mujer que hacía que se le aligerara el corazón, que lo hacía sonreír continuamente, que hacía que pareciera como si de repente se hubiese deshecho de toda la carga que había ido acumulando sobre sus hombros durante años?

Fue entonces cuando lo comprendió: bajo aquella apariencia de dama del sur Laurel Kincaid era una rebelde.

–¿Quieres correr riesgos y vivir aventuras?

–¡Sí! Eso es exactamente lo que quiero.

Al mirarse en sus brillantes ojos Rakin supo que quería conocer mejor a aquella intrigante mujer. Mucho mejor. La deseaba; le gustaba muchísimo. Sería tan fácil explicarle la tesitura en que se encontraba... estaba seguro de que Laurel lo entendería. ¿Accedería a un matrimonio de conveniencia?

Tenía el presentimiento de que, cuanto menos, lo consideraría. Aunque lo había dicho en broma, Eli no se había equivocado al decir que Laurel podría ser la esposa perfecta para él. Sin embargo, necesitaba tiempo para persuadirla de que aceptara la proposición que iba a hacerle. Y antes de que le diera tiempo a vacilar le dijo:

–Pues vayámonos juntos a Las Vegas.

Capítulo Tres

–¿Que me vaya contigo a Las Vegas? ¿Lo dices en serio?

Atónita, Laurel se quedó mirándolo boquiabierta. Aquello la había pillado completamente desprevenida. Y parecía que él, a juzgar por el brillo divertido en sus ojos, sabía que la había sorprendido.

–Completamente en serio –dijo Rakin dando un paso hacia ella–. Podrías poner tu suerte a prueba con las máquinas del casino.

–Pienso hacer mucho más que eso; pienso pasarme toda la noche apostando en las mesas.

–Eso suena a rebelión en toda regla –dijo él sonriendo divertido–. Y creo que podré amoldarme al plan.

–¿Te estás riendo de mí? –inquirió ella suspicaz, echándose el pelo hacia atrás.

–¿Por qué iba a reírme de ti?

Porque seguro que pensaba que era demasiado seria, una niña buena que no se atrevería a aceptar su invitación. De pronto sintió un impulso irrefrenable de sorprenderle. ¿Por qué no habría de aceptar? Laurel inspiró profundamente

–Ven conmigo a Las Vegas este fin de semana. Lo pasaremos bien.

Dos, quizá tres días… ¿Qué daño podría hacerle divertirse dos o tres días? Además, había algo de excitante en la idea de hacer algo que su familia nunca había visto bien desde que el tío abuelo de su madre perdiera montones de dinero con su vicio por el juego.

–Suena tentador.

–¿Pero?

De modo que Rakin había advertido su vacilación…

–No sé…

–Te están entrando dudas.

Tenía razón. Laurel inspiró profundamente.

–Esto es una locura; ni siquiera debería estar considerando aceptar tu invitación.

–Pues claro que sí. Porque sabes que es lo que quieres hacer.

Volvía a tener razón. ¿Acaso podía leerle el pensamiento? De pronto empezaron a desfilar por su mente todas las razones por las que no debería ir: ¿quién estaría pendiente de la investigación que estaban llevando a cabo el detective McDonough y Nikki Thomas? ¿Quién cuidaría de su madre? Claro que su madre ahora tenía a Cutter. De hecho, se sentiría liberada pudiendo distanciarse de todo durante un par de días.

Disfrutar, pasarlo bien, dejar aparcadas las responsabilidades que estaban empezando a hacerla sentirse como si se estuviera ahogando, vivir de verdad… ¿Era demasiado tarde para eso? ¿Se había olvidado de cómo vivir?

Alzó la vista hacia el hombre que acababa de hacerle la invitación más tentadora que le habían hecho en toda su vida. Sus sensuales labios estaban aún curvados en una sonrisa, y Laurel se quedó mirándolos fascinada. Besar a un extraño… resultaba tan tentador…

Se apresuró a apartar la vista, y un ruido de pasos acercándose la liberó de tomar una decisión. Era Susannah, la prometida de Matt. Le lanzó una mirada curiosa a Rakin y dijo:

–Laurel, tienes que entrar; Kara está a punto de lanzar el ramo.

Laurel dejó caer los hombros aliviada. Le dirigió una pequeña sonrisa a Rakin y le dijo:

–Debo irme; el deber me llama.

–Estaré esperándote –respondió él.

No hizo falta que añadiera que también estaría esperando una respuesta; se sobreentendía por el modo en que estaba mirándola. La sonrisa de Laurel se tornó seductora. Estaba empezando a pillarle el truco a aquello de flirtear.

–Más te vale.

Un enjambre de mujeres solteras se había apropiado de la pista de baile. Jóvenes o viejas, parecía que todas estaban ansiosas por atrapar el ramo de la novia. Al ver semejante cuadro a Laurel se le cayó el alma a los pies y se paró en seco.

–Creo que ya hay bastantes aspirantes desesperadas a novia; no hace falta que me una yo también.

–Kara ha dicho que quiere que tú también te pongas ahí –le dijo

Susannah, empujándola suavemente hacia las demás.

En ese momento apareció su madre.

–Venga, Laurel. Kara ha estado esperando solo por ti.

Laurel miró a Susannah y luego a su madre con ojos suspicaces.

–¿Es mi imaginación, o estáis tramando algo?

–Por supuesto que no –negaron Susannah y su madre a la vez.

¡Qué mal se les daba mentir! A regañadientes Laurel dejó que su madre la arrastrara al centro del grupo.

Por el rabillo del ojo vio a un hombre alto y moreno. ¿Rakin había entrado también? Giró la cabeza y en efecto, allí estaba, junto a su hermano Matt, R. J. y Daniel, el marido de Lily. Alan Sinclair se unió a ellos también. Todos sonreían divertidos, pero cuando sus ojos se encontraron con los de Rakin se le llenó el estómago de mariposas.

¿Qué respuesta iba a darle?

–¡Laurel!

Al oír la voz de su madre llamándola, Laurel giró la cabeza.

–Tienes que ponerte más hacia delante; al frente. Kara está a punto de lanzar el ramo.

Laurel, roja de vergüenza, se negaba a moverse, pero las mujeres que la rodeaban, parientes y amigas de la familia, no tuvieron compasión de ella y la empujaron hacia delante.

Kara paseó la mirada por el grupo de solteras que aguardaban expectantes. Cuando dio con Laurel esbozó una sonrisa y les dio la espalda para prepararse. «Oh, no...», pensó Laurel contrayendo el rostro al darse cuenta de lo que pretendía.

Cuando Kara lanzó el ramo de rosas rojas hacia atrás, por encima de su cabeza, Laurel se agachó para esquivarlo, y se volvió para ver quién lo había atrapado.

Su madre, que estaba detrás de ella porque se había acercado para empujarla al fondo, detrás del grupo de solteras, tenía el ramo de rosas en las manos y estaba mirándolo con expresión perpleja.

–Vaya, felicidades, mamá, parece que serás la próxima en casarte –le dijo con guasa, pero luego, apiadándose de ella, la tomó del codo y la llevó fuera de la pista de baile.

–¿Qué va a pensar la gente, Laurel? –murmuró su madre azorada–. Tu padre murió hace solo cuatro meses y aquí estoy yo con un ramo de novia en los brazos.

Su madre también debería hacer una lista de objetivos para empezar a vivir de verdad, pensó Laurel. Se había pasado demasiados años haciendo lo correcto.

–Mamá, deja de preocuparte por lo que los demás puedan pensar. Es tu vida; vívela. Deja que Kara organice tu boda, invita a vuestros amigos a que lo celebren con vosotros, y haz feliz a Cutter y sé feliz tú también.

–¿Que sea feliz? –balbució su madre, que todavía estaba aturdida por lo ocurrido. Luego se quedó mirándola, como pensando, y una sonrisa acudió a sus labios, haciendo que sus ojos brillaran–. Tienes mucha razón, cariño. Gracias. A partir de hoy voy a ser feliz.

Laurel tuvo que tragar saliva porque se le había hecho un nudo de emoción en la garganta.

En ese momento se acercaron Lily y Susannah.

–¡Bien atrapado, mamá! –comentó Lily.

–¡Oh, venga ya! –dijo su madre sonrojándose, aunque aún con la sonrisa en los labios.

Hacía años que Laurel no la veía tan animada. Kara se unió también a ellas, acompañada de Brooke, y miró con el ceño fruncido a Laurel, que le respondió con una sonrisa angelical.

–Ha sido sin querer –le dijo su madre a Kara–. Sé que querías que lo atrapara Laurel.

Laurel enarcó una ceja y sonrió divertida. De modo que tal y como había imaginado habían intentado que fuese a ella a quien le cayera el ramo.

–De todos modos Laurel necesita encontrar un novio antes de poder casarse, así que quizá lo de lanzarle el ramo era algo prematuro –apuntó Lily.

Lo que a Laurel ya no le hizo tanta gracia fue cuando Lily empezó a pasear la mirada por el salón.

–Dejadme ver… Tiene que haber por aquí alguien que podamos presentarle a Laurel. Tal vez uno de los amigos de R. J. O a lo mejor Daniel conoce a alguien con quien podría congeniar.

Genial. Su familia ya estaba otra vez intentando organizarle la vida.

–Oye… –comenzó a protestar.

Sin embargo, antes de que pudiera objetar nada, Kara intervino

para decir:

–Eli ya le ha presentado a su amigo Rakin.

Laurel se sintió incómoda cuando los ojos de su madre y Lily se posaron en ella.

–¿Rakin? –repitió Lily.

–Es el que está allí, con R. J. y Matt –explicó Kara.

–No señales –la increpó Laurel entre dientes, sintiendo deseos de estrangularla–. Y por favor, no os quedéis mirándolo –les pidió en un tono que casi pareció de desesperación.

–¿Por qué? –le preguntó Lily–. ¿Acaso estás interesada en él?

Laurel se sonrojó.

–No quiero que lo avergoncéis. Me cae bien.

–¿Que te cae bien? ¡Vamos, Laurel!, ¡si es guapísimo! –exclamó Kara.

–¡Ah, es el tipo con el que estabas antes en el balcón! –dijo Susannah.

–¿Estabas fuera a solas con él? –intervino Brooke–. ¡Qué calladito te lo tenías!

–¡Pero si acabo de conocerlo!

–Pues por cómo os estabais mirando parecía que estabais intimando muy rápido… –la picó Susannah.

Todas las miradas volvieron a posarse en Laurel, que finalmente cedió a la presión.

–De acuerdo, me ha invitado a ir a Las Vegas con él. ¿Contentas?

–¡A Las Vegas! –repitieron todas a coro.

–¡No tan alto!

–Bueno, pero vas a ir, ¿no? –le preguntó Kara.

–No lo sé. No sé si…

–Tienes que ir –la cortó Kara.

–¿Estás muy liada con el trabajo? –le preguntó Lily.

–No puede utilizar el trabajo como excusa –intervino Kara–. Había reservado esta semana y la siguiente para la luna de miel, y no creo que de repente se le haya llenado la agenda después de cancelar la boda.

–Bueno, no tengo ningún compromiso, es verdad –admitió Laurel–, pero le prometí a mamá que llamaría al detective McDonough para concertar una cita con él a finales de esta semana y…

–Eso puedo hacerlo yo, cariño –la interrumpió su madre.

–No, lo haré yo –se ofreció Brooke.

Laurel se giró hacia su futura cuñada y vio que estaba suplicándole con la mirada que la dejase ayudar. Bueno, si eso la ayudaba a sentirse mejor... Laurel sabía que todavía se sentía culpable por el arresto de su madre.

–Gracias, Brooke. A lo mejor Nikki Thomas ha averiguado algo; podrías hacerle una llamada también.

Susannah le puso una mano en el brazo.

–Has sido tú quien ha sobrellevado la mayor parte del estrés de los últimos meses –le dijo–. Recuerdo que fuiste tú quien llamaste para decirle a Matt que la policía había arrestado a tu madre.

–Todos nosotros hemos estado bajo mucha presión –respondió Laurel en un tono quedo–. Sé lo preocupado que Matt ha estado, intentando encontrar nuevos clientes para tratar de contener las pérdidas que Jack Sinclair estaba ocasionando a la compañía.

Susannah se encogió de hombros.

–Cada uno está haciendo lo que puede. Sé que igual que R. J. tú has estado en permanente contacto con la policía, y nos has estado manteniendo informados a todos de los avances que se producían en la investigación. Necesitas tomarte un descanso.

Su madre asintió.

–Estoy de acuerdo con Susannah. Tómate unos días libres. Como tú me has dicho antes, es tu vida; vívela –le dijo con una sonrisa–. Te mereces divertirte un poco.

–¡Oh, mamá! ¡Gracias! –exclamó Laurel, dándole un abrazo.

Viniendo de alguien como su madre, que había sido educada en la importancia de mantener las apariencias por encima de lo que una pudiera desear o sentir, aquellas palabras significaban muchísimo.

–Ahora ya no tienes excusa –apuntó Kara con satisfacción, y Laurel se rio.

–Debería estar enfadada contigo, pero no puedo enfadarme contigo en el día de tu boda, y entiendo que quieras que los demás sean felices, igual que tú, así que te perdono por hacer de casamentera.

Kara la miró sin comprender.

–¿Qué quieres decir?

–Venga, el mérito es tuyo; fuiste tú quien le pidió a Eli que me presentara a Rakin, ¿no?

Kara sacudió la cabeza.

–No fui yo.

La respuesta de su hermana dejó a Laurel sin palabras.

Laurel iba hacia él con paso ligero, haciendo que la parte baja de su vestido, que tenía algo de vuelo, girara a un lado y a otro. Había una sonrisa en sus labios, y su rostro tenía una expresión que Rakin solo podía describir como de felicidad. Era como si una luz brillase dentro de ella, acentuando su belleza, pensó, y el corazón le dio un brinco en el pecho.

–Disculpad –dijo sin mirar a Matt y a R. J., y fue a su encuentro–. ¿Quieres bailar? –le preguntó cuando llegó junto a ella.

Laurel asintió.

Una mano le dio una palmada a Rakin en el hombro y oyó la voz de Matt que le decía:

–Eh, Rakin, a ver cuándo podemos volver a hablar y me cuentas más de ese negocio.

Por una vez los negocios y el dinero no eran lo más importante para Rakin. Le respondió sin saber muy bien lo que decía, y sin apartar los ojos de Laurel.

Mientras Matt le daba otra palmada en el hombro y se alejaba, se dio cuenta de que se estaba adentrando en un terreno de arenas movedizas: el placer amenazaba con imponerse a los negocios. Haría bien en cuidarse de no confundir sus prioridades.

Era Rakin Whitcomb Abdellah, se recordó. Controlaba un imperio de millones de dólares, su abuelo era el príncipe de Diyafa, y nunca había antepuesto los sentimientos a la razón. Jamás. Laurel Kincaid era parte de un asunto de negocios; no debía olvidarlo.

–Bailemos –le dijo con cierta aspereza, y tomó entre sus brazos a aquella mujer, la más hermosa de todas las que había conocido.

La melodía que la banda de jazz estaba tocando no podía ser más sensual, y con el cuerpo de Laurel rozándose contra el suyo, Rakin no pudo contenerse y la atrajo un poco más hacia sí. Era tan increíblemente femenina...

Sin embargo, al notar que Laurel se tensaba se apartó un poco,

recordándose que aquello eran negocios; solo negocios.

–¿Qué está haciendo Flynn aquí? –murmuró Laurel parándose en seco.

Rakin siguió su mirada y comprendió, entre decepcionado y aliviado, que Laurel no se había puesto tensa por su proximidad. El niño que había llevado los anillos en la ceremonia estaba cruzando en pijama la pista de baile con la mayor decisión, zigzagueando entre los invitados, cuando sin duda debía estar en la cama.

Laurel se apartó de Rakin para agarrar al pequeño del brazo cuando pasó cerca de ellos.

–¡Eh!, ¿qué estás haciendo tú aquí?

–¡Hola, tía Laurel! –la saludó el niño con una amplia sonrisa–. No atrapaste el ramo cuando te lo lanzó la tía Kara. ¿Cuándo van a cortar la tarta? Me dijo que podría tomar un poco.

–Este trasto es mi sobrino Flynn, el hijo de Matt –se lo presentó Laurel a Rakin. Y luego, dirigiéndose al pequeño, le dijo–: Me parece que aún van a tardar un buen rato en cortar la tarta. ¿No deberías estar en la cama?

El niño asintió, mirándola con sus grandes ojos inocentes.

–Pamela ya me ha leído un cuento.

–Pues deberías estar durmiendo ya.

–Es que no me podía dormir… y quiero tarta.

–Te diré qué vamos a hacer. Puedes bailar un baile con nosotros, y luego te llevaré de vuelta a la cama. Y te prometo que te guardaré un trozo enorme de tarta para que te lo comas mañana por la mañana. ¿Trato hecho?

Flynn no parecía muy convencido.

–Te aconsejo que aceptes el trato –le aconsejó Rakin–. Dudo que te vayan a hacer una oferta mejor.

Puso una mano a una altura a la que Flynn pudiera alcanzar.

–Venga, si estás de acuerdo choca esos cinco –le dijo.

Los ojos del niño se iluminaron y chocó con todas sus fuerzas su manita contra la palma de Rakin.

–Muy bien; trato hecho –dijo Rakin.

Laurel tomó a Flynn de una mano, Rakin de la otra, y empezaron a bailar los tres. Rakin observaba divertido al niño, pero antes de que acabara la melodía apareció una mujer bajita de cabello cano que se apresuró a entrar en la pista e ir junto a ellos.

–Se me ha escapado el muy pillín –le dijo a Laurel. Miró a Rakin largamente antes de tomar al pequeño en brazos–. Venga, jovencito, tú donde tienes que estar es durmiendo.

Mientras Flynn se despedía de ellos agitando su manita por encima del hombro de la mujer, Rakin volvió a atraer hacia sí a Laurel, que no protestó.

–Supongo que esa era Pamela, ¿no?

Laurel asintió.

Mientras giraban, Laurel murmuró contra su hombro:

–Es maravilloso volver a ver a Flynn tan lleno de energía y con ganas de jugar. Aunque todavía no ha recuperado el peso que perdió.

–¿Ha estado enfermo? –preguntó Rakin.

–Muy enfermo. En los dos últimos meses Matt y Susannah han tenido que tenerlo muy vigilado y no podían dejarle salir más que unas horas de casa, para limitar su exposición a los gérmenes. Pero ahora que ya está más recuperado no para.

–No me extraña que esté un poco revolucionado con todo esto de la boda –comentó Rakin–. Parece un chaval estupendo.

–Lo es; un poco travieso nada más –dijo Laurel riéndose.

Sus ojos verdes brillaban como piedras preciosas; como esmeraldas. Rakin apartó aquel pensamiento tan poético de su cabeza y puso los pies en el suelo.

–Tenía razón en lo que ha dicho: no atrapaste el ramo aunque iba directo hacia ti.

Le había hecho gracia ver cómo Laurel se agachaba para esquivarlo. Debía ser verdad lo que le había dicho de que ya no buscaba el amor. A pesar de la sonrisa educada en sus labios, a Rakin no le pasó inadvertida la mirada asesina que le lanzó a sus dos cuñadas, que en ese momento hicieron como que no habían estado observándolos.

–Creía que el sueño de toda dama de honor era ser la próxima en casarse –le dijo reprimiendo a duras penas una sonrisilla.

–Pues yo no. Lo que yo quiero es...

–Emoción; aventuras –la interrumpió él.

Laurel se rio.

–Me has quitado las palabras de la boca.

Rakin bajó la vista a sus labios.

De pronto fue como si el aire se cargase de electricidad por la tensión sexual. Laurel entreabrió los labios e inspiró.

–Voy a hacerlo –le dijo de sopetón–: iré contigo a Las Vegas.

Rakin no había esperado una respuesta tan pronto.

–Este es solo el principio de la aventura –le prometió con una sonrisa.

Una sensación de triunfo lo invadió. Laurel Kincaid iba a ser la esposa perfecta.

Capítulo Cuatro

Laurel miraba todo con unos ojos como platos mientras la limusina que había ido a recogerlos al aeropuerto McCarran avanzaba por las calles de Las Vegas.

–No hay ningún sitio en el mundo como este –le dijo Rakin.

–Parece un decorado de Hollywood –murmuró ella girándose en su asiento para mirar por la ventanilla–. No recuerdo nada de todo esto de la vez que estuve aquí de niña.

–Entonces tendré que enseñártelo todo.

–Estoy deseándolo.

Cuando la limusina se detuvo frente al hotel de lujo en el que iban a alojarse Laurel se quedó boquiabierta.

–Hay hoteles todavía más espectaculares –le dijo Rakin–, pero pensé que querrías un lugar tranquilo donde podamos refugiarnos si en un momento dado empiezan a agobiarte las luces de neón y demás.

Laurel se bajó del vehículo después de él, y Rakin aprovechó para admirar su esbelta figura. Iba vestida con ropa cómoda: unos pantalones de lino blancos y un top entallado sin mangas de color gris claro. Se quitó las gafas de sol de la cabeza y se las puso.

–Lo creas o no, hay verdaderos remansos de paz muy cerca de aquí.

–¿Como cuáles?

–En el desierto: allí sí que no hay ni un alma ni te molesta nadie. Eli y yo vinimos aquí un par de veces durante las vacaciones cuando estudiábamos en Harvard. Estuvimos haciendo senderismo en el cañón de Red Rock.

Laurel se quedó mirándolo en silencio.

–Tenías nostalgia –murmuró–. Añorabas Diyafa... y a tu familia.

Rakin no contestó, pero lo alivió no poder ver la expresión de Laurel tras los cristales oscuros de las gafas de sol, porque sospechaba que sería una expresión de lástima, y lástima era lo último que quería de aquella mujer con la que estaba decidido a casarse.

Y desde luego no tenía intención de ponerse a explicarle la complicada relación que tenía con su familia. No iba a hablarle de las abrumadoras expectativas que su abuelo había puesto en él desde niño, y que lo habían enemistado para siempre con sus primos. Ni de los arranques de ira de su padre, que tantas veces habían hecho llorar a su madre con desconsuelo. Ni de cómo había aumentado el resentimiento que ya sentía hacia su padre cuando lo había mandado interno a un colegio de Inglaterra. Ni de lo culpable que aún se sentía por haber dejado a su madre a merced de su padre. Ni de cómo le había dolido el corazón cada vez que, allí en Inglaterra, había recibido una carta de su madre, cargada de bravo estoicismo y escrita con su perfecta y elegante caligrafía.

Para cuando cumplió los trece años sus padres habían muerto en un accidente, y para cuando Eli y él habían ido por primera vez al cañón de Red Rock, llevaban ya enterrados una década.

Así que Laurel se equivocaba. Los «peregrinajes» que habían hecho Eli y él a Las Vegas no tenían nada que ver con que añorara Diyafa, ni a su familia.

Fuera como fuera le había prometido a su rebelde sureña aventura y diversión, se dijo apartando esos pensamientos de su mente, y se iba a asegurar de que tuviera ambas cosas.

Le puso a Laurel una mano en la espalda y la condujo dentro del hotel. Le costaba creer que solo hacía un día que se conocían, pensó mientras atravesaban el amplio y elegante vestíbulo. Le había costado convencerla para que fuesen allí ese fin de semana. Después de aceptar su invitación, a Laurel le habían entrado los nervios de nuevo y había intentado posponerlo, sugiriendo que lo dejasen para el fin de semana siguiente, pero Rakin no podía correr el riesgo de que cambiase de idea, y había insistido hasta que Laurel había capitulado. Tenía dos días para convencerla de que se casase con él... y asegurarse así su puesto en Gifts of Gold, la compañía familiar, de la que había sido nombrado director. Dos días...

Se temía que no iba a ser suficiente tiempo. Tendría que tentarla para que accediese a quedarse unos días más.

Cuando hubieron acabado de registrarse en el mostrador de recepción, Rakin no esperó ni un segundo para en poner en marcha su plan de ataque. Inclinó la cabeza y le dijo al oído:

–He pensado que podríamos ir a explorar un poco el terreno.

Los ojos verdes de Laurel, que se había quitado las gafas, brillaron al mirarlo.

–Me parece una idea estupenda –dijo con una sonrisa–. Estoy impaciente por verlo todo.

Algo de su entusiasmo parecía estar pegándosele a Rakin, porque no puedo evitar sonreír el también.

–Pues entonces vámonos; no hay tiempo que perder.

Pronto Laurel descubrió que Las Vegas ciertamente tenía cosas espectaculares que ver. De hecho, solo llevaban una hora paseándose por la ciudad y ya estaba impresionada. Por ejemplo, una enorme pirámide de metacrilato negro guardada por una esfinge gigante albergaba el hotel Luxor. Y más asombrada se quedó aún cuando vio que en su interior, en vez de los tesoros del antiguo Egipto, había una exposición acerca del Titanic con una reproducción de la proa y un bote salvavidas como los que se usaron en esa trágica noche.

Rakin y ella recorrieron la exposición, y se sintió profundamente conmovida por las historias de cómo habían sido las últimas horas de los pasajeros y la tripulación.

El museo Liberace, en cambio, la hizo reír con su extravagante colección de objetos que habían pertenecido al *showman* y pianista Wladziu Valentino Liberace, como un piano cubierto con un mosaico de miles de pequeños espejos, como las bolas de discoteca de los ochenta, y otro cubierto de diamantes de imitación.

Al ver a Rakin observando espantado uno de los trajes que Liberace utilizaba en sus actuaciones, con lentejuelas rojas, blancas y azules, con capa y unos pantalones extremadamente cortos, no pudo reprimir un impulso travieso.

Miró de reojo los vaqueros negros y la camiseta que llevaba Rakin, y se inclinó para susurrarle con una sonrisa divertida:

–Creo que en tu armario no debería faltar un traje así.

–Causaría un revuelo tremendo en Diyafa si me pusiera algo así. Sería una catástrofe nacional. Hay algunas personas tan conservadoras que nunca se repondrían si vieran vestido de esa guisa al nieto del príncipe Ahmeer Al-Abdellah –le dijo riéndose–. Pero basta de museos –añadió tomándola de la mano–. Creo que

necesitamos un poco más de acción.

Laurel, que no se había esperado que la tomase de la mano de repente, sintió que un cosquilleo recorría su cuerpo. Rakin, en cambio, no dio muestra alguna de que aquel contacto lo hubiese afectado de igual modo. Había echado a andar muy decidido, y no parecía consciente de que iban caminando de la mano, como si fueran pareja.

¿Como si fueran pareja? ¿Pero qué tonterías estaba pensando? Rakin solo se estaba comportando de un modo amistoso. ¿Por qué estropearlo imaginándose algo que no existía?

Pero por más que lo intentaba no podía olvidarse de que su mano estaba entrelazada con la de él, y cuando vio algo tremendamente familiar se paró en seco y soltó su mano.

–¡La Estatua de la Libertad y el Empire State! –exclamó señalando. Eran unas réplicas impresionantes–. ¡Vaya, y aquello es el Puente de Brooklyn!

–Están construidos a una escala de un tercio de su tamaño real –le explicó Rakin–, pero no es eso lo que quería enseñarte. Ahí está la acción que te había prometido –añadió guiñándole un ojo–. Vamos.

Laurel se quedó boquiabierta cuando llegaron a su destino.

–¿Una montaña rusa?

–¿Por qué no? –inquirió él con una sonrisa socarrona–. ¿No tendrás miedo?

Le había dicho que quería aventuras, y no iba a echarse atrás.

Alzó la barbilla y le contestó:

–Por supuesto que no; me encantan las montañas rusas.

Decir que le encantaban era una exageración.

Rakin la tomó de la mano y fueron a ponerse al final de la cola de gente que esperaba para subir a la atracción.

–Los vagones son iguales que los taxis amarillos de Nueva York –observó Laurel divertida.

–Estamos de suerte; nos ha tocado en el primer vagón –dijo Rakin mientras el encargado los llevaba a sus asientos.

Una vez sentados y con el arnés de seguridad colocado, el entusiasmo de Laurel disminuyó al ver la vía de railes rojos frente a ellos. ¿Suerte que les hubiera tocado en el primer vagón? Más bien no, pensó, y el corazón se le subió a la garganta cuando el tren

empezó a moverse.

–Rakin, ¿cómo he podido dejarme convencer para subirme a este trasto?

–Te va a encantar, ya lo verás –los ojos de él brillaban con humor.

Empezaron a subir, a subir... aquello parecía la subida al Everest. A cada metro que avanzaban el cosquilleo de nervios que sentía Laurel en el estómago aumentaba. Se detuvieron al coronar la cima.

Laurel admiró la vista de Las Vegas que se extendía frente a ellos, con las suaves colinas ondulantes en la distancia. Se pusieron en marcha de nuevo.

–¡Ay, Dios!

Rakin le tomó la mano, y antes de que Laurel pudiera tomar aliento ya estaban descendiendo a toda velocidad. Y luego subieron de nuevo.

Cuando volvieron a bajar Laurel sintió como si un bloque de plomo le cayera en el estómago, dejándola sin aliento. Rakin se reía.

Un poco más adelante Laurel vio que la vía formaba un bucle.

–Noooo... –gimió.

Apretó la mano de Rakin hasta que le dolieron los dedos. Los vagones ascendieron por la curva del bucle, y todo su cuerpo se tensó. La gente chillaba detrás de ellos. De pronto el mundo se dio la vuelta, y se quedaron allí colgados, con el suelo bajo sus cabezas, antes de que se pusieran en marcha de nuevo a toda velocidad, descendiendo por la curva del bucle. Una hilarante sensación de euforia explotó en su interior. Pasaron como una exhalación por delante de la Estatua de la Libertad, y Laurel se encontró riéndose poco antes de que entraran en un túnel, oscuro como la boca del lobo.

Rakin le dijo algo, pero los fuertes latidos de su corazón, que resonaban en sus oídos, impidieron que oyera nada. Todavía estaba apretando su mano, y se dio cuenta de que estaba clavándole las uñas. Azorada, le soltó la mano.

–Perdona –le dijo.

–No pasa nada –respondió él, riéndose suavemente.

Poco a poco su visión se hizo a la oscuridad, y vio que más

adelante había luz. Habían llegado a una estación subterránea que era el final de la atracción.

Cuando se bajaron las piernas le temblaban como si se le hubieran convertido en gelatina.

–Tenías razón: ¡me ha encantado!

Le daba igual que le faltase el aliento, y que estuviese sonriéndole como una tonta a Rakin toda despeinada. En ese momento se sentía como si pudiese comerse el mundo.

Rakin, en cambio, parecía que ni se hubiera inmutado, y no se le había movido ni un pelo. De repente sintió un impulso travieso de verlo, cuando menos, un poco despeinado.

–Otra vez –lo desafió–. Quiero subir otra vez.

Ya estaba atardeciendo, y el piso cincuenta de la réplica de la Torre Eiffel estaba desierto. Rakin notó que Laurel daba un ligero respingo cuando le puso una mano en el hueco de la espalda para conducirla fuera del ascensor de cristal.

–¡Qué bonito! –murmuró Laurel, señalando la plataforma con su barandilla de acero.

El sol del atardecer hacía que pareciese de bronce bruñido.

Rakin la observó con una sonrisa mientras se dirigía allí para admirar mejor las vistas de la ciudad con las colinas como telón de fondo. Cuando se detuvo junto a la barandilla, los rayos del sol arrancaron reflejos rojizos de su cabello, y su elegante figura, enfundada en un vestido negro palabra de honor, se recortaba contra la luz del atardecer. Parecía una diosa.

–Ha sido un día maravilloso –le dijo Laurel cuando llegó junto a ella, rompiendo el hechizo en que lo había envuelto su bella estampa–. Va a ser difícil de superar mañana.

–No te preocupes; hay un montón de cosas más que ver –le dijo Rakin–: delfines, tiburones, leones...

Los ojos de Laurel brillaron traviesos.

–O podríamos montar en las atracciones de Stratosphere Tower –propuso.

Rakin gimió de un modo muy cómico.

–He creado un monstruo. ¿Todavía quieres más?

–Hasta ahora no me había dado cuenta de lo que me estaba

perdiendo. Debería haber puesto montañas rusas en mi lista.

–¿Has hecho una lista de las cosas que quieres hacer en Las Vegas?

Laurel se sonrojó y apartó la mirada. Un ráfaga de viento empujó un mechón hacia su mejilla y lo apartó con la mano, metiéndolo tras la oreja.

–Bueno, no es exactamente sobre Las Vegas.

–¿Pero sí que has hecho una lista de cosas que quieres hacer? –insistió él.

Laurel asintió brevemente.

Su reticencia a decir más lo intrigaba.

–Bueno, ¿y qué pusiste en esa lista?

–No lo recuerdo –murmuró ella, y se puso más roja todavía.

Era evidente que se le daba fatal mentir.

–Pues has hecho que me pique la curiosidad.

–Fíjate qué bonito –dijo Laurel señalando la ciudad, que estaba empezando a iluminarse, preparándose para la noche.

Aunque sabía que estaba intentando cambiar de tema, Rakin se dejó distraer.

–¡Y mira eso!

Rakin miró donde le señalaba. Tres fuentes formadas por varios anillos habían emergido del lago artificial frente al hotel Bellagio, y los chorros de agua, iluminados por brillantes luces blancas, se elevaban varios metros por encima de la superficie.

–Las veremos más de cerca mientras cenamos.

Había reservado una mesa en el restaurante Picasso para que Laurel pudiese disfrutar con ese espectáculo de agua y de luz.

–Es precioso –murmuró Laurel embelesada.

Rakin podía ver en su rostro cada emoción que estaba experimentando: excitación, asombro... De repente se encontró preguntándose qué expresión adquirirían sus facciones cuando la sacudiese el deseo, con la melena rojiza desparramada sobre una almohada... Cerró los ojos para bloquear esa tentadora visión.

–¿Has estado en París o en Venecia? A mí me encantaría visitar cualquiera las dos ciudades.

Para alivio de Rakin, la voz de Laurel interrumpió las tórridas fantasías que estaba teniendo.

–En Venecia no –contestó, y su voz sonó ligeramente ronca,

probablemente por esos pensamientos nada inocentes–. Pero he estado muchas veces en París. Era una ciudad que le encantaba a mi madre. Estudió en la Escuela Superior Nacional de Bellas Artes en la orilla oeste del Sena, frente al Louvre.

–¿Es artista?

–Lo era –respondió Rakin–. Murió.

–Perdona, no pretendía reabrir…

Al ver el remordimiento que se leía en el rostro de Laurel la interrumpió para decirle:

–No te preocupes; no me siento mal por hablar de ella. Falleció hace muchos años. Mi padre también murió.

–Vaya. Debes echarlos de menos.

Los recuerdos que guardaba de su padre le producían sentimientos encontrados, pero no iba a dejar que Laurel descubriera el dolor y el resentimiento que se ocultaban bajo la coraza que se había fabricado. Lo mejor sería atenerse a los hechos.

–Mis padres se conocieron en París.

–Eso suena muy romántico.

Era justo la conclusión que había imaginado que sacaría. A su madre también le había parecido algo romántico. Su padre lo había llamado destino.

Él la vista para mirar la puesta de sol. De pronto se notaba un nudo en la garganta.

–Cuando se conocieron era primavera.

–Eso es aún más romántico.

Sin mirar a Laurel continuó hilando el cuento plagado de mentiras que había fabricado la prensa sensacionalista.

–Mis padres regresaron a Diyafa, donde se convirtieron en marido y mujer con una gran boda, y yo nací poco menos de un año después.

Ahí había terminado el romanticismo y había empezado la dura realidad que le había tocado vivir a su madre. Puesto que ya tenía el heredero varón que quería, su padre, el jeque, ya no necesitaba seguir cortejando a su esposa, y había sido el deber, y no el amor, lo que había hecho que siguieran juntos hasta que les llegó la muerte.

Se obligó a esbozar una sonrisa, y se volvió hacia Laurel, que tenía una expresión soñadora.

–Me encantaría visitar París en primavera.

–Y pasear a orillas del Sena –añadió Rakin, que se conocía todos aquellos clichés.

–Es bonito que se enamoraran en una ciudad que simboliza el amor.

–Ya lo creo –asintió él, sin dejar que el cinismo se trasluciera en sus palabras.

La historia de sus padres daba mucho juego.

Laurel ladeó la cabeza.

–Y también me gustaría visitar Diyafa.

En vez de hablarle de las amenazas de su abuelo Rakin miró su reloj.

–El restaurante en el que he reservado mesa no está lejos de aquí. Te hablaré más de mi país durante la cena… y luego haremos lo que todo el mundo viene a hacer a Las Vegas: jugar.

Tal y como había imaginado que pasaría, la expresión soñadora se borró del rostro de Laurel.

–Y cuanto más altas sean las apuestas, cuanto más haya en juego, mejor –dijo.

Para él también había mucho en juego. ¿Por qué no había aprovechado la oportunidad para hablarle de la tesitura en que se encontraba, que necesitaba una esposa para contentar a su abuelo?

La verdad era que se estaba dejando llevar por Laurel, por su entusiasmo. A cada hora que pasaba le gustaba más. Pero ya había pasado un día entero, y pronto abandonarían Las Vegas. No podía seguir posponiéndolo. Había llegado el momento de volver a la realidad y conseguir lo que necesitaba: una esposa.

El restaurante Picasso, en el hotel Bellagio, era uno de los favoritos de Rakin allí en Las Vegas.

–¿Sabías que Bellagio es un pueblo a orillas del lago de Como en Italia, en la región de Lombardía? –le dijo a Laurel cuando les retiraron el plato principal y les dieron la carta de postres.

Había reservado una mesa junto al balcón, desde donde se veían las fuentes.

–Quizá debería añadir Lombardía a la lista de lugares que quiero visitar.

Su mirada de ingenuidad se desvaneció y fue reemplazada por

una expresión tan sincera que se sintió algo incómodo.

Laurel se inclinó hacia delante, y le confió bajando la voz.

–Nunca había flirteado con nadie. Pero contigo es fácil.

Su candor lo desarmó y no se atrevió a bajar la vista, por temor a que, al inclinarse hacia delante, Laurel dejara aún más a la vista el escote del vestido.

–Creía que el arte del coqueteo era algo innato en todas las mujeres sureñas –dijo.

–Pues te aseguro que no es mi caso –Laurel bajó la vista mientras acariciaba distraídamente la carta de postres frente a ella.

Rakin podría haber replicado que estaba aprendiendo rápido, pero sospechaba que Laurel no imaginaba el efecto que tenía en él. Nunca se había sentido tan atraído por ninguna mujer. Al principio le había picado la curiosidad cuando Eli le había dicho que podría ser la esposa perfecta para él, pero a medida que la iba conociendo, el interés que sentía por ella estaba aumentando a pasos agigantados.

Laurel levantó la mirada de nuevo hacia él.

–La verdad es que he estado intentando flirtear contigo porque… me siento segura contigo.

La franqueza de su respuesta le causó tal impacto que no fue capaz de pensar una respuesta ingeniosa ni de bromear para hacerla reír.

–¿No vas a pedir postre? –le preguntó Laurel.

Rakin bajó la vista y se sorprendió al ver que había cerrado su carta sin darse cuenta. No podía dejar de pensar en lo que Laurel había dicho.

–¿Te resulta fácil flirtear conmigo?

–Debe ser porque eres amigo de Eli –contestó ella con una sonrisa más dulce que coqueta–. Sé que contigo no tengo nada que temer.

Rakin frunció el ceño, irritado sin saber por qué.

–¿Porque Eli te ha dicho que puedes fiarte de mí?

–Bueno, no me lo ha dicho nunca, pero supongo que no sería tu amigo si no se fiara de ti.

–Así que te fías de la opinión que Eli tenga de mí en vez de guiarte por tu instinto.

Laurel vaciló.

–No lo pienses; contesta lo que sientas –le pidió Eli. Puso los codos en la mesa, entrelazó las manos y apoyó la barbilla sobre ellas–. No quiero que seas amable conmigo; quiero una respuesta sincera.

–Confío en ti –dijo ella finalmente.

Tras pronunciar esas palabras abrió mucho los ojos, como si se hubiera sorprendido a sí misma con lo que había dicho.

–¿Por qué? –le preguntó él.

–No lo sé –contestó ella lentamente apartando la vista, pero luego volvió a mirarlo, como obligada por una fuerza que no pudiese resistir.

–Pero te sorprende.

–Sí –Laurel vaciló de nuevo antes de confesarle–. Nunca se me ha dado bien hacer amigos; pero siempre he podido apoyarme en mi familia.

–Y en Eli.

–Y en Eli –asintió ella–, pero eso es distinto.

Una punzada de envidia inesperada lo atravesó, pero atajó de inmediato ese sentimiento antes de que pudiera convertirse en algo tan venenoso como los celos.

–¿En qué sentido?

–Teníamos la misma edad; crecimos juntos... Supongo que la razón por la que confío en ti es porque me siento cómoda contigo. No recuerdo cuándo fue la última vez que me reí tanto.

Rakin hizo una mueca y dijo:

–Será que soy un payaso.

–¡No, no tienes nada de payaso!

Rakin lo había dicho en broma para intentar hacerla reír de nuevo, pero que saliera tan rápido en su defensa le hizo darse cuenta de que le preocupaba haber podido ofenderlo. Era demasiado buena. Poco podía imaginar hasta qué punto habían acabado endureciéndole las circunstancias.

–Es la verdad –insistió Laurel–. No recuerdo haberme sentido nunca tan alegre y despreocupada como me siento hoy.

–Entonces lo tomaré como un cumplido.

Laurel se sonrojó ligeramente y bajó la vista a la carta.

–¿Sabes?, no tengo ni idea de qué pedir.

Los labios de Rakin se curvaron en una sonrisa.

–Yo voy a tomar helado, pero escojas lo que escojas seguro que no te equivocas.

–Voy a pedir algo pecaminoso, con mucho chocolate. Lo que me recomiende el camarero. Y luego iremos al casino que haya más cerca.

Rakin no pudo evitar sonreír ante la fijación que tenía con esa idea.

–No lo he olvidado: quieres pasarte la noche jugando.

El silencio que reinaba en el salón privado del casino solo era roto de cuando en cuando por el ruido de las fichas y la voz queda de los jugadores al hacer sus apuestas. Las camareras pasaban en silencio con bandejas de bebidas gratis. Aquella parte exclusiva del casino era una especie de zona VIP solo para gente con dinero, gente famosa... y jugadores empedernidos.

Rakin y Laurel se habían sentado en la mesa de la ruleta con varias pilas de fichas, pero, igual que el hombre que estaba frente a ellos con mirada desperada y un vaso de whisky en la mano, la pila de Laurel estaba empezando a menguar a marchas forzadas.

Y el estómago se le estaba revolviendo de angustia. Había perdido al menos cinco mil dólares de Rakin en los primeros diez minutos, y buena parte de su dinero después de negarse en redondo a aceptar más fichas de él.

–Estoy empezando a pensar que mi abuelo tenía razón –le dijo a Rakin en voz baja.

–¿Tu abuelo Winthrop?

Laurel asintió.

–Decía que el juego era una maldición.

–¿Y esperabas romperla esta noche?

Laurel se quedó pensativa. ¿Había creído que si ganaba podría desbaratar ese viejo tabú familiar?

–No sé; probablemente tenía tanto empeño en jugar solo porque mi familia lo desaprobaba.

Rakin se rio, ganándose una mirada furibunda del jugador frente a ellos que iba perdiendo.

Laurel se inclinó hacia Rakin.

–Pero ya he perdido más fichas de las que esperaba: de las mías

y de las que tú me has dado –le dijo señalando los montoncitos que tenía a su lado–. Además, no veo visos de que vaya a recuperar lo que estoy perdiendo.

–Bien dicho; así habla una mujer de negocios.

Ella enarcó una ceja.

–Pues todavía no has apostado nada.

–Es que yo no juego.

–¿Por motivos religiosos?

–No, porque es un mal negocio. No me gusta eso de las probabilidades; prefiero poner mi dinero en algo que sepa que me va a rentar.

–Ajá... tú también hablas como un hombre de negocios.

Se sonrieron el uno al otro. El crupier preguntó quién de la mesa iba a apostar. Laurel vaciló un instante antes de sacudir la cabeza.

Rakin le puso una mano en el brazo.

–Si ninguno de los dos vamos a apostar, será mejor que nos vayamos para no molestar a los demás jugadores –le dijo en voz baja.

Laurel se bajó del taburete y tomó su bolso con cierto alivio.

–¡Adiós a mi gran plan de pasarme toda la noche jugando! –dijo mientras se alejaban de la mesa.

–A lo mejor solo necesitas un respiro antes de volver a probar suerte –apuntó Rakin.

–Lo dudo –replicó Laurel con una débil sonrisa–. He descubierto lo rápido que se puede perder dinero en el juego.

Encontraron un saloncito tranquilo con música jazz, y Laurel tomó asiento en un mullido sofá. Rakin se acercó a la barra para pedirle a la camarera que les sirviera unas bebidas y fue a sentarse con ella.

–Creo que a mi abuelo le habrías caído bien –le dijo Laurel.

–¿El mismo abuelo que organizó el matrimonio entre tu madre y tu padre?

Laurel asintió.

–El mismo. Era un hombre de su época, pero sus intenciones eran buenas. Según mi madre hizo todo lo posible por recomponer la fortuna que había perdido la familia antes de concertar ese

matrimonio. Mi abuelo le tenía absolutamente prohibido a sus hijos los juegos de azar. Mi madre me contó que se puso furioso cuando su hermano mayor perdió Captain's Watch apostando en las carreras de caballos.

–¿Captain's Watch?

–Una casa cerca de la playa que había pertenecido a mi familia desde la década de 1800. Cuando mi padre y mi madre se casaron, mi abuelo le pidió a mi padre que intentase recuperarla, y mi padre le dijo que haría todo lo posible –le explicó Laurel–. No le fue fácil, y le costó una fortuna, pero valía cada centavo que pagó por ella.

Era una casa preciosa, con amplios ventanales desde los que se veía el mar. El día de la lectura del testamento de su padre, Laurel descubrió que su padre sabía cuánto le gustaba esa casa de la playa: se la había dejado en herencia.

–Pasamos muchas vacaciones de verano allí; es uno de mis lugares favoritos.

–Entonces tendrás que llevarme allí algún día.

Antes de que Laurel pudiera contestar llegó la camarera con una copa de champán y una Coca-Cola con hielo.

Cuando Rakin le tendió la copa de champán Laurel lo miró divertida y le preguntó:

–¿No estarás intentando emborracharme, verdad?

Rakin pareció un poco incómodo, y de inmediato se sintió mal por haberlo picado de esa manera.

–No, no –negó él después de pagarle a la camarera–. Quería recordarte que a pesar de lo que has perdido jugando esto se trata de divertirse, de experimentar cosas nuevas. Jamás intentaría emborracharte.

Laurel le puso una mano en el brazo.

–Perdona; solo era una broma, y me temo que de muy mal gusto. Te creo. Además, ¿por qué ibas a querer emborracharme?

La broma de Laurel casi había dado en el clavo, pensó Rakin, porque la verdad era que había esperado que un par de copas la harían más receptiva a la propuesta que iba a hacerle.

Laurel se inclinó hacia delante y las luces le hicieron brillar la piel desnuda sobre el escote palabra de honor del vestido. Rakin tuvo que hacer un esfuerzo titánico para apartar la mirada.

–Gracias por sacar tiempo para venir conmigo –le dijo Laurel–.

Lo estoy pasando muy bien.

Ignorando un nuevo impulso de tocar aquella piel de seda, Rakin se recordó que aquello no era una cita; aquello eran negocios. Y ya iba siendo hora de que pusiese su propuesta sobre la mesa.

–¿Está siendo como esperabas?

Ella tomó un sorbo de su copa.

–¡Mucho mejor! Pero sobre todo aprecio tu compañía, porque estoy segura de que tienes un montón de cosas que hacer y no esperas conseguir nada a cambio de todo esto.

Él abrió la boca para hablar pero vaciló, y cuando su silencio se prolongó, la sonrisa se le congeló a Laurel en los labios.

–En realidad hay algo que quería pedirte –murmuró Rakin.

El recelo apagó el brillo de los ojos esmeraldas de Laurel.

–Quieres algo de mí.

Rakin vaciló, buscando las palabras adecuadas.

–¿Es sexo lo que quieres?

Rakin parpadeó. ¿Sexo? ¿Tan evidente era hasta qué punto la deseaba?

–¿Por eso te ofreciste a venir conmigo a Las Vegas? ¿Es eso de lo que va todo esto? –lo acusó ella, sentándose más lejos de él–. ¿Estabas intentando seducirme para llevarme a la cama?

Rakin no podía negar que había estado haciendo todo lo posible porque se sintiera a gusto y lo pasara bien, pero porque quería que estuviese receptiva cuando le hiciese la propuesta que iba a hacerle, no porque quisiera sexo.

–Creía que eras diferente –dijo Laurel tomando su bolso y poniéndose de pie.

Si no la detenía se marcharía, dejándolo allí sentado como un tonto, y perdería la oportunidad.

–No es sexo lo que quiero –se apresuró a decirle.

Pero Laurel ya estaba dándole la espalda para irse.

–Laurel... espera, no te vayas –Rakin alargó el brazo y la agarró de la mano.

Antes de que pudiera soltarse y alejarse furiosa de él, le repitió:

–No es sexo lo que busco. Por favor, siéntate y escucha lo que quiero proponerte. Creo que podría ser algo ventajoso para los dos.

Ella entornó los ojos.

–¿Una propuesta de negocios?

–Sí –respondió él–. Quiero que te cases conmigo.

Laurel pensó que debía haber oído mal. Estupefacta, se dejó caer en el sofá y se quedó mirando a Rakin. Con su traje a medida, su inmaculada camisa blanca y la corbata con el nudo perfecto no parecía un loco. Solo un hombre de mirada intensa… e increíblemente guapo, pensó con el corazón palpitándole con fuerza. Escrutó su rostro en silencio. Sus facciones estaban tensas y no había humor en sus ojos.

–¿Lo dices en serio?

–Completamente en serio –respondió él soltando su mano.

Laurel dejó escapar una risa suave, incrédula, y le dijo extendiendo las manos:

–No puedo casarme con un hombre al que apenas conozco.

–Laurel, no tienes nada que temer. Soy un hombre de negocios respetable… y hasta aburrido.

Laurel no le tenía miedo, pero arriesgarse a casarse con un desconocido… ¿con el nieto de un príncipe de Oriente Medio?

–No eres aburrido –dijo finalmente.

La mirada de Rakin se tornó cálida de repente, y Laurel sintió un cosquilleo en el estómago.

–¿Significa eso que aceptas? –le preguntó en un tono quedo.

Haciendo lo posible por ignorar el cosquilleo para poder centrarse, Laurel ladeó la cabeza y se quedó mirándolo.

–Ni siquiera has hablado de amor.

–¿Quieres una proposición envuelta en tiernas palabras?, ¿que me arrodille ante ti para pedírtelo?

Laurel sacudió la cabeza.

–Si todavía persiguiese esa clase de ensoñaciones románticas habría atrapado el ramo cuando Kara me lo lanzó.

Una sonrisa se dibujó lentamente en los labios de Rakin.

–Eres una mujer realista. Es verdad que apenas nos conocemos, pero aunque me parece que estamos descubriendo que tenemos muchas cosas en común, me parece que sería un insulto a tu inteligencia por mi parte hablar tan pronto de amor.

–Gracias… creo.

Laurel no acababa de comprender cómo esperaba Rakin

beneficiarse de aquello.

–No entiendo por qué quieres casarte conmigo.

Los ojos de Rakin aún sonreían.

–Bueno, eres una mujer muy hermosa; estoy seguro de que lo sabes.

Laurel replicó:

–La belleza no garantiza que un matrimonio vaya a funcionar. Como el de mis padres, sin ir más lejos. Cuando te he preguntado si era una propuesta de negocios y me has respondido que sí no me esperaba una proposición de matrimonio.

–Bueno, es que mi proposición de matrimonio es una propuesta de negocios.

Laurel volvió a reírse con incredulidad.

–Sé que parece una locura –le dijo Rakin–. Mi abuelo lleva años amenazándome con cambiar el testamento y desheredarme por no haber accedido a casarme con ninguna de las mujeres que ha escogido para mí. Cada vez he ignorado sus amenazas, pero ahora no solo me amenaza con desheredarme, sino también con obligar al consejo de la empresa familiar a que me destituyan del cargo de director. Y no satisfecho con eso dice que también le dará sus acciones a mi primo. Y todo eso si no me caso antes de cumplir los treinta y seis. Ya no es cuestión de esperar a que muera para averiguar si ha llevado a cabo sus amenazas en el testamento: pretende apartarme de la compañía el año próximo si no me pliego a sus exigencias –le explicó con visible frustración–. No estoy dispuesto a dejar que me dé la patada con todo lo que he luchado y las horas que le he dedicado a la compañía.

Eli le había hablado de la compañía de la familia Abdellah, Gifts of Gold, una empresa suministradora de textiles de lujo, y por lo que le había contado sabía que lo que le estaba diciendo Rakin era verdad, que se volcaba en su trabajo: había establecido una red de clientes impresionante entre los que se contaban las mejores cadenas hoteleras del mundo.

–Y por eso necesito una esposa –concluyó Rakin.

–Pero... ¿de verdad crees que tu abuelo sería capaz de hacer algo así? A mí me parece que le haría tanto daño al negocio como a ti.

–Es un hombre orgulloso, y está acostumbrado a salirse con la suya. Ahora mismo le da igual que la compañía pueda perder

beneficios. Quiere que me case y esta es su forma de intentar doblegarme para hacer su voluntad.

–¿Y quién dirigiría la compañía si te destituyen?

–Oh, eso mi abuelo ya lo tiene pensado: ese primo al que le traspasaría sus acciones. Ningún miembro de la junta se atrevería a contradecir las órdenes de mi abuelo.

–¿Y ese primo tuyo está casado?

–Comprometido... con una mujer que mi abuelo eligió para él –contestó Rakin con una mueca de desagrado.

Laurel empezaba a comprender.

–Y ese primo tuyo y tú no os lleváis muy bien. ¿Cierto?

–Zafar me detesta. Me destruiría si pudiera, y yo preferiría morir antes que permitir que me quite todo por lo que he luchado, así que por eso estoy dispuesto a casarme para dar gusto a mi abuelo.

–¿Y por qué no te casas con alguna de esas mujeres que tu abuelo escogió para ti?

Rakin frunció el ceño.

–Eso le daría demasiado poder sobre mí. Además, aunque buscara por todo el mundo no encontraría a una candidata mejor que tú.

A Laurel le ardían las mejillas.

–¡Eres un adulador!

–Pues claro que no. Eres preciosa, eres de buena familia, eres buena... –Rakin se inclinó hacia delante y tomó una de sus manos–. Y naturalmente me aseguraré de que nuestro matrimonio implique beneficios para el Grupo Kincaid.

Laurel dio un respingo cuando su mano se cerró sobre la de ella.

–¿Qué clase de beneficios?

«Está en el bote», pensó Rakin, convencido de que iba a aceptar su proposición. Le soltó la mano y se echó hacia atrás.

–Hay muchos exportadores e importadores en Diyafa que podrían convertirse en clientes del Grupo Kincaid. Yo haría de intermediario.

–¿Y no esperarías de mí que dejara mi puesto en la compañía?

Laurel incluso estaba empezando a hablar como si su matrimonio fuese cosa hecha, pensó Rakin con satisfacción.

–Nuestro matrimonio será algo temporal; un sacrificio tan drástico no será necesario.
–¿Cómo de temporal?
Rakin se encogió de hombros.
–Una vez nos casemos mi abuelo me traspasará a mí sus acciones, tendré el control sobre la compañía... y tú serás libre de marcharte, de volver a Charleston con tu familia.
Laurel se movió hacia el borde del asiento, y un mechón de su melena le cayó sobre el rostro. Lo apartó con un gesto impaciente.
–Pero hasta que eso ocurriera esperarías que viviera contigo en Diyafa, ¿no es así?
Él asintió y cruzó una pierna sobre la otra intentando parecer relajado para que no se sintiera presionada. Estaba a punto de caramelo; estaba seguro de que iba a decirle que sí.
–De otro modo mi abuelo dudaría de la legitimidad de nuestra unión, y eso es algo que no puedo permitirme. Pero podrías seguir con tu trabajo desde Diyafa. Aunque es un país tradicional en muchos sentidos Diyafa dispone de todos los avances tecnológicos. Además no estaríamos en Diyafa todo el año. Vengo con regularidad a Estados Unidos por negocios, así que verías a tu familia a menudo. Y visito muchos otros países. Piénsalo: podrías hacer realidad esa lista tuya.
–¿Qué sabes tú de mi lista? –inquirió Laurel, mirándolo con los ojos muy abiertos.
Rakin no pudo reprimir una sonrisilla.
–Bueno, es evidente que tienes una lista de lugares a los que quieres viajar. Sé que Las Vegas era uno de ellos, y también has mencionado que podrías añadir Lombardía, y que incluso considerarías visitar Diyafa –tuvo la sensación de que Laurel estaba dudando–. Te llevaré donde quieras. Podríamos visitar el Taj Mahal; te llevaría a la Torre de Londres... Podríamos beber champán a orillas del Sena en primavera. No te arrepentirás.
Laurel puso morritos.
–No es justo: estás aprovechándote de que conoces mi punto débil.
–Tener sueños no es una debilidad.
Laurel lo miró de un modo que no supo interpretar.
–¿Estás ofreciéndote a hacer realidad mis sueños?

Rakin no quería que lo convirtiese en algo romántico. No iba a ser el amor de su vida, como su madre había pensado que sería su padre para ella. No quería malentendidos. Después de todo no era más que un hombre, con sus virtudes y sus defectos.

–Bueno, tampoco puedo decir que sea algo completamente altruista. Si aceptas yo también conseguiré lo que necesito.

–Así que se supone que los dos salimos ganando.

¡Lo había entendido! No habría podido escoger mejor si se hubiese pasado un año entero buscando a la esposa perfecta.

–Exacto –le respondió con una sonrisa triunfal–. ¿Lo ves? ¿Qué motivo podrías tener para no aceptar mi propuesta?

Propuesta... Seguramente había sido un lapsus por parte de Rakin, pero aquella palabra hizo que Laurel volviese a la realidad. Rakin le estaba ofreciendo un trato, no el sueño de toda mujer. Para él se trataba solo de negocios.

La zozobra se apoderó de ella, y se incorporó como un resorte, incapaz de seguir sentada ni un segundo más.

–Creo que ya he recobrado las energías suficientes para volver a probar suerte en el juego. Veamos si puedo romper esa maldición de los Winthrop.

Rakin se levantó y se colocó delante de ella, bloqueándole el paso.

–¿Quieres volver a jugar? –le preguntó confundido–. ¿Ahora?

Laurel frunció el ceño. Rakin era el culpable del torbellino de emociones encontradas que se revolvían en su interior en ese momento.

–Me estás pidiendo que tome una decisión que no se puede tomar a la ligera. ¿Qué diferencia van a suponer unos minutos?

Él arrojó las manos al aire, dándose por vencido.

–Tómate todo el tiempo que necesites –dijo apartándose para dejarla pasar–, pero como te he dicho solo será algo temporal; no vamos a casarnos para toda la vida.

Laurel se quedó donde estaba.

–Necesito una señal.

–¿Una señal? –inquirió él lleno de frustración–. ¿Qué clase de señal?

–Una señal de que estaré haciendo lo correcto si me caso contigo.

–¿Y qué sería para ti una señal?

Laurel se quedó pensando un momento.

–Que recupere el dinero que he perdido jugando a la ruleta.

–¡Pero si tu familia nunca gana!

A Rakin parecía que fuera a darle algo de un momento a otro, pensó Laurel divertida mientras echaba a andar. Se detuvo y giró la cabeza para decirle:

–Ahora voy a probar con las máquinas tragaperras, y si gano será una señal de que debo casarme contigo.

Rakin puso los ojos en blanco y fue junto a ella. Laurel parpadeó cuando lo vio sacarse una moneda del bolsillo y preguntarle:

–¿Cara o cruz?

Laurel enarcó una ceja. Todo aquello era absurdo.

–¿Me estás pidiendo que me juegue a cara o cruz la que podría ser una de las decisiones más importantes de mi vida?

–¿Y qué? Estabas a punto de jugártela con una máquina que te da una miseria si consigues que salgan tres pares de cerezas. Yo prefiero echarlo a cara o cruz.

–Pues yo prefiero las cerezas.

Rakin ni siquiera sonrió.

–No tienes la menor intención de aceptar mi proposición, ¿verdad?

Laurel no contestó. La verdad era que estaba hecha un lío. Rakin había puesto su mundo patas arriba al pedirle que se casara con él. Aquello la había dejado más aturdida que la montaña rusa y que las luces de neón de Las Vegas.

Una parte de ella quería lanzarse y decirle que sí. No había duda de que casarse con un hombre como Rakin sería toda una aventura, una oportunidad de experimentar cosas que de otro modo tal vez no experimentaría nunca. Y sería un buen negocio, eso tampoco podía negarlo. El Grupo Kincaid no podía permitirse desdeñar la oportunidad de conseguir nuevos clientes, sobre todo teniendo en cuenta el daño que les estaba haciendo Jack Sinclair.

Rakin le puso las manos en los hombros y le dijo:

–Debí pedirte que te casaras conmigo anoche en el balcón, tras la boda de tu hermana. Estoy empezando a pensar que entonces

habría habido más posibilidades de que dijeses que sí.

Las sensación de sus manos en sus hombros desnudos era... desconcertante. Laurel se esforzó por pensar y sacudió la cabeza.

–Entonces eras un completo extraño para mí, y ahora te conozco un poco mejor –le contestó–. En primer lugar eres divertido –añadió contando con los dedos–, porque nunca me había reído tanto como me he reído hoy. En segundo lugar eres amable, porque tomaste mi mano en la montaña rusa pensando que estaría asustada. En tercer lugar, se te dan bien los niños...

–¿Cómo vas a saber si me dan bien los niños? –inquirió él contrariado.

–Sí que lo sé –replicó ella–. Te mostraste muy paciente con Flynn el día de la boda.

–¡Pues entonces cásate conmigo! –le insistió Rakin mirándola a los ojos.

–Solo si gano en las máquinas –le recordó Laurel.

Se dio la vuelta y fue hasta una de las máquinas seguida de Rakin. Sacó de su bolso un paquete de monedas del casino. Rasgó el envoltorio, las introdujo una a una por la ranura y pulsó el botón. Los dibujos empezaron a girar como locos, pero cuando se detuvieron ninguna de las tres figuras coincidía. Ni siquiera un par de cerezas.

Lo mismo ocurrió al segundo intento. A Laurel se le cayó el alma a los pies. Era ridículo que se sintiese como una perdedora solo porque no conseguía ganar en aquella estúpida máquina.

Hacía unas horas no se había sentido así. Rakin y ella habían conectado y estaban disfrutando de la compañía del otro. Había sido un día muy divertido. Y tenía razón cuando le había dicho que el Grupo Kincaid saldría beneficiado.

Tampoco estaría tan loca por casarse con él, ¿no? Al fin y al cabo le gustaba, y Rakin ni siquiera apostaba en los juegos de azar.

Miró la pantalla de la máquina. ¿Qué estaba haciendo? Rakin tenía razón: no necesitaba ninguna señal arbitraria. Aquello era una cuestión de negocios y lo lógico sería que aceptase su propuesta. No tenía que demostrar que podía ganar en aquel ridículo juego de las cerezas. Lo tenía claro: iba a decirle que sí.

Apretó el botón por última vez y se volvió para darle la respuesta que estaba esperando, pero apenas había abierto la boca

cuando el repentino jolgorio de campanillas y ruidos de la máquina la hizo girarse de nuevo hacia ella. Se quedó mirando con incredulidad la pantalla, donde unas letras en rojo que parpadeaban le decían que llamase a uno de los empleados del casino.

Rakin estaba sonriéndole con los brazos abiertos.

–Enhorabuena. Parece que has roto la maldición: te ha tocado el premio gordo.

Laurel alzó la vista a la cifra en luces blancas en la parte superior: 22.222 dólares. No era una fortuna, pero cubría más que de sobra el dinero que había perdido en la ruleta.

Rakin la estrechó entre sus brazos y la hizo girar con él mientras los dos se reían como dos críos. Cuando la dejó de nuevo en el suelo el aturdimiento de Laurel empezó a desvanecerse, y con él, la euforia. Sonrió a Rakin.

–Me siento... –¿cómo podría describirlo?–... afortunada.

–Y juntos tendremos aún más suerte –dijo Rakin mirándola a los ojos–. Nos casaremos mañana.

Capítulo Cinco

Era el día de su boda; ¡iba a casarse! Laurel se incorporó y se liberó de las sábanas, que se le habían enredado entre las piernas durante la noche. Se sentó al bode de la cama y paseó la mirada por la suite del hotel mientras acababa de despertarse.

Sobre la mesilla estaba el cheque de la suma que había ganado en el casino, y a su lado las dos cosas que dominaban su vida en ese momento: la carta de su padre y la lista que había hecho para cambiar su vida. Alargó el brazo y tomó la lista.

«1. Dejar a Eli», leyó en silencio. Laurel cerró los ojos. No tenía que sentirse culpable. Eli era mucho más feliz ahora que se había casado con Kara.

«2. Pintarme los labios de rojo». Hecho.

«3. Flirtear con un extraño». Hecho. ¡Vaya si lo había hecho! Hasta iba a casarse con él... Y eso que ni siquiera se habían besado.

Sonrió al leer el siguiente punto en la lista: «4. Comer helado en la cama». Un verdadero tabú en la familia Kincaid. La noche anterior, cuando en la cena Rakin pidió helado de postre, pensó inmediatamente en su lista, y las fantasías que de pronto había conjurado su mente, de haber sido una película habrían sido calificadas como X.

«5. Pasar toda una noche jugando en un casino». La noche anterior había roto la «maldición» de los Winthrop, pero también se había dado cuenta de que los juegos de azar podían provocarle a uno una ansiedad que no era nada buena para el ánimo ni para la salud. Se sentía en paz consigo misma.

«6. Viajar a lugares lejanos». Pronto lo haría, ya que iba a irse a Diyafa con Rakin. Y habría más viajes. Por fin iba a darle uso al pasaporte que llevaba siempre en su bolso.

Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras seguía leyendo el resto de la lista. Aunque los siguientes puntos eran más difíciles, no iba mal encaminada.

Volvió a dejar la lista en la mesilla de noche y tomó la carta de su padre. Se sabía de memoria la carta de tantas veces como la

había releído y siempre se le hacía un nudo de emoción en la garganta.

Su padre llevaba muerto cinco meses, pero todavía le costaba aceptar que nunca más volvería a verlo. Leyó la carta hasta el final, la dobló de nuevo, y volvió a dejar en la mesilla deseando que no hubiesen descubierto jamás que su padre había sido un ídolo con pies de barro.

Descubrir la vida secreta que había llevado junto a Angela mientras estaba casado con su madre había hecho que se desmoronase la imagen que había tenido de su matrimonio hasta entonces.

Rakin no le había ofrecido amor… pero al menos había sido sincero con ella, y los beneficios que se derivarían de aquella boda para su familia serían más que considerables. Casándose con él no solo iba a hacer realidad algunos de sus sueños, como el de viajar, sino que además estaría ayudando a la empresa familiar, y eso sería un paso en la consecución del punto número 9 de su lista: «¡Ayudar a salvar al Grupo Kincaid!». No tenía nada que perder.

En la oficina del Registro Civil solo tuvieron que hacer cola unos minutos. Cuando Laurel fue a poner su firma debajo de la de Rakin, se quedó mirando algo aturdida la palabra impresa que había junto a la línea: «Novia».

Novia… Por un instante el pánico se apoderó de ella. Hasta hacía un mes había estado comprometida con su mejor amigo, con alguien a quien conocía, con alguien a quien tenía cariño, alguien que la comprendía. Nunca había pensado en casarse con un hombre al que acababa de conocer, y menos con un jeque árabe.

Luego, sin embargo, se calmó. Rakin le gustaba y se fiaba de él. Rakin necesitaba una esposa y el Grupo Kincaid necesitaba nuevos clientes. Además, iba a ayudarla a convertirse en la mujer que siempre había querido ser.

Los latidos de su corazón volvieron a su ritmo normal. La funcionaria tras el mostrador le tendió a Rakin un duplicado del documento.

Cuando salían de la oficina los ojos de Laurel se posaron en un tablón de anuncios de la pared donde ofrecían sus servicios varios

abogados. ¿Qué pensaría su familia de que hiciera algo tan impulsivo como casarse con un perfecto desconocido?

Su padre siempre había dicho que casarse sin un acuerdo prenupcial era un pecado peor que el sexo sin precauciones.

Le lanzó a Rakin una mirada por el rabillo del ojo. ¿Qué sabía en realidad de él, aparte del hecho de que era amigo de Eli? Podría ser un cazafortunas, o un gigoló.

¿Pero qué estaba diciendo? Aquello era completamente ridículo. Era evidente que Rakin Abdellah era un hombre muy rico.

Sin embargo, no pudo evitarlo y murmuró:

–Deberíamos haber firmado un acuerdo prematrimonial. Mi familia me matará cuando se enteren de que... –se quedó callada cuando Rakin la tomó del codo y tiró de ella–. ¿Dónde vamos?

–A ver si encontramos un abogado. No quiero que tengas reservas respecto a esto.

–Perdona –murmuró Laurel–. Debes estar pensando que soy una aguafiestas.

–Por supuesto que no –replicó él con una sonrisa–. ¿Cómo iba a pensar eso de ti? Me parece admirable que quieras proteger a tu familia.

Una parte de ella deseó que Rakin hubiese desechado sus preocupaciones, que la hubiera alzado en volandas y la hubiese llevado corriendo al juzgado para que los casasen.

Al menos de ese modo ella no tendría responsabilidad alguna de lo que pudiera pasar después. Podría echarle toda la culpa a él.

Cuando llegaron al despacho del abogado este ya estaba cerrando para marcharse. El hombre empezó a poner pegas cuando le pidieron que les atendiera, pero al ver la determinación de Rakin finalmente los invitó a pasar.

Como con Eli ya había pasado por aquello hacía nada Laurel sabía exactamente qué necesitaba que reflejase el acuerdo prematrimonial y no le llevó mucho tiempo explicárselo al abogado. A Rakin aún le llevó menos exponer sus condiciones. Aquello reafirmó a Laurel en su impresión de que tras la fachada de hombre apuesto y encantador se ocultaba un negociador implacable. Haría bien en tenerlo presente.

–Antes de nada –les dijo el abogado–, tengo que informarles de que un acuerdo prematrimonial formalizado con tan poca

antelación a la boda puede ser considerado nulo porque se entiende que puede haber habido coacción por una de las partes.

Laurel supuso que sería mejor que el abogado no supiera que Rakin le había propuesto un matrimonio que solo sería temporal, y del que los dos esperaban sacar beneficio. Tenía la impresión de que, de saberlo, el hombre pensaría que estaban locos los dos y les diría que aquello no podía salir bien.

–¿Quieres esperar? –le preguntó Rakin.

Laurel giró la cabeza y se miró en aquellos ojos capaces de hipnotizarla.

–¿Esperar? –repitió enarcando las cejas.

–Tomarte un poco más de tiempo para pensarlo –la dulzura con que le sonrió Rakin probablemente convenció al abogado de que aquel iba a ser un matrimonio por amor.

Laurel sintió que las preocupaciones que la habían agobiado hacía un momento se disipaban y que de repente se sentía temeraria. Había tomado una decisión e iba a seguir adelante con ella. Estaba lista para vivir la mayor aventura de su vida.

–No me hace falta esperar –respondió. ¿Quién era aquella extraña que la había poseído? Giró la cabeza de nuevo hacia el abogado con cierto aire desafiante, y le dijo–: Nadie me está obligando a hacer nada que no quiera.

–Pues claro que no –intervino Rakin–. Lo que ocurre es que Laurel quería que hiciéramos esto porque los dos tenemos parte en los negocios de nuestras familias y queremos protegerlos.

–Una decisión muy sabia –dijo el abogado destapando su bolígrafo–. Puede que no parezca muy romántico, pero demuestra que están de acuerdo en cosas que son esenciales para los cimientos de un matrimonio duradero.

El abogado preparó un borrador en el ordenador, que imprimió para que lo revisaran. Cuando dieron su visto bueno sacó otras dos copia en limpio con algunas correcciones. Los dos lo firmaron y Rakin le indicó al abogado a qué dirección tenía que enviar la factura.

–Bien –dijo el hombre poniéndose de pie. Rakin y Laurel se levantaron también–, pues les deseo un largo y feliz matrimonio; estoy seguro de que lo será.

Una vez más Laurel decidió que sería mejor no corregirlo. Era

evidente que había dado por hecho que iban a casarse por amor; ¿por qué quitarle aquella ilusión romántica?

Al entrar en la suite del hotel poco después Laurel arrojó a un lado sus zapatos y se dejó caer en el sofá y suspiró.

–Bueno, me alegra que nos hayamos quitado eso de encima –le dijo a Rakin con una sonrisa.

–Pronto serás la señora Abdellah.

Rakin sacó una botella de champán de la nevera del bar.

–Yo me tomaré una Coca-Cola después –se apresuró a decirle Laurel–, no vaya a ser que hagas otra propuesta y acabe aceptando también.

Él esbozó una sonrisa culpable.

–Nunca dejarás que olvide eso, ¿eh?

–Nunca es mucho tiempo –Laurel se desperezó estirando los brazos por encima de la cabeza–. Debería ir a darme una ducha.

–Relájate un rato. Tenemos tiempo de sobra para cambiarnos para la ceremonia.

Laurel, que ni siquiera había pensado en eso, tragó saliva y le asaltó una preocupación típicamente femenina: ¿qué iba a ponerse? Pensó en el vestido negro de escote palabra de honor que se había puesto la noche anterior para ir al casino, pero el negro no pegaba para una boda. Aunque no fuera un matrimonio por amor.

–No tengo nada que ponerme –le confesó a Rakin.

–Por eso no tienes que preocuparte –respondió él–. Está todo pensado.

–¿Cómo que está todo pensado? –repitió ella.

Al ver la sonrisa socarrona en sus labios Laurel ató cabos. Rakin ya le había comprado un vestido para la boda. Era evidente que no había dejado nada al azar.

Sin embargo, de inmediato las dudas volvieron a asaltarla: ¿y si el vestido no le cabía? O peor: ¿y si detestaba el vestido que había escogido? Si al menos estuviera allí Kara para echarle una mano...

En ese momento acudió a su mente una imagen del vestido que Kara había escogido para ella, para la boda que no había tenido lugar. Le había parecido el vestido perfecto, con el cuerpo de encaje y entallado y una falda muy elegante, y la modista le había hecho

varios arreglos para que le quedase como una segunda piel. Pero Kara no estaba allí.

Además, aquel vestido que su hermana había escogido le iba a la antigua Laurel, a la Laurel que hacía lo que todo el mundo esperaba de ella, no a la Laurel con sed de aventuras en que se había convertido.

De pronto se encontró deseando ver qué habría escogido Rakin para ella.

–Me has comprado un vestido de novia, ¿verdad? –inquirió sin poder reprimir una sonrisa mientras se sentaba a su lado en el sofá.

–No exactamente.

Antes de que Laurel pudiera preguntarle qué quería decir con eso, le sonó el móvil a Rakin, que se irguió y lo tomó de la mesita para contestar. Después de una breve conversación colgó.

–Ya están aquí Macy y su ayudante –le dijo a Laurel.

–¿Macy?

–Es una personal *shopper* que viene recomendadísima. Ha escogido unos cuantos vestidos, pero eres tú quien hará la elección final.

Laurel reprimió la absurda ilusión que la invadió al saber que le había dejado a ella la posibilidad de tener la última palabra. Durante demasiados años había permitido que otras personas tomaran decisiones por ella, y le agradaba que Rakin no estuviera haciendo lo mismo.

El timbre anunció la llegada del ascensor privado, y segundos después se abrían las puertas para dejar paso a Macy, una morena alta de facciones angulosas y mirada penetrante y a otra mujer más bajita que debía ser su ayudante. Cerraba la procesión un botones que empujaba un carro con cajas que llevaban el nombre de distintas firmas de ropa.

–La boda es esta noche, ¿verdad? –inquirió Macy, yendo directa al grano.

–Eh... bueno, no sé... –murmuró Laurel–. ¿Tú crees que estará todo a punto para esta noche? –preguntó mirando a Rakin.

–Por supuesto que sí –respondió este, dirigiéndole una sonrisa que hizo que el corazón le palpitara con fuerza.

–Pues entonces no hay tiempo que perder –la brusca voz de Macy rompió el hechizo que había causado en Laurel la sonrisa de

Rakin–. Katie, saquemos los vestidos de las cajas.

Mientras las dos mujeres se ponían a la tarea, Rakin fue a darle una propina al botones y volviendo junto a Laurel le dijo:

–Si me disculpas, te dejo con Macy; hay algunos asuntos de los que tengo que ocuparme.

Cuando se detuvo frente a ella Laurel vio que había un brillo travieso en su mirada y el corazón empezó a latirle con tal fuerza que parecía que fuera a salírsele del pecho. ¡Iba a besarla!

Sin embargo, cuando se inclinó hacia ella lo que besó fue su mejilla y no sus labios. Y más que un beso fue un leve roce.

Luego se alejó hasta el ascensor, al que estaba volviendo a entrar el botones con su carrito, y poco después las puertas se cerraban tras ellos.

Macy reclamó su atención.

–Vamos, señorita, hay mucho por hacer; fíjese qué cosas más bonitas –le dijo con una sonrisa–. Va a parecer una princesa.

A Laurel se le contagió el entusiasmo en cuanto se acercó y empezó a ver delicados encajes, tul, elegantísimos zapatos de tacón... Pero lo que sin duda la dejó fascinada fue un vestido que parecía que estuviera hecho de pétalos de rosa blancos. El diseño del vestido en sí era aparentemente muy simple, sin volantes, ni lazos; lo que hacía que destacase era la belleza de la tela y la sencillez del corte.

–¿Quiere probárselo? –le preguntó Macy–. Aunque me dijo que había calculado a ojo, creo que su prometido ha acertado con la talla –dijo sosteniendo el vestido frente a ella.

–Sí, me encantaría probármelo.

–Estupendo; pues vamos al dormitorio.

Una vez allí Laurel se desvistió, y cuando se metió el vestido por la cabeza se deslizó con un suave frufrú. Cuando se miró en el espejo un gemido ahogado escapó de sus labios y parpadeó. Era un vestido sexy, muy sexy, pero también un vestido con buen gusto.

–Le dejaremos el cabello suelto por detrás, pero estos mechones los recogeremos encima de la cabeza –dijo Macy, levantándolos para mostrarle qué efecto tendría–. Y quizá podríamos poner uno de esos accesorios de flores en el pelo. Katie se ocupará del maquillaje. Hace verdaderas maravillas, pero a usted le bastará con un maquillaje ligero. Tiene un cutis perfecto. Un poco de sombra de

ojos, máscara en las pestañas... no nos llevará mucho tiempo. Dese una ducha y nos pondremos manos a la obra.

Cuando hubieron terminado de peinarla y maquillarla y Laurel se miró en el espejo no podía creerse que fuera ella; parecía una princesa, tal y como había dicho Macy.

En ese momento se oyó tras la puerta la voz de Rakin, diciendo que hacía un rato que había vuelto y preguntando si podía pasar. Macy le dijo que sí, y cuando Laurel se volvió y lo vio en el umbral de la puerta se quedó sin aliento.

Llevaba un esmoquin que le daba un aspecto todavía más imponente, y un capullo de rosa blanco adornaba una de las solapas de la chaqueta, resaltando por contraste su masculinidad.

Rakin parecía estar mirándola a ella con el mismo interés, y Laurel apenas se percató cuando Macy y Katie salieron discretamente del dormitorio para dejarlos a solas. De lo único de lo que era consciente era de la intensa mirada de Rakin, que descendió al escote en V del vestido y subió después a sus labios antes de que sus ojos volvieran a encontrarse. Laurel sintió que una ráfaga de calor afloraba en su pecho. De pronto le dolía el pecho al respirar.

¡Aquello era una locura! No debería estar sintiéndose así. Estaba temblando como una adolescente en su primera cita. Era una mujer adulta y se suponía que aquello era solo un matrimonio de conveniencia del que se beneficiarían las dos partes. Para disimular su agitación, le dirigió la más encantadora de sus sonrisas.

Rakin le sonrió también, y Laurel no pudo evitar fijarse en lo sensuales que eran sus labios. «Por amor de Dios, Laurel, contrólate», se reprendió, e intentó pensar en algo apropiado que decir.

–Ya te has cambiado –murmuró finalmente.

También se había afeitado, y por lo bien que olía parecía que también se había duchado.

–Estás preciosa –le dijo con esa voz profunda que parecía de terciopelo–. Eres preciosa.

–Gracias –respondió ella complacida.

A lo largo de su vida habían elogiado muchas veces su belleza, a veces con envidia, y otras como si fuera algo normal, lo que cabía esperar de ella, siendo hija de Elizabeth Kincaid, pero nunca le había producido tanto placer oír esas palabras. Bajo la ardiente

mirada de Rakin se sentía más mujer de lo que se había sentido nunca.

–Te he traído un regalo –dijo sacando una cajita alargada de terciopelo negro del bolsillo del pantalón.

–¿Un regalo?

–Algo que quiero que conserves como recuerdo –puntualizó Rakin yendo junto a ella.

Al abrir la caja dejó al descubierto una cadenita de oro. Cuando la levantó con el dedo para sacarla, la luz arrancó un destello azulado del diamante que pendía de ella, pero Laurel apenas tuvo tiempo de verlo porque Rakin se colocó detrás de ella para ponerle el colgante en el cuello. Sintió el diamante deslizarse en el valle entre sus senos, y los dedos de Rakin le rozaron la nuca mientras cerraba el enganche. Cuando posó las manos en sus hombros Laurel se estremeció por dentro.

–¿Te gusta?

Laurel aspiró sorprendida por la belleza del diamante y se llevó una mano al pecho.

–¡No puedo aceptar esto!

–¿Por qué no?

–Porque es... –Laurel intentó encontrar la palabra adecuada–... es demasiado.

–No te gusta.

–¡No! –se apresuró a replicar ella–. Claro que me gusta. ¿Cómo no me va a gustar? Es precioso...

–Pues entonces no pongas morritos y di gracias –contestó él riéndose.

–Gracias; de verdad que es precioso –murmuró Laurel azorada–. Pero yo no te he comprado ningún regalo.

–Ni yo lo esperaba.

El espejo le mostraba el reflejo de una mujer sexy y sofisticada con un apuesto hombre sonriente detrás de ella. Los ojos de Laurel se posaron en las manos de Rakin, que aún descansaban sobre sus hombros, y se estremeció de excitación al pensar en lo sensual que resultaba el contraste entre sus fuertes manos y sus delicados hombros, entre la piel morena de él y la blanca piel de ella.

Alzó la mirada y los ojos de ambos se encontraron en el espejo. Con el corazón palpitándole con fuerza, Laurel contuvo el aliento,

pero finalmente Rakin dejó caer las manos.

–Deberíamos irnos ya –dijo.

–Cierto –murmuró ella, agradecida por tener un motivo para salir de allí.

A pesar de lo espacioso que era el dormitorio, de repente resultaba sofocante, como si hubiese encogido.

Cuando regresasen al hotel ya estarían casados.

Capítulo Seis

–¿El Venetian? –dijo Laurel sorprendida, leyendo el nombre en la fachada del hotel frente al que se habían detenido.

Rakin le respondió con una sonrisa:

–Es el sitio perfecto para hacernos fotografías; queremos tener algo para recordar este día, ¿no? Dijiste que querías visitar Venecia algún día –le dijo Rakin sonriendo de nuevo.

Laurel sonrió divertida, pero cuando entraron se quedó boquiabierta al ver el vestíbulo del hotel.

–¡Ooh...! ¡Vaya! –murmuró asombrada.

–¿Qué te parecería un paseo en góndola?

–¡Me encantaría! No puedo imaginar nada más romántico para el día de mi boda.

–Estupendo.

Laurel se quedó aún más atónita cuando llegaron a la réplica del Gran Canal de Venecia, con sus edificios y todo, donde les esperaba una góndola de madera pintada de blanco y dorado. Parecía que se habían teletransportado a la ciudad italiana.

Una mujer vestida de época se acercó a ofrecerle un ramillete de rosas blancas y flores de azahar.

–Es un ramo de novia –dijo Laurel, y entonces cayó en la cuenta–. ¿Es para las fotos?

Rakin le presentó a la mujer, explicándole que era la organizadora de bodas del hotel. Luego apareció un hombre vestido también con una larga túnica de la Venecia renacentista, y para sorpresa de Laurel no resultó ser el fotógrafo, como había esperado, sino quien les iba a casar. Fue entonces cuando Laurel comprendió que no estaban allí solo para hacerse fotos.

–¿Nos vamos a casar aquí? –le preguntó a Rakin.

Estaba ocurriendo todo tan deprisa...

Rakin la tomó del codo y la condujo hasta la góndola. Mientras caminaban una lluvia de pétalos blancos cayó sobre ellos, impregnando el aire con su fragancia. Cuando estuvieron sentados el gondolero hundió su pértiga y la góndola comenzó a deslizarse

por el agua, que parecía un espejo.

Frente a ellos iba de pie el celebrante, cuyos ropajes de época le daban un aspecto majestuoso. Como estaban un poco apretados en la góndola el muslo de Rakin estaba pegado al de ella, y esa proximidad hizo que Laurel se sintiese repentinamente acalorada.

El celebrante empezó a hablar, y al girar la cabeza vio que Rakin estaba mirándola. El corazón le palpitó con fuerza y el estómago se le llenó de mariposas.

El celebrante comenzó a recitar los votos nupciales y al repetir después de él a Laurel le temblaba un poco la voz.

Rakin tomó su mano de un modo tan delicado que Laurel se estremeció ligeramente y una ráfaga de calor afloró en su vientre. Cuando Rakin deslizó una alianza de oro en su dedo, alzó los ojos hacia los de él, sorprendida, y empezó a disculparse por no haberle comprado ella también un anillo, pero la intensa mirada de Rakin la silenció y su corazón comenzó a latir más deprisa.

–Yo os declaro marido y mujer.

Marido y mujer… Laurel tragó saliva. Todavía no acababa de creerse que aquello estuviera pasando.

Detrás de ellos el gondolero comenzó a cantar *O sole mio*. A Laurel se le encogió el corazón y por un instante deseó que aquello fuera real.

–Es costumbre que los recién casados se besen bajo los puentes –les dijo el celebrante con una sonrisa.

Laurel iba a decirle que prescindirían de aquella costumbre, pero antes de que pudiera hacerlo la góndola se deslizó bajo la sombra de un puente. Rakin inclinó la cabeza para besarla y su boca se cerró sobre la de ella. Laurel se puso tensa al sentir que una inesperada ola de deseo se extendía por todo su ser como la pólvora, y mantuvo los labios apretados, diciéndose que Rakin solo estaba haciendo aquello por seguirle la corriente al celebrante.

Y tal vez así fuera, porque no hizo intento alguno de presionarla sino que después de una pausa imprimió un reguero de pequeños besos a lo largo de la línea de sus labios, y finalizó con un beso igual de suave en la comisura de la boca.

–Ese hoyuelo tuyo me estaba volviendo loco –le susurró.

Pocos segundos después salían de nuevo a la luz y el puente quedaba tras ellos.

Laurel reprimió un gemido de frustración cuando Rakin levantó la cabeza y se irguió, apartándose de ella. Sin embargo le sostuvo la mirada, y Laurel tuvo la impresión de que no la había besado por lo que había dicho el celebrante, de que la había besado porque había querido hacerlo.

En un intento por recobrar la compostura echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, pero no fue capaz de desentrelazar sus dedos de los de Rakin. La serenata del gondolero flotaba a su alrededor, haciendo que se desbordasen toda una serie de emociones que durante mucho tiempo había estado conteniendo.

Se suponía que aquello iba a haber sido un fin de semana en el que iba a relajarse y a pasarlo bien. ¿Cómo podía ser que de repente se hubiese convertido en la experiencia más romántica de su vida?

Cuando volvió a abrir los ojos se encontró mirando las estrellas. ¿Había anochecido de repente?

–No son de verdad –le explicó el celebrante al ver su sorpresa.

¡Por supuesto que no eran reales! Nada en aquel increíble viaje que estaba haciendo con Rakin era real. Era una aventura; una fantasía; su fantasía.

Y sin embargo por alguna razón era lo más real que le había ocurrido jamás.

–Estamos llegando a otro puente –anunció el celebrante, sacándola de sus pensamientos.

A Laurel se le desbocó el corazón de inmediato; antes incluso de que sus ojos se encontraran con los ojos negros de Rakin.

Cuando la góndola se deslizó bajo el puente Laurel respiró hondo y se preparó mentalmente, pero no se esperaba en absoluto que el siguiente beso de Rakin fuera a descolocarla por completo.

Esa vez Rakin se tomó su tiempo y el beso fue diferente. El corazón le dio un brinco en el pecho a Laurel cuando la lengua de Rakin se deslizó entre sus labios entreabiertos, y sin saber cómo se encontró respondiéndole con un ardor casi salvaje y echándole los brazos al cuello.

Se olvidó por completo del celebrante y del gondolero y se entregó por completo a la pasión que estaba devorándola con la voracidad del fuego. Se sentía transportada a otro universo, a un mundo exótico a años luz de todo lo que conocía. Nada volvería a ser igual.

Laurel apenas había abierto la boca desde que se habían bajado de la góndola después de pronunciar sus votos matrimoniales, y Rakin estaba empezando a preguntarse si le ocurría algo.

Al llegar a su suite del ático del hotel les estaba esperando un festín, pero Laurel solo había probado un poco del salmón ahumado y del melón. Ni siquiera había tocado el champán que le había servido.

Cuando Laurel salió al balcón, que se asomaba a los extensos jardines del hotel, la siguió.

–Estás muy callada –le dijo acercándose por detrás y poniéndole una mano en el brazo desnudo–. ¿No quieres comer nada más?

Laurel inspiró profundamente y, girando la cabeza, le soltó de sopetón:

–Me dijiste que esto no tenía nada que ver con el sexo.

Rakin dio un respingo. ¿Acaso había pensado que su preocupación por ella era una forma de intentar seducirla para llevársela a la cama?

–Y así es.

–Entonces… –Laurel bajó la vista a su mano, que aún descansaba en su brazo– ¿qué me dices de eso?

Rakin bajó la vista.

–Me gusta tocar a las personas; soy muy expresivo.

–¿Siempre?

–Bueno, no siempre –admitió él.

–¿Cuándo, entonces?

Cuando alguien le caía bien. Y cuando se sentía atraído hacia una mujer. Ambos casos se aplicaban a ella. Se rio suavemente y suspiró.

–De acuerdo, me has pillado. Puede que tenga algo que ver con el sexo.

Laurel, sin embargo, no se rio.

–Francamente, no sé por qué la gente está tan obsesionada con el sexo. A mí nunca me ha parecido que sea tan espectacular.

Rakin estaba seguro de que podía hacer que cambiara de opinión, y de solo imaginarse enseñándole a apreciar las artes amatorias se excitó.

–De acuerdo, pues nada de sexo –le prometió, y se preguntó cómo diablos iba a mantener esa promesa tan absurda.

Laurel se humedeció los labios con la lengua.

–De todos modos no estaba preocupada por eso.

¿A quién quería engañar? ¡Pero si era ella la que había sacado el tema!

–Pues claro que lo estabas. Y lo entiendo: eres una mujer muy hermosa; seguro que tienes que rechazar constantemente a un montón de hombres ansiosos por llevarte al huerto.

–Intento evitar que las cosas lleguen a ese punto –le contestó Laurel girándose hacia él.

–¿Les haces el vacío?

–Eso suena... cruel. Intento ser un poco más delicada.

Rakin se quedó mirándola. En sus ojos verdes había una expresión vulnerable, y tenía la sensación de que estaba viendo un lado de ella que Laurel no mostraba a menudo.

Los labios de ella se curvaron en una sonrisa.

–Tengo una duda: si no vas buscando sexo... ¿por qué me besaste de ese modo en la góndola?

–Supongo que podría decirse que para sellar los términos de nuestro acuerdo.

–Es un acuerdo de negocios –le recordó ella–; no hacía falta sellarlo con un beso... y menos con dos.

Rakin se abstuvo de mencionar que ella no había rechazado ninguno de los dos besos.

–No voy a mentirte –le dijo–. Me encantaría hacer el amor contigo. Sería una experiencia muy sensual y placentera para los dos. Y creo que podría ser una aventura para ti, ya que parece que hasta ahora no has encontrado el sexo muy satisfactorio, pero si prefieres que no haya sexo en nuestro acuerdo, lo respeto.

Aunque no le iba a ser fácil. Al ver que Laurel no decía nada se puso serio.

–¿Qué estás esperando? ¿Crees de verdad que hay alguien ahí fuera, en algún lugar, que es tu alma gemela?

–¿Quieres saber la verdad? No he tenido mucha suerte en el amor. La verdad es que ni siquiera estoy segura de saber qué es, ni qué se siente cuando uno está enamorado, aunque sí sé que existe. Kara y Eli me lo han demostrado –dijo Laurel. Se encogió de

hombros y añadió–: Pero creo que solo lo encuentran unos pocos afortunados. Si quieres que te sea sincera, prefiero conformarme con la posibilidad de vivir nuevas experiencias antes que perseguir un imposible.

Rakin respiró aliviado, y lo abandonó la tensión que siempre lo atenazaba cuando empezaba a hablar con una mujer de amor y la conversación podía derivar en tener hijos y demás.

–Bueno, si son experiencias nuevas lo que buscas, eso desde luego puedo dártelo.

–¿Y cuál es la trampa? ¿Estamos hablando de sexo todavía?

–No hay ninguna trampa –dijo él, y Laurel enarcó tanto las cejas que no pudo evitar sonreír divertido–. No de ese tipo al menos. Nada de sexo a menos que tú también lo desees –añadió con una sonrisa tentadora–. ¿Estás segura de que quieres cerrarle la puerta a la oportunidad de explorar todo un mundo de placer conmigo? –le preguntó, preparándose para su negativa.

Sin embargo, en vez de rechazo, los ojos de Laurel se llenaron de curiosidad y descendieron por su cuerpo antes de volver a su rostro.

–No sé... No estoy segura de que sea buena idea.

Su indecisión lo dejó más planchado que si le hubiese dicho que no sin contemplaciones.

–Voy a darme una ducha –le dijo, lleno de frustración.

Laurel tenía la impresión de que le iba a ser imposible conciliar el sueño esa noche después de haber estado hablando de sexo con Rakin.

Se había dado una ducha en el lujoso cuarto de baño de su dormitorio, pero no se había puesto el camisón que Kara, como hermana, y como la persona que había planificado su boda con Eli, había escogido para su luna de miel.

¿Cómo podía habérsele ocurrido meter eso en la maleta? No le parecía que fuese apropiado en absoluto.

Por eso el camisón yacía abandonado en lo alto de la cama. Y tampoco tenía ganas de ponerse simplemente una camiseta cómoda para dormir; estaba demasiado nerviosa. Y ese era el motivo por el cual estaba envuelta en el albornoz del hotel sentada en un taburete frente al tocador, pensando en su flamante y provocativo marido.

Por su culpa la idea de un matrimonio que solo lo era de nombre le estaba resultando algo decepcionante.

¿Por qué no convertir su relación con Rakin también en un viaje de descubrimiento? Laurel se desperezó y en el espejo vio que al estirar los brazos se le había abierto un poco el albornoz, dejando al descubierto la curva de uno de sus senos.

Cuando alzó la mirada vio también que sus ojos brillaban con interés y excitación. La verdad era que Rakin prometía ser un amante experimentado, se dijo. ¿Por qué no aprovecharse de la sugerencia que le había hecho?

Rakin salió del cuarto de baño desnudo mientras se secaba el pelo con una toalla. Arrojó la toalla sobre la enorme cama, y al oír un gemido ahogado alzó la vista. Laurel estaba en el umbral de la puerta de su dormitorio, mirándolo con unos ojos como platos. Rakin no se molestó en cubrirse; ya era demasiado tarde.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó.

El modo en que lo miró Laurel la delató, y Rakin sintió de inmediato que se excitaba. Avanzó hacia ella.

–Así que has venido por eso... –murmuró.

Laurel no protestó cuando la tomó entre sus brazos, y cuando la besó entreabrió los labios para dejar paso a su lengua, pero Rakin se detuvo, consciente de que, una vez empezara, no querría parar.

–¿Estás segura de esto? –dijo poniéndole las manos en la cintura.

Laurel asintió, y las manos de Rakin subieron por el frontal del albornoz antes de introducirse por entre las solapas. Le acarició los brazos a Laurel. Empujó el albornoz, y este se deslizó por los hombros de Laurel antes de caer al suelo. Ahora ella también estaba desnuda.

Rakin la alzó en volandas y la depositó en el centro de la cama para luego subir al colchón con ella. La acarició con largas pasadas, y Laurel se relajó con un suave suspiro. Rakin le abrió los muslos con la rodilla, y su boca descendió sobre la de ella.

Esa vez el beso fue voraz, y cuando despegaron sus labios Rakin estaba jadeante y Laurel estaba mirándolo como si aquello no fuese real.

Rakin alargó la mano para acariciarle el vientre, y luego bajó un

poco más para tocarla de una forma más íntima. Un suave gemido escapó de su garganta, y Rakin se detuvo.

Laurel no se movía. Tenía los ojos cerrados y estaba mordiéndose el labio inferior. Parecía como si estuviera esperando.

Rakin la tocó de nuevo. Laurel arqueó la espalda, y el intenso gemido que emitió rompió el silencio.

–Perdona –balbució Laurel abriendo los ojos.

Rakin se fijó en el rubor que teñía sus mejillas.

–Relájate –la instó–, y no te disculpes.

–Pero es que ese gemido... –Laurel parecía incómoda–. No ha sido propio de una dama –rodó sobre el costado y hundió el rostro en la almohada–. Y hablar de ello es aún peor.

Rakin la hizo girarse de nuevo hacia él y la tomó de ambas manos. Cuando finalmente lo miró, le dijo:

–Escucha: no hace falta que seas una perfecta damisela; quiero que seas tú misma.

Laurel le sonrió con dulzura.

–Hay una cosa que tienes que entender: soy una perfecta damisela. Dudo que pudiera ser una damisela imperfecta.

Rakin adoraba su sentido del humor, el hecho de que fuera capaz de reírse de sí misma, del mundo, de él...

–Comprendo.

–Lo que pasa es que... –Laurel bajó la vista y soltó una risita nerviosa–. Es que me da vergüenza.

–¿De qué? –inquirió él tomándola de la barbilla para mirarla a los ojos.

–Es que contigo todo es... es más.

–¿Más?

–Más intenso –Laurel se rio de nuevo–. ¿Tienes el mismo efecto en todas las mujeres?

Rakin no quería hablar de otras mujeres. La única mujer que le interesaba en ese momento era ella. Quizá estuviera progresando a pasos agigantados, pensó con un sentimiento de euforia.

–Entonces tendré que demostrarte que hay mucho más por llegar –le dijo con voz ronca.

Laurel lo miró con unos ojos como platos.

–¿Aún más? ¿Es eso posible?

Laurel no era una virgen inocente, pero era obvio que no había

dado con el hombre capaz de desatar su pasión. Y precisamente eso era lo que él iba a cambiar; le iba a dar unas cuantas lecciones en las artes amatorias, y estaba seguro de que resultaría ser una alumna ansiosa por aprender. Estaba deseando empezar.

Esbozó una sonrisa pícara y le dijo:

–Quiero que me hagas una promesa. Que vas a dejarte ir; que no vas a ponerte frenos ni a reprimirte.

El recelo oscureció los ojos verdes de Laurel.

–¿Qué estás planeando?

El modo en que lo estaba mirando hizo que Rakin se echara a reír.

–Nada demasiado salvaje. Lo único que quiero es que disfrutes. No quiero que te estreses ni que te sientas incómoda. Quiero que te olvides por completo de que eres una Kincaid. Céntrate en la clase de mujer que quieres ser. Y por encima de todo quiero que tengas en mente que cuando tú sientas placer, de un modo u otro yo sentiré placer también.

–Creo que podré hacerlo.

Cuando los labios de Rakin se deslizaron por su garganta y ella se arqueó, la recompensó con un reguero de besos que fueron descendiendo hasta llegar al hueco entre los omóplatos. Al sentir la lenta pasada de su lengua Laurel volvió a arquearse, y esa vez no hizo nada por reprimir el gemido que escapó de sus labios. Estaba atrapada en una especie de nebulosa donde no existía nada más que ellos y el increíble placer que estaba experimentando.

Laurel giró la cabeza y cerró los ojos mientras enredaba los dedos en el corto cabello de Rakin, que imprimió besos húmedos por su piel, excitándola aún más. Cuando sus labios se cerraron sobre un pezón se le cortó el aliento, y fue como si la atravesaran sacudidas de placer.

–No te aceleres –le susurró él, antes de hacer lo mismo con el otro pezón–. No tenemos prisa.

¿Que no se acelerase? ¿Cómo podía decir eso cuando la estaba volviendo loca? Volvió a arquearse, esforzándose por mantener el ritmo de la respiración. El corazón le palpitaba contra los senos. Laurel abrió más las piernas y cuando se hundió en ella le dio la

bienvenida rodeándole la espalda con los brazos y deleitándose en el calor de su piel bajo sus manos, y poco después Rakin se desmoronaba sobre ella cuando los dos alcanzaron el clímax.

Rakin apoyó los brazos en la balaustrada. La oscuridad de la noche lo envolvía, y sobre él brillaban las estrellas. En el dormitorio, que había abandonado en silencio, dormía Laurel. Él, en cambio, no podía conciliar el sueño.

El increíble placer que acababa de experimentar con ella no era lo que había esperado de un matrimonio de conveniencia. Se sentía incómodo, y también algo preocupado.

No estaba acostumbrado a lo inesperado. A pesar de que le había dicho a Laurel que se dejase llevar, lo cierto era que él planificaba meticulosamente cada parcela de su vida, y consideraba con cuidado los posibles resultados de cada una de sus acciones.

No había esperado verse arrastrado por la fuerza de lo desconocido; aquello no había entrado en sus planes. Se suponía que era Laurel quien iba a experimentar la emoción de la aventura, no él.

Nunca había creído que pudiera ser la clase de hombre capaz de perder la cabeza por una mujer. Al fin y al cabo, él no creía en el amor. Pensaba que estaba inmunizado contra esa letal enfermedad desde muy joven.

Y aunque no llamaría enamoramiento a lo que estaba sintiendo, lo cierto era que estaba pensando demasiado en Laurel: en la suavidad de su piel, en la curva de sus mejillas, en el dulce sabor de sus labios… Y no podía negar que se moría por volver a…

Rakin frenó sus pensamientos. No, no quería despertarla. La dejaría descansar durante el resto de la noche, se dijo. Y él se recordaría por qué se había casado con ella: solo por negocios.

Capítulo Siete

La noche anterior había sido un error. Aunque Rakin se había mostrado muy solícito y cortés en el desayuno y de camino al aeropuerto, Laurel tuvo la sensación de que estaba distante con ella. Estaba segura de que no eran imaginaciones suyas.

Desde que habían subido a bordo del avión privado de Rakin había tratado de entablar conversación con él haciendo algún comentario intrascendente, pero él le había contestado con monosílabos y se había puesto a leer un periódico.

Era como si el Rakin divertido y paciente de los últimos dos días se hubiese esfumado sin dejar huella. Y Laurel quería saber por qué.

Tomó una revista del corazón y fingió estar abstraída con los escándalos de cierto famoso, pero no podía dejar de darle vueltas a la noche anterior.

¿Se habría sentido Rakin presionado anoche a hacerle el amor cuando se había presentado en su dormitorio?, ¿o él también lo habría deseado? No sabía qué pensar, y se sentía insegura.

–¿Le apetece una copa de champán, señora?

La voz de la azafata la arrancó de sus pensamientos.

–No, gracias.

Para su sorpresa, Rakin alzó la vista del periódico.

–¿Y un zumo de naranja? –le sugirió.

–Sí, un zumo estaría bien, gracias –le dijo Laurel a la azafata.

–Yo tomaré uno también –añadió Rakin.

La azafata puso un par de copas en la mesita que había entre ambos y sacó una jarra del carrito para servirles.

–No duden en llamarme si necesitan alguna cosa –les dijo la mujer antes de desaparecer tras las cortinas.

Rakin se quedó mirándola mientras bebía, y Laurel comenzó a sentirse incómoda en medio del silencio que los envolvía.

–Bueno –le dijo dejando el vaso en la mesita–, por lo que me has contado sé que tienes un abuelo que es un tirano y un primo con el que no te llevas demasiado bien. Háblame del resto de tu familia.

–No hay mucho que contar. Soy hijo único. Mis padres murieron

en un accidente de avión cuando yo tenía doce años –le explicó Rakin–. Mi madre era americana, y mi padre el mayor de dos hijos y cuatro hijas que se criaron en la corte de Diyafa por ser parientes próximos de la familia real. Mi abuelo es el hermano menor del príncipe reinante –un brillo divertido relumbró en sus ojos al ver el asombro de Laurel–. Pero no temas: estoy de los últimos en la lista de sucesión, así que por suerte no me veo envuelto en las luchas por el poder.

Había sido un resumen bastante crudo, pensó Laurel. Y algunas de las cosas que le había dicho ya las sabía. De hecho, sabía más de él por lo que le había contado Eli que por lo que acababa de decirle. Eli le había contado, por ejemplo, que su padre lo había mandado a un internado en Inglaterra, y que había permanecido allí después del trágico accidente que había segado la vida de sus padres. Al acabar sus estudios allí su abuelo lo había mandado a la universidad de Harvard, donde había conocido a Eli.

En cualquier caso lo poco que sabía y lo poco que le había dicho Rakin no le servía para hacerse una idea de cómo serían las personas a las que estaba a punto de conocer.

–Cuéntame algo más de ellos –le insistió antes de que pudiera volver a parapetarse tras el periódico–. Voy a conocer a tus abuelos, ¿no? Quiero causarles buena impresión.

–Los conocerás en una recepción formal donde será difícil que entabléis una conversación muy extensa, así que no tienes que preocuparte por no saberlo todo sobre mi familia. Y trata de no preocuparte tampoco por lo de causar buena impresión. Simplemente sé tú misma; les vas a encantar.

Que fuera ella misma... Eso era más fácil de decir que de hacer. ¡Se había pasado tanto tiempo intentando ser la clase de persona que otros esperaban que fuera...! Para su padre había sido la directora de relaciones públicas que el Grupo Kincaid necesitaba. Para su madre la hija responsable. Para sus hermanas un modelo de comportamiento. Solo con Eli se había podido mostrar tal y como era, y hasta eso había cambiado cuando todos sus amigos habían empezado a emparejarse y, sucumbiendo de nuevo a las expectativas de los demás, Eli y ella habían decidido prometerse.

Era curioso lo liberada que se sentía de saber que Rakin no esperaba de ella otra cosa más que que fuese ella misma.

Había sido completamente sincero al decirle lo que quería de ella: una esposa a la que su abuelo diese su visto bueno para poder hacerse con el control del negocio familia y evitar que acabase en manos de su primo. Y, sin embargo, también le estaba dejando claro que no esperaba que fingiese ser alguien que no era.

Alzando su vaso Rakin le dijo:

–Por las cosas nuevas que vas a vivir a partir de ahora, y por los nuevos lugares que vas a conocer.

Laurel se dejó contagiar por el optimismo que destilaban esas palabras.

–Brindo por ello.

Al chocar sus copas de zumo sus ojos se encontraron, y el impacto de ese cruce de miradas fue tan intenso, que Laurel se apresuró a apartar la vista para que Rakin no pudiera leer en sus ojos lo confundida que se sentía.

Cuando el avión comenzó a descender Laurel miró por la ventanilla, desde donde se divisaba ya Rashad, la capital de Diyafa.

La ciudad se alzaba sobre un promontorio rodeado por un inmenso mar de arena que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. En los edificios de la ciudad predominaban los tonos ocre y arcilla, y había tejados con forma de cúpula y altos minaretes que le daban ese toque exótico de Oriente Medio.

Sin embargo, en medio de esas construcciones tradicionales también había altos y modernos edificios de cristal. Era una curiosa mezcla de lo antiguo y lo moderno.

Entusiasmada, se volvió hacia Rakin, para encontrarse con que no estaba mirando por la ventanilla, sino que estaba observándola a ella. En sus ojos había una mirada cálida; ya no parecía tan distante.

–Parece sacado de *Las mil y unas noches* –le dijo con una sonrisa–. ¡Estoy impaciente por verlo todo!

La recepción formal que Rakin había mencionado se celebraba en un palacio impresionante en el centro de Rashad. Laurel nunca había visto nada parecido. Todo aquel lujo dejó a Laurel sin aliento.

El abuelo de Rakin imponía tanto como el lujo del palacio. Al tenerlo frente a sí, con su mirada fiera y sus largos ropajes, Laurel

estaba tan intimidada que apenas abrió la boca. No hablaron mucho rato, como le había dicho Rakin que ocurriría, y se sintió todo el tiempo incómoda por el modo en que sus penetrantes ojos la miraban, como escrutándola.

Tula, la abuela de Rakin, era más cercana. Su rostro arrugado evidenciaba lo mucho que había sonreído a lo largo de su vida, y al contrario que su marido, que la había mirado con recelo, le dio un cálido abrazo.

–¿Hace mucho que conoce a mi nieto? –le preguntó.

–Lo bastante como para que haya querido casarse conmigo –contestó Rakin por ella.

Contrariada, Laurel asintió y le dijo a Tula sonriendo:

–El palacio es magnífico.

Tula asintió.

–Hemos pasado mucho años felices aquí.

–Deberíamos saludar a los demás invitados –dijo Rakin–. Le he prometido a Laurel que le presentaría a varias personas para que pueda hacer amigos. Ya vendremos a veros otra vez cuando estéis solos. ¿Mañana, tal vez?

–¡Rakin, yo quiero hablar con tu esposa un poco más! –lo reprendió Tula–. Nos has hecho esperar años, y ahora que por fin te has casado no puedes llevártela tan pronto.

Laurel le lanzó a Rakin una mirada de «te lo dije» que él ignoró.

–Rakin me ha dicho que proviene usted de una familia de rancio abolengo –dijo el abuelo de Rakin, yendo al grano.

Laurel asintió.

–La familia de mi madre; han vivido en Charleston durante siglos.

El príncipe Ahmeer asintió con aprobación.

–Una familia con raíces, como la nuestra.

–Sí, así es.

Y después, naturalmente, el abuelo de Rakin quiso que le hablara del Grupo Kincaid. Tenía vastos conocimientos del negocio del transporte de mercancías y la puso a prueba con sus preguntas, pero pareció que sus respuestas lo satisficieron, y comenzó a sonreír y a asentir para finalmente darle una palmada en el hombro a Rakin y decirle:

–Me quedé preocupado cuando nos llamaste para decirnos que

te habías casado, pero parece que has escogido bien. Volved a visitarnos mañana.

Mientras su abuelo y su abuela se alejaban, Rakin le dijo a Laurel en un susurro:

–Mi abuelo no se da por satisfecho tan fácilmente; has obrado un milagro. Aunque no dudé ni por un momento que lo harías –añadió con una sonrisa.

Una media hora después Laurel se había quedado sola porque Rakin se había ido con un par de hombres a saludar a un tercero. Le había prometido que volvería en unos minutos, y ella le había dicho que no se preocupara, que estaría bien.

Durante el tiempo que llevaban en la recepción había probado varios aperitivos deliciosos de comida típica del país y Rakin le había presentado a docenas de personas… y le dolían las mejillas de tanto sonreír.

–Debe ser usted la esposa de Rakin.

Laurel se volvió al oír esas palabras. Un hombre alto y moreno vestido con el traje tradicional del país estaba de pie tras ella. Dio un paso hacia ella y sonrió.

–Soy el jeque Ibn-Ahmeer.

Laurel le devolvió la sonrisa.

–Un placer. Y sí, soy la esposa de Rakin.

–No he sabido hasta esta noche que se hubiera casado. ¿Cómo conoció a Rakin?

Vaya. Debería haber previsto aquello. Rakin y ella no se habían puesto de acuerdo en qué mentira les iban a contar. Desesperada, paseó la mirada por el salón en busca de inspiración y rogando por que Rakin regresara ya.

Ya no estaba hablando con aquellos hombres, sino con su abuelo, y por el ceño fruncido de ambos y el lenguaje corporal de Rakin era evidente que estaban discutiendo. Aquello la preocupó. Estaba dándose cuenta de que la relación entre Rakin y su abuelo era bastante tirante, y aquello no pintaba bien si Rakin de verdad pretendía evitar que lo destituyese de su puesto en el negocio familiar.

–Bueno, ¿y cómo se conocieron usted y Rakin?

Laurel miró a su interlocutor.

–Oh, disculpe; es verdad, no he contestado su pregunta.

Estaba mirándola como si fuera la única mujer en la sala. Rakin había estado tenso y distante desde que habían llegado al palacio, haciéndola sentirse vacilante, y que de repente alguien la tratara como a una persona interesante que merecía ser escuchada fue como un bálsamo para ella.

Decidió ajustarse lo más posible a la verdad.

–Tenemos un amigo en común.

–Así que... ¿hace mucho que conoce a Rakin?

¡Socorro! ¿Qué se suponía que debía responder? ¿Y qué le habría dicho Rakin a sus abuelos? No quería contradecir su versión de la historia, pero tampoco quería decir una mentira, así que eludió la pregunta lo mejor que pudo.

–Fue en la boda de mi hermana cuando nos dimos cuenta finalmente de que estábamos hechos el uno para el otro.

El hombre escrutó su rostro en silencio antes de decir:

–Rakin es un hombre afortunado.

Laurel tuvo la impresión de que afortunado no era el adjetivo que habría querido utilizar. ¿Acaso sospechaba que su matrimonio con Rakin no era más que una farsa? ¿O estaría reaccionando como una paranoica?

–Entre Rakin y yo hay algo especial.

Aquello no podía decirse que no fuera cierto. Ningún hombre la había hecho reír tanto como Rakin, ni le había mostrado tan claramente qué era lo que faltaba en su vida, lo que se estaba perdiendo.

El hombre pareció dar por válida su afirmación, y la conversación continuó por derroteros menos personales, como sus impresiones hasta el momento de Diyafa.

A los pocos minutos Laurel se encontró hablando con él del Grupo Kincaid y de los planes que tenían para abrir nuevos caminos.

–Se ve que conoce bien el negocio –le dijo él.

Laurel lo miró sin comprender.

–Pues claro; como le he dicho soy la directora del departamento de relaciones públicas.

–Discúlpeme. Había dado por hecho que no era más que un

puesto florero, un cargo sin peso alguno.

Por un momento Laurel se sintió ofendida, pero luego se le pasó.

–Bueno, al menos ha sido sincero –dijo–. No, trabajé muy duro para llegar donde estoy.

Su interlocutor contrajo el rostro, y Laurel deseó no haber sido tan áspera en su contestación, pero luego mandó a paseo ese malestar. ¿No era exactamente aquello con lo que quería acabar? Había llegado el momento de ser ella, de no preocuparse por lo que pensaran los demás.

–En ese caso le pido de nuevo disculpas por mi grosera suposición. Debe estar pensando que soy un machista.

Se le había pasado por la mente, pero se contuvo para no negarlo educadamente, como habría hecho en el pasado. En vez de eso le respondió:

–Si quiere saber más sobre nuestros proyectos podría ponerle en contacto con mi hermano Matthew. Podría ser un buen negocio para usted.

–Sí, por favor; pídale que se ponga en contacto conmigo –el hombre se quedó callado un momento, estudiándola en silencio–. Creo que Rakin ha escogido bien. Va a ser usted un bien preciado en nuestra familia.

Laurel frunció el ceño contrariada. ¿Qué relación podría tener aquel hombre con la familia Al-Abdellah, pero antes de que pudiera preguntárselo apareció Rakin y dijo en un tono brusco:

–Veo que ya has conocido a mi primo.

–¿Tu primo? –Laurel miró a uno y a otro confundida–. Pero... yo creía que había dicho que su apellido era Ahmeer, no Abdellah.

–El nombre que utilizo es Zafar ibn Ahmeer, en honor de mi abuelo, pero mi verdadero nombre es Zafar Abdellah.

¿Era aquel el hombre al que el abuelo de Rakin había amenazado con entregar el control del negocio familiar si no se casaba? Zafar había sido correcto con ella; agradable incluso. Hasta la había hecho reír. No era el ogro que había esperado encontrar.

Se puso a repasar mentalmente la conversación que habían mantenido por si se le hubiese escapado alguna indiscreción.

Un sirviente se acercó a Zafar por detrás y susurró algo en árabe.

–Me temo que hay un asunto que requiere mi atención; debo marcharme –le dijo Zafar a Rakin y Laurel. Introdujo la mano en el

bolsillo de sus voluminosos ropajes y le tendió a Laurel una tarjeta–. Aquí tiene mis datos de contacto, aunque estoy seguro de que tendremos más ocasiones de hablar.

Se despidió de Rakin con un asentimiento de cabeza, muy serio, y siguió al sirviente.

Rakin miró furibundo a su primo mientras se alejaba, y sus facciones se endurecieron. Desde su llegada a Diyafa Rakin estaba raro, distante, y estaba segura de que no era por la tensión que había entre ellos después de que hicieran el amor la noche anterior en Las Vegas. Era algo más complejo, y tras haber conocido a su abuelo estaba empezando a hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo. Cuando estaba allí no era una persona anónima; era un jeque, un miembro de la familia real, aunque no estuviera entre los primeros en la línea sucesoria.

El ver a su primo con Laurel había hecho que Rakin volviese de inmediato junto a ella. Había cortado incluso a su abuelo, que había estado enumerándole todas las quejas que tenía de él, porque tenía que saber qué fechorías estaba tramando Zafar.

–¿De qué estabais hablando? –le preguntó entre dientes a Laurel–. ¿Y por qué te ha dado su tarjeta?

Su esposa alzó la barbilla en un gesto desafiante que estaba empezando a conocer demasiado bien.

–Estábamos hablando del negocio de mi familia.

–¿Eso es todo? ¿Y entonces por qué se ha ido a toda prisa cuando he llegado?

–No se ha ido a toda prisa; has visto igual que yo que han venido a darle un mensaje; estás viendo una conspiración donde no la hay.

Rakin frunció el ceño.

–Tengo mis razones. Tú no conoces a Zafar como yo.

La expresión exasperada de Laurel cambió al instante.

–¿Acaso te ha causado algún perjuicio?

Rakin vaciló.

–Siempre ha sido mi enemigo.

–¿Siempre? –repitió ella sorprendida.

Deseando no haber dicho eso, Rakin añadió:

–Estamos enfrentados desde niños.

–Debéis tener más o menos la misma edad, ¿no?

–Yo soy tres meses mayor que él –respondió Rakin.

Pero a él lo habían mandado a Inglaterra, mientras que Zafar, el favorito de su abuelo, se había quedado en Diyafa.

–Pues es una lástima que no os llevéis bien.

–Nuestras familias nunca nos animaron a hacernos amigos –contestó él bruscamente–. En cualquier caso no vamos a seguir hablando de Zafar; quiero que conozcas a Ben Al-Sahr. Importa grandes cantidades de algodón de Estados Unidos. Hace los envíos desde otras ciudades, pero si el Grupo Kincaid le pusiera en contacto con un proveedor en Charleston eso cambiaría.

–¿Matt? Soy Laurel –por la voz de su hermano, al otro lado de la línea, parecía que estuviera medio dormido–. ¿Qué hora es ahí? ¿Estabas durmiendo y te he despertado?

–No pasa nada –respondió él bostezando. Pero luego su voz sonó clara, como si se hubiese despertado del todo cuando su cerebro hubo acabado de procesar sus palabras, porque le preguntó extrañado–. ¿Has dicho «¿qué hora es ahí»? ¿Dónde estás? ¿Ha pasado algo?

–No, no ha pasado nada –Laurel cruzó los dedos–; solo que me he casado.

Cerró los ojos y esperó. La explosión que esperaba no se hizo esperar.

–¿Que te has casado? ¿Cuándo? ¿Y con quién?

–Con Rakin. En Las Vegas –contestó ella. Y antes de que pudiera interrumpirla, añadió–: Pero ahora estamos en Diyafa. Rakin quería presentarme a su familia.

Hubo un largo silencio. Laurel miró por la ventana, desde donde se veían los jardines de palacio con sus rosales en flor teñidos por el sol del atardecer. Se oían voces de niños jugando.

–¿Lo sabe mamá? –inquirió Matt al fin.

Aquella pregunta hizo que Laurel sintiera una punzada de culpabilidad.

–Ha sido todo muy repentino. Eres el primero a quien se lo cuento.

–Ya veo –musitó Matt, y se quedó callado de nuevo.

–Ahora llamaré a mamá para contárselo –le dijo Laurel, cuando el silencio empezó a volverse incómodo de nuevo–. Y luego a Kara, a Lily y a R. J.

–Kara y Eli se han ido fuera unos días, ¿recuerdas?

–Oh, es verdad.

Aquello demostraba lo desconectada que estaba. Se sentía como si hubiera pasado más tiempo que solo unos pocos días. Claro que tampoco era tan sorprendente tendiendo en cuenta que estaba en un lugar completamente distinto a lo que conocía y cómo había cambiado su vida de la noche a la mañana.

–¿Por qué, Laurel?

Aquella era la pregunta que había estado temiendo que le hiciera Matt.

–¿Porque es guapo? –sugirió vacilante–. ¿Porque...?

–No, por qué te has casado sin decirnos nada, y por qué me has llamado a mí antes de llamar a mamá o a R. J.

Laurel se sintió aliviada. Al menos la respuesta a eso era fácil.

–Porque Rakin me ha presentado a un socio suyo, un importador de algodón, al que ha convencido de que le iría mejor si lo comprara en Charleston y contratara con nosotros el transporte de la mercancía. Quería avisarte de que se pondrá pronto en contacto contigo.

–¿Te has casado y me llamas para decirme eso?, ¿que el hombre con el que te has casado puede habernos conseguido un nuevo cliente?

Matt parecía furioso, y Laurel no entendía por qué. Había creído que se mostraría encantado con la noticia de su matrimonio y con que estuviera estableciendo contactos útiles para la compañía.

–Sí –le contestó finalmente.

–Laurel... ¿cuándo se ha convertido el trabajo en lo más importante de tu vida?

–¿Qué quieres decir? –inquirió ella anonadada e irritada a partes iguales–. Durante meses de lo único de lo que hemos hablado es de qué va a pasar con la compañía. Y sí, sé que la situación es un poco menos extrema desde que el abuelo de Susannah añadió Industrias Larrimore a nuestra cartera de clientes, pero todavía no estamos fuera de peligro. Lo último que oi en la boda antes de irme a Las

Vegas con Rakin fue que Jack Sinclair estaba causando problemas de nuevo y que tú estabas preocupado. Puede que no esté ahí, pero eso no significa que no pueda intentar ayudar a...

–Laurel, cálmate.

–No. Escucha lo que...

–¡Cálmate, mujer! –la cortó Matt de nuevo–. Ni yo ni nadie puede dudar de que haces todo lo que puedes por la familia. Por eso todos te hemos estado insistiendo tanto en que te tomaras un descanso. Has estado sometida a un gran estrés en los últimos meses y...

–¡Igual que todos!

–Mira, Laurel, no quiero discutir, pero una de las cosas de las que me di cuenta cuando Flynn enfermó y me enamoré de Susannah es que en la vida hay más cosas aparte del trabajo –le dijo él, y añadió en un tono más suave–. Tú acabas de casarte, y me para mí es más importante que hayas conocido a un hombre del que te has enamorado que el que podamos conseguir un nuevo cliente.

Laurel sintió una punzada en el pecho al oír esas palabras. Su hermano pequeño siempre había sido un romántico, y poco podía imaginar y seguramente menos aún podría comprender que Rakin y ella no se habían casado por amor, como Susannah y él.

–De acuerdo, entiendo lo que quieres decir –respondió lentamente–, pero antes de llamar a mamá, a R. J. y a Lily tienes que saber que también es posible que te llame otro hombre llamado Zafar ibn Ahmeer Al-Abdellah. Está interesado en invertir en uno de nuestros proyectos. Trátalo bien; es primo de Rakin.

–Por supuesto; la familia siempre es lo primero.

Laurel sonrió y colgó el teléfono.

Capítulo Ocho

El resto de la semana Rakin y Laurel acudieron a un sinfín de eventos y él mantuvo su palabra de presentarle a sus principales contactos. A cambio, cuando los familiares de Rakin estaban presentes, ella se aseguraba de intentar hacer creíble la ficción de que eran un matrimonio enamorado.

La ardiente noche que habían pasado en Las Vegas no se había repetido, y Laurel no sabría decir con seguridad si se sentía aliviada o decepcionada.

A pesar de lo tensa que la hacía sentir con frecuencia su atracción por él, su respeto e incluso su afecto hacia él no dejaba de aumentar. Y sin embargo, no acababa de abrirse del todo a ella; era como si hubiese una parte de sí que mantuviese herméticamente cerrada y bajo un estrecho control.

Ese día estaban observando la puesta de sol desde uno de los muchos balcones del palacio, cuando se decidió a preguntarle a Rakin:

–¿Vas a llevarme a ver el desierto?

Tenía la impresión de que crecer en aquella ciudad rodeada por el vasto desierto había definido en parte el carácter de Rakin, y tenía la esperanza de que, si entendía su relación con el desierto tal vez lo comprendería mejor a él.

A medida que pasaban los días el comprender a Rakin había ido adquiriendo más importancia para ella, porque estaba empezando a darse cuenta de que era algo más que el extraño que le había abierto los ojos a un mundo donde había muchas más cosas por vivir y experimentar de las que ella hubiera podido imaginar jamás.

Sin embargo, no era capaz de definir las complejas emociones que le despertaba. Le gustaba, y la hacía reír, y lo deseaba... y había... algo más. Pero ese algo flotaba en el aire lejos de su alcance, desesperándola, desafiándola a atraparlo, a darle un nombre.

–Podemos ir cuando quieras –Rakin se levantó de la silla en la que había estado sentado para ir junto a ella, y se apoyó en la

balaustrada de piedra, de espaldas a la puesta de sol–. ¿Tantas ganas tienes de verlo?

–¡Estoy deseando! –contestó ella con entusiasmo.

–Pues entonces iremos mañana.

–Pero solo si no hay inconveniente –se apresuró a decir ella–. Si tu abuelo no...

Rakin no tardó en interrumpirla.

–He hecho todo lo que mi abuelo podría esperar de mí. Y más –le dijo con evidente frustración.

Incluso se había casado para darle gusto, pensó Laurel. Rakin no lo había dicho, pero esas palabras que no había llegado a pronunciar estaban ahí, como algo incorpóreo.

Apartó la vista antes de que Rakin pudiera adivinar lo que estaba pensando. Las sombras de la noche habían empezado a caer como un manto sobre los jardines de palacio. Ya solo se distinguían con claridad las palmeras, que se recortaban contra el cielo del atardecer.

La primera estrella había hecho ya su aparición, y Laurel sintió una vez más el ansia de explorar lo que había más allá de los muros de la ciudad.

–Será un placer enseñártelo –le dijo Rakin–. No me ofrecí a hacerte de guía en la boda de tu hermana solo por cortesía –bromeó–. Quiero verlo a través de tus ojos; será como verlo por primera vez. Mi lugar preferido, donde suelo escapar cuando me abruman los problemas, está cerca de Dahab, un asentamiento en el corazón del desierto –añadió–. Iremos allí.

–¡Otra aventura!

Él asintió.

–Así es. Y te prometo que será algo mucho más auténtico que esa pirámide de metacrilato negro con una esfinge delante de Las Vegas.

Ella lo miró divertida.

–Gracias.

Él enarcó una ceja.

–¿Por qué?

–Por darme la oportunidad de liberarme de mis ataduras.

–Estoy seguro de que lo habrías hecho por ti misma antes o después.

Laurel sacudió la cabeza.

–No sé si habría encontrado el valor para hacerlo.

–¿Porque tu familia te necesita?

Laurel bajó la vista y no contestó.

Rakin sabía lo difícil que era ignorar el sentido del deber cuando uno lo tenía tan arraigado. El deber había dominado buena parte de su vida.

–¿Y qué hay de lo que tú necesitas? –le preguntó quedamente.

Laurel alzó la vista.

–¿Lo que yo necesito?

–Sí, tú también tienes necesidades.

Esas palabras resonaron en su mente, adoptando un doble significado que no había pretendido darles, y su fantasía conjuró imágenes sensuales y lujuriosas mientras recordaba los gemidos que habían escapado de su garganta cuando habían hecho el amor y la expresión de placer en su rostro.

–Mis necesidades no cuentan –respondió ella con firmeza, como dando el tema por cerrado.

Rakin exhaló un suspiro y la tomó de la barbilla para que lo mirara. Los ojos de Laurel estaban turbulentos por las emociones que se agitaban en su interior.

–Tus necesidades son muy importantes. Ya es hora de que pienses en ti y antepongas tus necesidades a las de los demás.

Laurel escrutó sus ojos en silencio.

–¿Qué quieres decir?

–Creo que tú ya sabes lo que quiero decir. Eli siempre decía que la amabilidad es una de tus principales virtudes, pero que también podía ser uno de tus mayores defectos.

–Eso es una contradicción.

–No lo es. Siempre has hecho lo que los demás esperaban de ti... aunque no fuera lo mejor para ti. No te has tratado a ti misma con demasiada amabilidad.

–Sería egoísta por mi parte pensar en mí misma en los momentos en los que mi familia me necesita.

–Bueno, solo tú puedes decidir si sería egoísta o no, porque solo tú sabes lo que quieres. Quedarte en Charleston y seguir llevando una vida que no es la que tú sueñas sería como condenarte a ti misma a vivir a medias.

–Pero yo quiero a mi familia, y me encanta mi trabajo –protestó Laurel.

–Estoy seguro de que sí, y no estoy diciendo lo contrario –replicó él con suavidad, acariciándole la mejilla–. Pero lo que me has demostrado es que sientes una necesidad de huir de la percepción que tiene todo el mundo de quién eres, y eso solo puede ser porque tienes una visión distinta de ti, y es esa visión la que importa. No la de tu madre, ni la de Eli, ni la mía; solo la tuya.

Laurel tragó saliva, y lo que le dijo a continuación lo pilló desprevenido.

–¿Y tú, Rakin? ¿Haces siempre lo que quieres?

El helicóptero descendió lentamente sobre el desierto. Rakin no había perdido tiempo en organizar una salida a Dahab, como le había prometido. Lo que desde el aire había parecido una vasta extensión estéril se perfiló como un paisaje salpicado por una miríada de colores entre los promontorios rocosos poblados por tamarindos. En el lugar sobre el que estaban descendiendo había una especie de amurallamiento.

–¿Este es tu escondite secreto? –le dijo Laurel a Rakin–. Parece una fortaleza.

–Es que en sus orígenes lo fue.

El helicóptero pasó cerca de las altas murallas y se posó en una plataforma de aterrizaje. Minutos después el piloto bajaba y rodeaba el helicóptero para abrirle la puerta. Laurel bajó y miró a su alrededor. Hacía un calor seco, pero cerca del fuerte, en una pared de roca, había una cascada a cuyos pies se habían formado una poza rodeada de exuberante vegetación.

–Parece un oasis.

–Es que es un oasis –la corrigió de nuevo Rakin–. Ven –añadió tomándola del codo–; dentro de la fortaleza hará más fresco.

–¿Qué es aquello? –inquirió Laurel, señalando una edificación que resaltaba en la distancia.

–Los establos.

–¿Establos? –a Laurel se le iluminó el rostro–. ¿Y hay caballos? ¿O están vacíos?

–Hay caballos. No muchos, porque los establos reales están más

cerca de Rashad, pero me gusta montar cuando vengo, así que siempre hay unos cuantos.

–¿Y podremos montar?

Rakin asintió, y los ojos de Laurel brillaron.

–¿Mañana? –cuando él asintió, le dijo–: ¿Sabes cuánto hace que no monto a caballo?

Rakin parpadeó.

–¿Sabes montar?

–Todos mis hermanos y yo montamos. Yo recibí mis primeras lecciones antes de cumplir los cinco años.

Su sonrisa nostálgica dejó entrever a Rakin lo mucho que le gustaba montar.

–¿Y por qué lo dejaste?

–Pues... porque mi madre quería que aprendiera piano –Laurel sonrió, pero Rakin supo de inmediato que era una sonrisa forzada–. Y además estaba el tenis, el ballet... y muchas veces con mi padre íbamos de pesca o de caza, así que llegó un momento en que no me quedaba tiempo para montar. Pero mis hermanos sí que montan aún... bueno, cuando juegan al polo.

Rakin no salía de su asombro. Siendo tan femenina, y toda una dama, nunca se la habría imaginado montando a caballo o disparando una escopeta de caza. Luego, sin embargo, recordó cómo había sido en la cama en su última noche en Las Vegas: una auténtica tigresa, y solo de pensar en ello se excitó, pero se obligó a apartar aquello de su mente y le dijo:

–Mañana haremos una excursión a caballo.

Salieron del establo a la mañana siguiente cuando aún estaba oscuro. Era el único modo de escapar del calor inmisericorde que haría después, le había dicho Rakin.

Ella iba montada en una yegua de color gris muy tranquila. Rakin, en cambio, iba a lomos de Pasha, un fuerte semental de largas crines.

Durante un buen rato fueron en silencio. Hasta el ruido de los cascos de los caballos se veía amortiguado por la arena del desierto. Laurel se irguió en la silla e inspiró el aire seco. Al este el cielo nocturno comenzaba a clarear, y todo el desierto a su alrededor

empezó a cobrar vida.

–¿Qué es aquello? –preguntó Laurel, señalando una elevación rocosa del terreno.

–La Montaña de los Pájaros. Subiremos hasta donde podamos y veremos desde allí el amanecer.

Subieron por un camino pedregoso hasta que llegaron a un recodo en el que se estrechaba. Rakin desmontó primero y fue a sujetar las bridas de la yegua de Laurel para que desmontara también.

Laurel le dio las riendas y se quedó esperándolo mientras él iba a atar a los caballos a un árbol. Luego continuaron a pie por el sendero serpenteante, pero apenas tuvieron que andar unos pasos antes de llegar al final del mismo que, para sorpresa de Laurel, daba paso a una especie de inmenso mirador de piedra.

–¡Oh! ¡Vaya! –exclamó maravillada.

Parecía que hubieran llegado al confín del mundo. Frente a ellos se extendían las doradas arenas del desierto hasta encontrarse con el sol naciente en el horizonte.

–Dahab significa «oro». Ahora ya sabes de dónde le viene el nombre.

–Ya lo creo –murmuró Laurel, que casi no se atrevía a respirar, por temor a romper la magia del momento.

Laurel bajó la cabeza y paseó la vista por el paisaje que se extendía ante ellos.

Miró a Rakin con una sonrisa tan hermosa en los labios que él sintió deseos de atraerla hacia sí y sellarlos con un beso.

Rakin ya no podía aguantar más.

–Hagamos el amor –le dijo con voz ronca.

Laurel sintió que se le subían los colores a la cara.

–¿Aquí? ¿Ahora?

–Sí.

Aquella rotunda afirmación la hizo parpadear.

–Pero es que es de día –se oyó decir, y de inmediato contrajo el rostro irritada consigo misma. ¡Ni que fuera una virgen que no sabía nada del sexo!

–¿Te da vergüenza hacer el amor a plena luz del día? –le preguntó Rakin, acariciándole la mejilla con un dedo–. No me pareciste nada tímida esa última noche en Las Vegas.

A Laurel se le encogió el corazón al oírle decir la palabra amor y bajó la vista. Aquel matrimonio no tenía nada que ver con el amor, pero lo que sentía cuando estaba con Rakin era distinto a lo que había sentido con otros hombres. ¿Podría ser amor?

Dio un respingo cuando él le puso las manos en los hombros.

–Laurel...

La voz aterciopelada de Rakin hizo que levantara la vista de nuevo y un ráfaga de deseo la sacudió cuando se encontraron sus ojos. Iba a besarla... y ella no iba a hacer nada para evitarlo. En vez de eso se quedó esperando, y entreabrió los labios cuando los de Rakin se posaron sobre ellos. La lengua de él le asaltó la boca de un modo sensual, posesivo. Laurel se agarró a los fuertes antebrazos de Rakin y le respondió con toda la pasión que había estado refrenando, y casi con desesperación. O al menos esperaba que fuera pasión, y no... ¿Podría ser que no fuera pasión, que fuera... amor?

El temor a la respuesta hizo que finalmente despegara sus labios de los de él. El pecho de Rakin subía y bajaba mientras intentaba, jadeante, recobrar el aliento.

–¿Y bien? –le preguntó al cabo–. ¿Entonces no quieres arriesgarte a hacer el amor a plena luz del día?

–No sé, es la idea de... –Laurel tragó saliva– de hacerlo aquí. Cualquiera podría vernos.

Rakin miró a su alrededor.

–¿Quién va a vernos? Por algo a esto lo llaman el desierto; porque no hay nadie –murmuró dando un paso hacia ella.

Laurel carraspeó. Era una cobarde, se reprendió. ¿Dónde habían quedado su sed de aventuras y sus ansias de liberarse de sus inhibiciones?

–Sé que suena ridículo; no puedo explicarlo –dijo dando un paso atrás.

Un brillo relumbro en los ojos de Rakin, que murmuró:

–Así que mi rebelde no es una auténtica rebelde después de todo.

Laurel deseó tener las agallas para recoger el guante que estaba arrojándole.

–Me temo que no estoy lista para esa aventura.

Capítulo Nueve

Era el último día de su escapada; su último día en Dahab. Al día siguiente se marcharían porque Rakin tenía que asistir en la capital a una reunión de la junta directiva de Gifts of Gold.

Se habían retirado, como cada noche, a la biblioteca después de cenar, y Laurel pensó una vez más que siempre recordaría con cariño los cuatro días que habían pasado allí cuando su matrimonio acabase.

Ese día Rakin la había llevado de nuevo al desierto, y habían explorado las altas formaciones rocosas. También la había llevado a visitar pueblos con mercados tradicionales que la habían fascinado.

Se dirigió a las estanterías, que llegaban del suelo al techo. Los libros que había reunido Rakin versaban sobre los temas más variados: política, historia, libros sobre Diyafa, sobre el desierto... También había una amplia selección de literatura.

–Tengo muchos libros de viajes –le dijo Rakin desde el sofá.

–Sí, eso veo –respondió ella distraída, pero sus ojos se posaron en una estantería con tomos más pequeños. Eran libros de poesía. Había un volumen encuadernado en cuero bermellón con el título escrito en letras doradas: *Placeres*. Laurel lo tomó de la estantería y lo abrió.

Poesía amorosa. Y a juzgar por lo ajado que estaba el libro parecía que había sido leído en más de una ocasión. ¿Lo habría leído Rakin?

–¿Qué estás mirando? –inquirió Rakin desde el sofá.

–Una colección de poemas.

Pasó la página y se encontró con una ilustración antigua, típica del arte hindú que la dejó boquiabierta. Una pareja de amantes yacían abrazados desnudos en un lecho bajo un árbol. La mujer era grácil y voluptuosa, y su amado un hombre fuerte, con aspecto fiero. Se le arrebolaron las mejillas. El hombre tenía la cabeza echada hacia atrás, con una expresión de pasión incontenida, mientras que la mujer parecía enteramente satisfecha.

Una ola de calor le afloró en el vientre. ¿Qué daría ella por ver

esa expresión en el rostro de Rakin? Cerró el libro y volvió a colocarlo en su sitio antes de ir junto a Rakin para sentarse en el brazo del sofá.

–Gracias por este día tan maravilloso –le dijo.

Su voz sonaba algo ronca, y no se atrevía a mirarlo aún, por temor a que sus mejillas encendidas o su mirada la delatasen.

Él la tomó de la barbilla para hacerle girar la cabeza, y cuando ella se resistió, Rakin le acarició el labio inferior y le dijo:

–Debes estar cansada; ¿lista para venir a la cama?

Cuando sus ojos se encontraron con los de él, fue como si saltaran chispas.

–Ven aquí –la llamó él, como si no pudiera esperar.

Laurel no habría sabido decir quién se movió primero, pero de repente estaban los dos tumbados en el sofá cama besándose apasionadamente. Laurel se sentía como si estuviera ardiendo por dentro.

Se empezaron a quitar la ropa a toda prisa, y apenas hubo tiempo para juegos preliminares antes de que Rakin la hiciera rodar sobre él para que quedara sentada sobre su miembro erecto. Fue un coito rápido y frenético. Laurel lo observaba mientras cabalgaba sobre él, fijándose en la expresión cambiante de sus ojos, en cómo tragaba saliva o cerraba los ojos y gemía cuando descendía sobre él... Había algo deliciosamente pecaminoso en tener ese poder sobre un hombre, y especialmente sobre un hombre fuerte y orgulloso como Rakin.

Hasta ese momento había sido él quien había movido ficha, como esa noche en Las Vegas, en la que ella había quedado reducida a un cuerpo tembloroso que él había tocado con la habilidad con que un virtuoso toca un instrumento, arrancando de sus labios sensuales gemidos, sonidos impropios de una dama que nunca antes había hecho.

Pero esa era su oportunidad de cambiar las tornas. Rakin la deseaba tanto como ella a él, y era ella quien estaba llevando la batuta. Cuando llegó, la explosión de placer fue increíblemente satisfactoria, y tras derrumbarse sobre él sonrió, porque los latidos del corazón de Rakin le decían que la experiencia lo había dejado tan abrumado como a ella.

Había cometido un tremendo error de cálculo.

Había dejado a Laurel dormida en el sofá cama, y había salido para darse un baño en la piscina y tratar de calmar su agitada mente. ¿Quién había dicho siempre que no se debía mezclar negocios y placer? Él. ¿Y quién había roto esa regla que él mismo se había impuesto? Él. Y no una vez, sino dos.

Y lo peor era que sospechaba que pronto habría una tercera y hasta una cuarta vez, y quizá más.

Se puso a hacer largos para intentar aclarar su mente. Nadar siempre le había ayudado, pero parecía que esa vez era inútil.

Se detuvo en la parte profunda, se agarró a la escalerilla y echó la cabeza hacia atrás. Sobre él brillaba la luna llena, como una moneda plateada.

Ni siquiera la belleza de aquella estampa logró distraerlo. Las emociones se revolvían en su interior en una amalgama donde era imposible separar unas de otras, o incluso identificarlas.

El clic del cerrojo de la puerta de madera de la valla que rodeaba la piscina, seguido de pasos, hizo que girara la cabeza y escrudriñara en la oscuridad. Vio algo moverse en las sombras, y después una figura en una bata de seda blanca iluminada por la luz de la luna. Era su esposa.

Laurel se detuvo al llegar al borde de la piscina. Se había despertado, y al ver que Rakin no estaba, había salido a buscarlo. Había sospechado que lo encontraría allí, en la piscina, oculta discretamente tras la alta valla de madera que la rodeaba. Lo vio nadar hacia ella, cortando el agua con brazadas silenciosas. Se detuvo al llegar junto a ella, en la parte donde no cubría, y la luz de la luna resaltó los músculos de sus hombros mojados.

–¿Quieres unirte a mí y darte un baño?

–Eso es lo que pretendía hacer.

Laurel desanudó el cinturón de la bata de seda y la dejó caer al suelo. No llevaba nada debajo.

Consciente de la mirada de Rakin fija en ella, descendió los escalones con la cabeza alta y la espalda erguida, orgullosa de su cuerpo desnudo.

Rakin aguardó en silencio hasta que llegó junto a él. Tenía el cabello húmedo echado hacia atrás, y por su torso resbalaban

pequeños regueros de agua. Laurel se quedó sin aliento mientras lo admiraba. Era tan sexy, tan viril...

La luz de la luna resaltaba sus marcados pómulos. Laurel bajó la vista a sus labios, a sus anchos hombros, y sus ojos se posaron en el amuleto que llevaba siempre colgado del cuello antes de volver a su boca.

El deseo ardía en su vientre. Quería hacer el amor con él otra vez. Quizá en otras circunstancias esa ansia la habría sorprendido, pero en ese momento le pareció que era lo más natural del mundo. Bajo el velo de la noche se deshizo de sus inhibiciones de una vez por todas. Alargó la mano hacia su mejilla, y dejó que esta descendiera en una caricia por su mandíbula hasta llegar al cuello.

Levantó la mano de nuevo y le acarició con el índice el labio inferior a Rakin, que lo tomó dentro de su boca y lo succionó.

Los pezones de Laurel se endurecieron, y el estómago se le contrajo de excitación con aquel juego erótico.

–Oh, sí... –murmuró.

Cuando Rakin dejó libre su dedo Laurel repasó el labio inferior de Rakin con él, humedeciéndolo. Luego, incapaz de resistirse, se puso de puntillas y lo besó justo en ese lugar.

Rakin tomó sus labios con un beso ardiente, deslizando la lengua dentro de su boca, devorándola, prometiéndole en silencio que iba a disfrutar con lo que había iniciado.

Laurel estaba cada vez más excitada. Se movió impaciente entre sus brazos, y descubrió con sorpresa que Rakin también estaba desnudo... y que tenía una erección. El corazón le dio un vuelco y empezó a latir como un loco.

La respiración de Rakin también se había tornado más rápida, rompiendo el silencio de la noche.

–¿Qué quieres? –le preguntó en un susurro.

«A ti», pensó ella. Pero no dijo nada; únicamente se frotó contra él. Era un lenguaje sin palabras, ancestral. Rakin la atrajo hacia sí, y sus blandas curvas quedaron pegadas contra el cuerpo musculoso de él. Laurel suspiró, pero le pareció que aquel suspiro hubiese sonado muy lejos, como si no hubiese salido de sus labios.

Las caricias de las manos de Rakin, que subían y bajaban por su espalda, la hicieron estremecer, y cuando esas manos fuertes y varoniles se cerraron sobre sus nalgas, masajeándolas, fue un

verdadero éxtasis.

Se arqueó hacia él, jadeando contra sus labios, sin poder ignorar por un instante su rígida erección. Uno de los duros muslos de Rakin se deslizó entre sus piernas, obligándola a abrirlas para que tuviera espacio para maniobrar.

Laurel echó la cabeza hacia atrás, rindiéndose al placer de sus caricias. Las facciones de Rakin estaban tensas por el deseo.

Sus dedos se hundieron entre sus cabellos, peinándola sensualmente, y Laurel se arqueó más hacia él, incitándolo, sin importarle que estuviese llevándolos a ambos al límite. Se había deshecho de las cadenas que la contenían.

La Laurel de antaño jamás se habría metido desnuda en una piscina, jamás se habría abandonado al deseo de aquella manera. Sin embargo, lo que la empujaba esa noche era algo más que mera pasión descarnada. Sabía que su tiempo juntos, que aquella aventura, no tardaría en acabar, y se sentía abrumada por una emoción a la que todavía no le había dado nombre. Era más que atracción, más que amistad, o incluso respeto; era mucho más que todas las otras cosas que Rakin y ella compartían. Pero no se atrevía a llamarlo amor.

Bajo el agua la fricción de la pierna de Rakin contra la sensible piel de la cara interna de sus muslos la estaba dejando sin aliento. La mano de Rakin descendió por su cuerpo, y poco después sus dedos estaban tocándola allí abajo, abriendo los pétalos de su flor para encontrar el sensible nódulo que se ocultaba entre ellos. Laurel estaba cada vez más acalorada, pero luchó por controlar los sensuales temblores que anunciaban la llegada del clímax. Quería alargar aquel instante, saborearlo, que no terminase nunca.

El duro miembro de Rakin reemplazó a sus dedos. Se deslizó dentro y fuera de ella con lentas embestidas, y Laurel se agarró a sus hombros y cerró los ojos, abandonándose al placer que estaba experimentando, que la sacudía en ardientes oleadas.

Con una última embestida Rakin se estremeció entre sus brazos, y se quedó muy quieto, tenso, al tiempo que un ronco gemido escapaba de su garganta. Era lo que Laurel había estado esperando. Dejó que la marea la arrastrase a ella también, permitiendo que aquellos deliciosos escalofríos de placer se extendiesen por todo su ser. Sin embargo, tuvo el presentimiento de que aquello no era ni

mucho menos el final; tan solo era el principio. La fuerza de aquella emoción que la tenía tan confundida... tenía que ser amor. Una sensación de dicha la inundó. Estaba enamorada de Rakin.

Al sentir a Laurel moverse contra él Rakin la estrechó más entre sus brazos. Todavía le palpitaban los oídos.

–¿Tienes frío? –le preguntó, besándola en el cuello.

Ella sacudió la cabeza, pero Rakin la alzó en volandas y se dirigió a los escalones. Cuando estuvieron fuera de la piscina la llevó a una tumbona donde esperaba su toalla, y tras sentarse con Laurel en su regazo la envolvió en ella. Mientras le secaba la cara con una esquina de la toalla, Laurel cerró los ojos y se dejó hacer.

No había dicho una palabra desde el increíble orgasmo que habían compartido en la piscina, y aunque no sabía muy bien por qué, Rakin quería... necesitaba que dijera algo.

Le puso un dedo bajo la barbilla para levantarle el rostro.

–Laurel...

Ella abrió los ojos, pero no eran las brillantes esmeraldas que solían mirarlo riendo; en ellos solo había sombras.

–¿Qué pasa? –le preguntó–. ¿Qué ocurre?

–¿Qué va a pasar? –inquirió ella esbozando una sonrisa–. Que acabo de tener el mejor orgasmo de mi vida.

–Eso está bien –murmuró él–. Sí que ha sido increíble.

–Sí.

Laurel aún sonreía, pero Rakin seguía teniendo la impresión de que le preocupaba algo.

Capítulo Diez

Laurel había pensado que la cena sería una cena tranquila e íntima, pero en la larga mesa del comedor había al menos veinte personas. Los sirvientes no dejaban de ir y venir.

Los invitados ya habían empezado a sentarse a la mesa, pero faltaban los hombres de la familia, que seguían encerrados en un salón contiguo discutiendo el futuro de Gifts of Gold. Laurel tenía los nervios a flor de piel por cuál sería el resultado.

¿Conseguiría Rakin el control de la compañía como había esperado al casarse con ella? ¿Permitiría su abuelo que continuara como director y le traspasaría sus acciones como le había prometido? ¿O lo sustituiría por Zafar a pesar de todo y le traspasaría a él las acciones? Laurel no podía dejar de mirar ansiosa las puertas de doble hoja.

Cuando por fin se abrieron y salieron por ellas los hombres de la familia los ojos de Laurel fueron directos a Rakin, pero su expresión inescrutable no le dejó entrever si había ido bien o mal. Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron las facciones de Rakin se suavizaron. Se apartó de los otros y fue con ella.

Consciente de que no estaban a solas, Laurel le sonrió vacilante mientras se sentaba junto a ella. Rakin se inclinó y le susurró al oído:

–Hemos triunfado: ahora soy el principal accionista de Gifts of Gold. Acabamos de firmar el contrato del traspaso de las acciones de mi abuelo. Ahora solo falta que se haga efectivo el traspaso de las acciones, lo cual no debería tardar más de un par de días.

–Eso es maravilloso –le dijo Laurel, que se alegraba sinceramente por él.

–Gracias –murmuró Rakin con una sonrisa.

Fue entonces cuando Laurel fue plenamente consciente de lo que acababa de decirle. Rakin ya no necesitaba seguir casado con ella. Si su abuelo hubiese cambiado únicamente su testamento Rakin no habría tenido seguridad alguna porque podría cambiarlo de nuevo en cualquier momento, pero un contrato era algo que no se podía

romper ni alterar.

En un par de días el traspaso de las acciones se haría efectivo, y sin duda poco después Rakin propondría que empezaran con los trámites del divorcio. La alegría que había sentido hacía unos instantes se disipó de un plumazo, dejando tras de sí una dolorosa sensación de pérdida.

Le costó trabajo tomar siquiera un poco de los exquisitos platos que les habían servido, incluido el asado de cordero con patatas sazonadas con comino y cilantro. No podía negar que estaba todo exquisito, pero si hubiera estado comiendo paja le habría dado igual, y se encontró deseando estar aún en Dahab, a solas con Rakin, tomando platos mucho más sencillos en uno de los balcones de la fortaleza desde los que se veía el desierto.

Amaba a su marido; no estaba preparada para aquello, pensó mirando a Rakin. Este la pilló mirándolo, y le dirigió una cálida sonrisa que le iluminó el rostro.

Aquella sonrisa le hizo albergar esperanzas. Sin duda Rakin también tenía que sentir ese algo que había entre ellos. Tenían muchas cosas en común, se gustaban, se reían juntos, y sabía que Rakin la deseaba. Era más de lo que muchos matrimonios tenían a su favor. No había ninguna razón para que se divorciaran.

–Rakin… –lo llamó, poniéndole una mano en el brazo.

Sin embargo, justo en ese momento apareció un sirviente junto a él, reclamando también su atención. Rakin se disculpó con Laurel y se giró hacia el sirviente, que le dijo algo en árabe. Rakin respondió brevemente y echando su silla hacia atrás para levantarse se disculpó con Laurel de nuevo:

–No tardaré.

Mientras lo observaba alejarse, una mano le tocó el hombro a Laurel, que se obligó a esbozar una sonrisa al ver que era la abuela de Rakin. La mujer se sentó a su lado, en el sitio que Rakin había dejado vacío.

–¿Has comido bien? –le preguntó.

Laurel asintió.

–Gracias, estaba todo delicioso.

La mujer sonrió de oreja a oreja.

–Estupendo. Tienes que cuidarte. Estamos esperando ansiosos que nos deis la noticia.

Laurel parpadeó.

–¿La noticia?

La mujer se inclinó hacia ella y le dio unas palmaditas en el vientre.

–De que vais a tener un bebé.

–¿Un bebé?

La noche anterior en la piscina no se habían preocupado de tomar precauciones, se recordó, y un escalofrío le recorrió la espalda.

–Mi nieto y tú vais a tener unos hijos preciosos.

¿Qué podría responder a eso? Laurel se rio incómoda y sintió que se le subían los colores a la cara.

–Bueno, queremos tomarnos un tiempo para hacernos un poco más el uno al otro antes de eso.

La mujer se encogió de hombros.

–Ya estáis casados; tendréis tiempo de sobra para haceros el uno al otro. El abuelo de Rakin y yo nos casamos sin conocernos, y mi marido dice que se enamoró de mí el día que di a luz a nuestro primer hijo, el padre de Rakin –dijo Tula, sonriendo al recordarlo–. Rakin tiene una gran responsabilidad estando como está al frente de la compañía familiar, y necesitará un hijo que siga sus pasos.

La esperanza de Laurel resurgió. Como decía la abuela de Rakin, necesitaría un hijo al que dejarle la compañía en su vejez, y si Rakin quería hijos… ¿por qué no habría de ser ella la mujer que se los diera? Lo amaba, estaban casados… ¿Y si como decía Tula pudiera llegar a enamorarse de ella con el tiempo? La calidez que había visto en sus ojos cuando había entrado en el comedor parecía un buen comienzo.

–Pero no debéis esperar mucho. Los años no pasan en balde para una mujer –le dijo Tula–. Si lo postergáis demasiado puede que sea tarde y no puedas tener hijos.

La verdad era que Laurel había pasado una época en la que se había preocupado bastante por su reloj biológico, cuando sus amigas habían empezado a pasar por el altar y a tener hijos una tras otra, y ese había sido uno de los motivos por los que había decidido casarse con Eli, pero no era la razón por la que se había casado con Rakin. ¡Qué ironías tenía la vida!

Después de romper su compromiso con Eli no había vuelto a

plantearse el tener hijos, pero ahora que había descubierto que estaba enamorada de Rakin no podía imaginarse teniendo hijos con ningún otro hombre. Era el hombre con quien quería compartir su vida, el hombre al que amaba, el hombre que quería que fuera el padre de sus hijos. Quería algo más que un acuerdo temporal por negocios y placer.

Ya ni siquiera era suficiente para ella ese ansia de aventuras que la había llevado a irse a Las Vegas con él. Quería más, mucho más.

–¿Te resulta difícil hablar de esto con Rakin? ¿Te da vergüenza? –le preguntó Tula sonriendo, como si creyera que su reticencia se debía a que era pudorosa–. Porque si es así le pediré a mi marido que hable con él y le diga que tiene que cumplir con su deber.

–¡No! –Laurel no podría soportar la idea de que esa faceta de sus vidas se viera contaminada por las expectativas de los abuelos de Rakin y que él se sintiera todavía más agobiado–. No será necesario. Lo hablaré con Rakin.

–Mi nieto ha escogido bien –dijo Tula sonriendo–. Eres una mujer sensata que comprende lo que es importante.

–Rakin, tu abuela me acorraló anoche en la cena.

–¿Umm?

La noche anterior habían hecho el amor en sus aposentos después de la interminable velada. Y esa mañana, recién duchado y con los primeros rayos del sol entrando ya por la ventana, Rakin se sentía dispuesto a hacerle el amor otra vez a su esposa.

Se detuvo junto a la cama, donde yacía desnuda, y acarició la curva de la cadera, intentando recordar si la había besado ya. ¿Acaso importaba?, se preguntó. La besaría antes de que el sol estuviera más alto. No iba a dejar sin besar ni un solo centímetro de su cuerpo.

–¿Rakin? ¿Has oído lo que te he dicho?

–Sí –respondió él levantando la cabeza con una sonrisa en los labios, como un gato relamiéndose ante un plato de leche.

Se quitó la toalla húmeda de la cintura y la arrojó al suelo, quedándose desnudo él también. Se tumbó en la cama, junto a Laurel, y la atrajo hacia sí.

–¿Estuvo intentando convencerte para que la ayudaras a

organizar el festival de cine francés? Es su gran pasión.

Una expresión extraña cruzó por las facciones de Laurel.

–No, no es nada de eso. Pensó que debería saber que es importante que me quede embarazada lo antes posible. Dice que necesitas urgentemente un heredero.

Rodó sobre el costado para apartarse de ella y se incorporó. En el silencio que se hizo entre ambos podía oír los latidos de su corazón, martilleándole en el pecho mientras se pasaba los dedos por el cabello húmedo. Detrás de él, Laurel lo llamó vacilante.

–¿Rakin?

Él se giró hacia ella.

–¿Ocurre algo? –le preguntó Laurel, que se había incorporado también, quedándose de rodillas sobre el colchón.

Rakin apretó la mandíbula.

–Yo nunca he querido hijos.

–¿No quieres tener hijos?

Rakin sacudió la cabeza. Laurel se quedó callada un momento antes de decir:

–Yo sí. Siempre he sabido que llegaría un día en que querría tener hijos; formar una familia –extendió las manos y añadió–. Tu abuela tiene razón: me hago mayor. Si vamos a tener hijos no podemos retrasarlo demasiado.

El modo en que Laurel dijo aquello, como si fuera una obligación, le hizo espetarle con más aspereza de la que había pretendido:

–No quiero hijos; igual que nunca he querido una esposa. Pero no me dejaron elección. Esta charada de una esposa temporal fue la mejor solución que se me ocurrió.

De nuevo volvió a ver en los ojos de ella esa expresión que no sabía interpretar. Laurel le dio la espalda, tomó su bata de seda, que estaba a los pies de la cama, se bajó de la cama y se la puso.

Rakin sintió una punzada de culpabilidad pero de inmediato sofocó ese sentimiento. No había engañado a Laurel en ningún momento.

–La idea de este matrimonio jamás fue la de tener hijos –le reiteró, en un intento por dejar clara su postura.

Laurel irguió los hombros.

–Lo sé –contestó sin volverse.

Rakin no podía dejar las cosas así. Necesitaba acallar la clamorosa sensación de culpa que lo invadía.

–Te prometí la aventura de tu vida; no que formaríamos una familia y seríamos felices.

Laurel giró la cabeza.

–Soy muy consciente de ello, y has cumplido tu promesa. No puedo decir que no hayas satisfecho mi necesidad de aventura en todos los sentidos.

–No soy un gigoló –protestó indignado.

Los ojos de Laurel descendieron a sus marcados abdominales, subieron por su pecho desnudo y se detuvieron un instante en sus labios antes de mirarlo a los ojos.

–Podrías serlo –le dijo esbozando una sonrisa–. Mi esclavo sexual. La verdad es que me gusta la idea...

–Yo me refería a aventuras de otro tipo –contestó él molesto.

–¿Como el sexo en la piscina a la luz de la luna? –inquirió ella con un brillo en los ojos que no le gustó nada a Rakin–. ¿O aquella noche de sexo en Las Vegas?

Lo irritaba que se refiriera como sexo a lo que para él habían sido dos experiencias increíbles, indescriptibles.

–No. Como traerte a Diyafa conmigo, abrirte las puertas de mi casa, mostrarte el desierto, nuestras costumbres, explorar contigo lugares en los que muy poca gente ha estado, regatear con los beduinos...

Había compartido su alma con ella.

–¡Ah!, esas aventuras...

–Sí. Y también he cumplido con mi parte del trato en lo que se refería a ayudarte a conseguir nuevas oportunidades de negocio para el Grupo Kincaid. Ben Al-Sahr me dijo que iba a ponerse en contacto con tu hermano Matt para que le encontrara un proveedor de algodón en Charleston.

–Sí, se lo he dicho a Matt.

–¿Tu hermano te ha llamado?

Laurel sacudió la cabeza.

–Lo llamé yo a él.

–Imaginé que llamarías a tu familia para contarles que nos habíamos casado, pero no me habías dicho que hubieras estado hablando de negocios con tu hermano.

Laurel se rio suavemente.

–Como tú te has encargado de dejar bien claro, nuestro matrimonio es solo un matrimonio de conveniencia, Rakin.

¡Qué tonta había sido! Rakin le había advertido desde el principio que aquel no iba a ser más que un matrimonio temporal y de conveniencia. En ningún momento había hablado de amor.

Rakin había conseguido lo que perseguía: se había asegurado el control de Gifts of Gold y pronto tendría las acciones de su abuelo a su nombre. Ya no la necesitaba; ya no necesitaba una esposa.

–No tienes corazón.

Las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera contenerlas, y de inmediato sintió una especie de liberación. Era la verdad; no tenía corazón.

Rakin apretó la mandíbula.

–Sencillamente soy realista.

¿Sencillamente? Ya no había nada de sencillo en aquella relación. Laurel no podía entender cómo había podido llegar a convencerse de que casarse con aquel hombre iba a ser una aventura divertida y sin preocupaciones, una forma de escapar de la monotonía de su vida que la ayudaría a cumplir todos los objetivos de su lista. Al final todo se había complicado y le había salido el tiro por la culata.

–Pues no quiero vivir mi vida en esa realidad tuya.

Rakin se encogió de hombros.

–No tienes por qué hacerlo. Es la ventaja de que este sea solo un matrimonio temporal.

Su actitud le demostró lo poco que le importaba. Tenía lo que quería y esperaba que se le alejase de él como si nada hubiese pasado, como si nada hubiese cambiado.

Pero no podía hacerlo porque para ella todo había cambiado. El dolor que sentía la estaba matando por dentro. Amaba a Rakin pero él no la amaba. Tenía que aceptarlo; tenía que superarlo. Aquel matrimonio se había acabado. Rakin acababa de romperle el corazón al dejarle claro que para empezar ni siquiera quería estar casado con ella.

No podía engañarse y creer que algún día llegaría a amarla

como ella quería –necesitaba– que ser amada.

–¿Y qué pasa ahora? ¿Vas a dar tres palmadas y nuestro matrimonio queda disuelto?

–No te pongas sarcástica –le dijo él con frialdad–; el sarcasmo no te va.

Laurel se apartó de la cama.

–Necesito un poco de aire fresco; aquí dentro empiezo a sentir claustrofobia.

Rakin rodó sobre el costado para darle la espalda y cerró los ojos.

–Estoy cansado, anoche no dormí demasiado. Zanjaremos esto luego.

Cuando la puerta del dormitorio se cerró con suavidad tras su esposa, Rakin abrió los ojos. No tenía sentido ir detrás de ella y ponerse a discutir de nuevo. Mejor dejar que se calmase un poco; ya hablarían después.

No tenían por qué acabar odiándose; podrían seguir siendo amigos. No quería perder la amistad de Laurel por un arranque de ira. Y podrían ser amigos con derecho a roce aunque su matrimonio terminara.

La pasión que ardía entre ellos era algo fuera de lo común, y tampoco quería arriesgarse a perder eso. Si le preguntasen a él diría que quería que su relación continuase fuera del matrimonio... y sin que nadie volviese a mencionar la palabra hijos.

Le daría tiempo para que se diese cuenta de que lo que le había dicho no era más que la verdad.

Laurel era una mujer madura. Al final entraría en razón. Seguro que para la hora del almuerzo ya se habría calmado un poco, y entonces la consolaría, si era eso lo que quería, o le haría el amor.

Ahora lo que necesitaba era dormir un poco. Cerró los ojos y pronto se quedó dormido, con la satisfacción de haber manejado aquel problema de la mejor manera posible.

Laurel salió de palacio por una puerta lateral y se encontró en un jardín con naranjos rodeado por un muro que no había visto antes. La delicada fragancia de las flores de azahar impregnaba el aire.

Se había acabado. Había llegado el momento de poner los pies en la tierra, recoger los pedazos de su corazón y volver a su vida. A la vida real, que no era aquella fantasía romántica a la que había estado jugando con Rakin.

Tenía su orgullo, y no iba a quedarse a suplicar las migajas que Rakin estuviera dispuesto a ofrecerle. Tenía que marcharse. Ese mismo día. Volvería a la vida que conocía, con su familia y su trabajo en el Grupo Kincaid, una vida en la que se sentía segura.

Desoyó la vocecilla que le dijo que estaba siendo una cobarde, que estaba huyendo, pero no tenía razón alguna para quedarse. Rakin se lo había dejado muy claro. Por eso iba a alejarse de él, e iba a hacerlo con la cabeza bien alta.

Cuando Rakin bajó a la hora del almuerzo se encontró con que Laurel se había ido.

–Me dijo que era una emergencia familiar –le explicó su abuela–, pero me pidió que no te despertara porque no habías dormido bien anoche. Hice que uno de nuestros chóferes la llevara al aeropuerto. Laurel me dijo que estaba segura de que en un par de días estaría todo solucionado.

¿En un par de días? Sin duda le había dicho aquello a sus abuelos para darle tiempo, para que su abuelo no cancelara el traspaso de las acciones antes de que fuera efectivo, pensó Rakin frunciendo el ceño.

–¿Ocurre algo, Rakin? –le preguntó su abuela en un tono vacilante–. ¿Acaso algo va mal, aparte de lo de su familia? Laurel parecía tan feliz anoche...

Rakin suspiró irritado.

–Pues claro que no; ¿por qué habría de ir nada mal?

Se giró sobre los talones y salió del comedor. Laurel había estado feliz hasta que su abuela se había entrometido con esa charla que le había dado sobre la necesidad de que le diera pronto un heredero. Y había vuelto a interferir... ayudando a Laurel a escapar.

Claro que quizá estuviera sacando conclusiones precipitadas, pensó.

Laurel había roto su compromiso con Eli sin pensárselo porque no lo amaba. Él había estado tan seguro de que no quería casarse,

de que no quería una esposa… Pero ahora que su esposa había huido de él, dejando claro que no sentía nada por él, lo sorprendió descubrir que quería que volviera a su lado. No quería como esposa a ninguna otra mujer.

Capítulo Once

El domingo por la tarde, cuando Laurel llegó a la mansión Kincaid, fue Pamela, la empleada del hogar, quien le abrió la puerta y la saludó con un fuerte abrazo que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

–Eh, eh... ¿Qué es lo que pasa, mi niña?, ¿a qué vienen esas lágrimas? –le preguntó Pamela, haciéndola entrar antes de cerrar detrás de ellas.

–Es que os he echado mucho de menos a todos –dijo Laurel, y era la verdad.

–Tu madre está arriba –le dijo Pamela deteniéndose al pie de las escaleras de mármol que subían al piso de arriba–. Ese detective tan agradable acaba de marcharse.

–¿El detective McDonough?

Pamela asintió.

–El mismo.

–¿Ha hecho algún progreso en la investigación del asesinato de papá?

–Eso tendrás que preguntárselo a tu madre –le dijo Pamela–. Lo que sí puedo decirte es que hemos empezado a guardar la ropa de tu padre en cajas.

Laurel apretó la mandíbula.

–¿Y cómo lo está llevando mamá?

–Mucho mejor de lo que esperaba. Anda, sube a verla; mientras yo prepararé un poco de café.

Laurel encontró a su madre arrodillada en el suelo del dormitorio principal junto a una caja en la que estaba colocando cuidadosamente un suéter doblado.

–¡Laurel! –exclamó al verla entrar–. ¿Qué haces aquí?

–He vuelto –se limitó a responder ella.

Su madre miró detrás de ella.

–¿Y dónde está Rakin?

–He venido sola; él sigue en Diyafa.

–Me sorprende que te haya dejado venir sola cuando acabáis de

casaros.

–Lo he dejado, mamá.

–¡Oh, cariño! –murmuró su madre, levantándose de inmediato para ir junto a ella.

Cuando la abrazó, su calidez y el olor a lavanda de su perfume envolvieron a Laurel, que cerró los ojos. Se sentía como cuando, de niña, había entrado corriendo en casa lloriqueando y con una rodilla despellejada porque se había caído mientras jugaba con sus hermanos.

Entonces había bastado un poco de agua oxigenada, una tirita y un beso de su madre para sentirse mejor. Esa vez era el corazón lo que le dolía, y eso no era tan fácil de solucionar.

–¿Quieres hablar de ello, cariño?

La compasión en la voz de su madre casi la hizo derrumbarse. Abrió los ojos, e inspiró profundamente.

–No hay mucho que contar –respondió, apartándose de su madre–. Ven, siéntate conmigo y cuéntame qué hay de nuevo desde que me fui –dijo llevándola hasta la cama.

–Nikki Thomas vino a verme –le explicó su madre con un suspiro cuando se hubieron sentado–. Ha estado hablando con la policía. De hecho, el detective McDonough también ha venido hoy y acaba de marcharse. Para él el principal sospechoso es Jack Sinclair. Pero como sabes, el problema es que tiene la coartada de que varios de sus empleados dicen que esa noche se quedó en la oficina trabajando hasta tarde.

Laurel tomó la mano de su madre y entrelazó sus dedos con los de ella.

–Lo sé, pero sigo sin entender cómo da por válida la policía esa coartada. Quiero decir, que podría haberles sobornado o amenazado con despedirlos para que lo respaldaran –apuntó. No podía creerse que la policía no hubiera avanzado nada en la investigación desde que se había ido–. Y luego está lo de que su coche fuera grabado esa noche por las cámaras de seguridad del párking cerca del edificio del Grupo Kincaid.

–Pero él niega que lo dejara aparcado allí –asintió su madre.

–Es todo muy extraño –murmuró Laurel–. Tiene que estar mintiendo. ¿Qué piensa Nikki?

–Dice que no quiere dar por supuesto nada antes de hacer unas

cuantas indagaciones más, pero está decidida a encontrar al culpable.

Laurel apretó la mano de su madre.

–Si la policía no consigue avanzar en el caso, quizá Nikki sea la persona adecuada para desmantelar la coartada de Jack si está mintiendo. Cuanto antes lo arresten, antes podrás rehacer tu vida.

Y cuando lo hubieran arrestado ya no habría posibilidad de que fuera elegido presidente del Grupo Kincaid en la reunión de la junta del mes de junio. No solo sería un alivio para su madre, sino también para sus hermanos y para ella.

–Ya estoy rehaciendo mi vida –le dijo su madre–. Le he pedido a Kara que organice mi boda con Cutter. Si todo va bien nos casaremos dentro de un mes o dos.

–¡Cuánto me alegro, mamá! ¡Esa sí que es una buena noticia! –exclamó Laurel, pero no pudo evitar sentir una punzada de tristeza.

Esperaba que su madre tuviese mejor suerte en su nuevo matrimonio de la que ella había tenido en su matrimonio con Rakin.

Laurel se quedó en casa de su madre porque esa noche, para la cena, se reunía toda la familia allí, como cada semana. Aunque se sorprendieron de encontrarla allí, cuando les contó lo ocurrido sin dar detalles ninguno hurgó en la llaga y le mostraron su apoyo.

Sin embargo, si algo se hizo patente durante la cena fue que su relación con Eli había cambiado. Ahora era su cuñado; ya no era su mejor amigo. Ya no podía hablar con él como había hecho antaño. Además, ¿cómo iba a hablar con él de Rakin? No sería justo; Rakin era su amigo.

Sin embargo, estaba sentado junto a ella en la mesa y parecía tremendamente apurado, pero pronto descubrió por qué.

–Me ha llamado Rakin –dijo inclinándose hacia ella.

Laurel giró la cabeza y se quedó mirándolo.

–¿Que te ha llamado? ¿Cuándo? ¿Y por qué?

–Su abuela le explicó que le habías dicho que tenías que irte por una emergencia familiar. Llamaba para preguntar si estaba todo bien.

Laurel sintió una punzada de culpabilidad y notó que le ardían

las mejillas.

–Creía que no le importaría –masculló apartando la vista–. Supongo que eso significa que puede que después de todo no tenga un trozo de hielo en el pecho en lugar de corazón.

–Pues claro que tiene corazón –dijo Eli con suavidad.

Laurel giró de nuevo la cabeza hacia él.

–¿Eso crees? –le espetó torciendo el gesto–. Yo no estoy tan segura.

No le hacía falta la mirada de reproche de Eli para saber que estaba siendo injusta. Rakin no era mala persona; sencillamente no la amaba.

–Todo esto es culpa mía –murmuró Eli.

–Tonterías –replicó Laurel–. No tienes que culparte por que fueras tú quien nos presentara. Sois amigos; nos habríamos conocido antes o después.

–No lo entiendes.

A Laurel le dio un vuelco el corazón al ver el remordimiento que había en sus ojos.

–¿Qué es lo que no entiendo?

Eli miró a su alrededor. Todos los demás parecían ocupados conversando unos con otros. Bajó la voz y le dijo a Laurel:

–Le sugerí a Rakin que se casase contigo.

–¿Que se lo sugeriste? –Laurel frunció el ceño–. ¿Cuándo?

–Después de que rompieras nuestro compromiso.

–¿Qué? ¿Y por qué hiciste eso?

Aquello le salió del alma.

–Explícate –le dijo a Eli.

–Rakin tenía un problema. Su abuelo había amenazado con desheredarlo y quitarlo de la dirección de la compañía si no se casaba, y le dije que tú podrías ser la esposa perfecta para él.

–¿Y él aceptó tu sugerencia, así, sin más ni más?

Eli se rio incómodo.

–¿Qué hombre no lo habría hecho? Le dije que eras guapa, inteligente, y de buena familia; que no podía equivocarse.

A Laurel le hirvió la sangre al oír aquello.

–Vaya. Muchas gracias, Eli –le dijo apretando los dientes.

Eli la miró compungido, como si se sintiera verdaderamente culpable.

–Tal vez podría intentar arreglarlo –añadió vacilante.

–¿Ah, sí? ¿Cómo? –le espetó ella.

–Si lo llamara...

–¡No! –lo cortó ella sacudiendo la cabeza–. Ni se te ocurra.

–Lo siento; te he hecho daño. No era mi intención; nunca pensé que... –murmuró Eli sin acabar la frase.

Laurel gruñó de frustración.

–Ese es vuestro problema, el problema de todos los hombres: ¡que ni siquiera pensáis en los problemas que podéis causar!

–No puede ser; no puedo estar embarazada.

Era lunes por la mañana, y la semana no podía haber empezado de peor manera. El médico, sentado frente a ella, levantó la vista de los resultados del análisis que tenía en la mano.

–¿No ha mantenido relaciones sexuales últimamente? –inquirió extrañado.

–Bueno, sí, me he casado, y naturalmente mi marido y yo hemos mantenido relaciones –respondió Laurel azorada–. Pero es que no tenía intención de quedarme embarazada. Y tomamos precauciones... excepto una vez –añadió recordando la noche en la piscina.

–Los métodos anticonceptivos a veces fallan.

Laurel reprimió el impulso de soltar una risita histérica.

–Lo sé. Mi madre tuvo esa charla conmigo a los quince años cuando salí con un chico por primera vez. Lo que quiero decir es que no puedo creer que me esté pasando esto a mí. Soy una mujer adulta, sensata... No soy la clase de mujer que se queda embarazada por accidente.

El médico contrajo el rostro y se rascó la coronilla.

–Siento decírselo, pero las mujeres adultas y sensatas también se quedan embarazadas por accidente. Véalo como una bendición, porque tengo a algunas pacientes a las que les encantaría quedarse embarazadas por accidente.

A Laurel se le hizo un nudo en la garganta. No iba a llorar.

Al menos su padre le había dejado la casa de la playa, Captain’s Watch. Todavía tenía eso, pensó, y de repente sintió deseos de ir allí, de refugiarse en la paz y la tranquilidad de aquel lugar.

Al abrir las contraventanas de madera para dejar entrar la luz del sol de mayo, Laurel sintió que una sonrisa asomaba a sus labios al ver a través de los cristales la playa en la que tantas horas había pasado durante su infancia y adolescencia.

–Tú también disfrutarás de esa playa, cariño –dijo poniéndose una mano en el vientre y bajando la vista–. Te lo prometo.

Se apartó de la ventana y fue hasta la larga mesa donde había comido con su familia tantas veces, y donde sus hermanos y ella se habían entretenido con juegos de mesa en los días de lluvia. Sobre ella descansaban su lista de propósitos y la carta de su padre.

Ya no necesitaba aquella lista, se dijo. Tenía un trabajo con el que disfrutaba, una familia que la quería, y pronto tendría un bebé. Sin embargo, todavía no había sido capaz de deshacerse de ella.

Tomó el botellín de agua mineral que había estado bebiéndose y lo apuró. Luego tomó la lista y la leyó hasta el final. El punto número 10: «Encontrar al asesino de mi padre» era el único que no había cumplido, aunque poco podía hacer ella. Tendría que confiar en el trabajo de Nikki y el detective McDonough.

Enrolló el papel en el que había escrito su lista y lo metió dentro del botellín vacío y suspiró. La lista había cumplido su función. Luego tomó la carta, la desdobló, y se sentó a leerla una vez más.

Mi queridísima Laurel:

Si estás leyendo esto es que ya no estoy con vosotros. Pero Captain's Watch es, a partir de ahora, tuya para siempre. Cada verano nos contagiabas a todos con tu entusiasmo por ir allí a pasar las vacaciones.

Una vez le dijiste a tu madre que era porque, aunque la casa permanecía inmutable a pesar del paso de los años, cada día era distinto, y que el tiempo que pasábamos allí era para ti como una aventura.

En la casa hay una foto tuya en la que estás arrodillada junto a un castillo de arena decorado con conchas. Recuerdo cómo perseveraste en él todo el día después de que los otros niños se cansaran y lo dejaran por otros juegos. Te quedaste allí hasta el atardecer, y yo fui en tu busca.

El castillo de arena estaba terminado, y estabas mirándolo con tal expresión de satisfacción que decidí que tenía que hacerte una foto para

inmortalizar el momento.

A la mañana siguiente lo primero que hiciste nada más levantarte fue ir a ver tu castillo, y te encontraste con que la marea se lo había llevado. Pero no lloraste, sino que empezaste a construir otro más lejos, donde la marea no pudiera arrastrarlo.

Te lego en mi testamento Captain's Watch con la esperanza de que a lo largo de tu vida te traiga muchas más aventuras. Sé que tu corazón generoso hará que le abras las puertas a todos los miembros de la familia que quieran ir allí a compartir el verano contigo. Que tengas siempre unas felices vacaciones allí.

Con cariño,

Papá

Con los ojos llenos de lágrimas Laurel trazó con la yema del dedo la firma de su padre. El descubrir que tenía otra familia, otro hijo, los había destrozado a todos, y en particular a su madre.

Pero Rakin no era como su padre. No tenía una amante, ni tenía un hijo de ella. Por el contrario, le había dicho que ni siquiera quería hijos... ni una esposa.

Nada cambiaría el hecho de que no la amaba, pero tenía que saber que habían concebido juntos a un hijo. Por primera vez sintió un mínimo de empatía hacia Angela Sinclair, la madre de Jack. Angela había hecho lo correcto. Laurel sabía que Angela había intentado ponerse en contacto con su padre años atrás para decirle que estaba embarazada, pero no lo había logrado.

Las lágrimas que le habían estado nublando la vista mientras releía la carta de su padre rodaron por sus mejillas. Se llevó una mano al vientre. A diferencia de su padre, Rakin tendría la oportunidad, si quería, de ver crecer a su hijo.

Laurel no podía ni imaginar lo doloroso que debía haber sido para su padre descubrir, diez años después, que Angela había tenido un hijo suyo. Un hijo que se había convertido en un hombre resentido y hosco que tal vez lo había detestado hasta el punto de haberlo asesinado.

Si verdaderamente lo había matado él, ¿lo habría hecho también de haber sabido que su padre iba a legarle en su testamento el cuarenta y cinco por ciento de las acciones de su compañía? Pero

eso nunca lo sabrían.

Dobló la carta con cuidado, volvió a guardarla en su bolso, sacó el teléfono móvil y marcó el número de Rakin. Empezó a prepararse mentalmente para lo que iba a decirle cuando contestara, y se llevó un chasco cuando le saltó el buzón de voz. Vaciló un instante mientras escuchaba la grabación, pero luego colgó. No podía dejarle un mensaje para decirle algo así. Pasada una hora lo llamaría de nuevo, y si aún no contestaba tendría que reservar un billete de avión para volver a Diyafa. Rakin tenía que saber que iban a ser padres.

Capítulo Doce

Las olas del mar, que iban y venían, lamían los pies de Laurel mientras observaba alejarse flotando el botellín con su lista.

Distraída como estaba en sus pensamientos no vio venir la siguiente ola y dio un gritito por lo fría que estaba. Cuando llegó la siguiente ola retrocedió a toda prisa para no mojarse el dobladillo de los vaqueros, y su espalda chocó con alguien. Se dio la vuelta con una disculpa en los labios, y se quedó de piedra al ver quién era. ¡Rakin!

–¡Pero si te he llamado hace menos de una hora! –dijo con incredulidad.

–Vi que tenía una llamada perdida tuya poco después de aterrizar, pero pensé que sería mejor presentarme aquí en vez de devolvértela.

–¿Qué estás haciendo aquí?

El rostro de Rakin se ensombreció.

–¿Y tú me preguntas eso? ¿Después de iniciar los trámites de divorcio?

Rakin debía haber salido de Diyafa en el instante en que le habían entregado los papales del divorcio. El corazón de Laurel abrigó esperanzas, pero de inmediato se recordó que Rakin no la amaba. Probablemente solo quería firmar los papeles.

–¿Cómo has podido?

Laurel frunció el ceño confundida.

–¿Qué...?

–¿Cómo sabes si yo estoy de acuerdo o no en poner fin a nuestro matrimonio? ¿Acaso te molestaste en preguntarme antes de largarte mientras dormía?

Laurel no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Estaba molesto con ella porque no se lo había preguntado?

–Ya no me necesitas –le dijo–. Ya tienes lo que buscabas cuando te casaste conmigo: tu herencia. Y hasta la has conseguido antes de lo que pensabas.

–Lo que has hecho ha sido huir –la acusó él.

No se había esperado el vacío que había sentido al descubrir que Laurel se había marchado. En ese momento de repente las amenazas de su abuelo le habían parecido una pequeñez.

–No es verdad –replicó ella.

–Le dijiste a mi abuela que se trataba de una emergencia familiar.

–Le mentí, sí, pero lo hice porque no quería decirle la verdad: que no podía quedarme. Si le hubiese dicho la verdad tu abuelo habría paralizado el traspaso de las acciones.

Rakin se sentía como si un puño helado estuviese estrujándole el corazón. No estaba consiguiendo llegar a ella; iba a perderla...

¿Qué había sido de su esposa sexy y cariñosa? Una ola de terror lo invadió.

Decidió intentar un pequeño soborno de negocios.

–Vas a tener que volver conmigo a Diyafa. Ben Al-Sahr tiene un hermano y también tiene interés en hacer negocios con el Grupo Kincaid.

Laurel sacudió la cabeza.

–Matt puede ocuparse de eso. Yo no me voy de aquí.

Los temores de Rakin se multiplicaron. Laurel nunca había rechazado una oportunidad de ayudar a la compañía de su familia. No iba a volver a Diyafa. Jamás. De nuevo se sintió un vacío terrible en su interior ante la idea de afrontar la idea de un futuro sin ella. Había llegado el momento de echar toda la carne en el asador. Haría lo que fuera para recuperarla. Inspiró profundamente y se lo jugó todo a una carta.

–Podríamos intentar tener un hijo, si es lo que quieres –dijo.

Laurel se quedó mirándolo aturdida.

–¿Un hijo? ¿Se puede saber a qué viene eso ahora?

La respuesta de Laurel lo descolocó por completo. Había estado tan seguro de que quería un hijo... Sacudió la cabeza.

–¿No es eso lo que querías, tener un hijo?

Laurel no contestó, y su pánico aumentó. No podía ser que estuviera equivocado. La razón por la que se había ido era que le había dicho que no quería tener hijos. Se había quedado destrozado al descubrir que lo había dejado, pero jamás le diría eso. Nunca correría el riesgo de exponer su corazón de esa manera. Y aun así, murmuró:

–Me gustaría ser el padre de tus hijos.

Pero en vez de abrirle los brazos Laurel se cruzó de brazos y se quedó mirándolo con ojos acusadores.

–Este matrimonio es solo algo temporal... basado en el sexo y los negocios. Eso es lo que me dijiste. ¿Lo recuerdas?

–Dije muchas tonterías –murmuró Rakin alargando la mano para acariciarle el brazo–. Los hombre siempre decimos tonterías cuando algo nos asusta.

–¿Y qué es lo que te asusta? No tienes que decírmelo si no quieres –murmuró Laurel, y antes de que apartara la vista Rakin vio que había lágrimas en sus ojos.

–No llores, por favor –Rakin alargó las manos hacia ella, pero vaciló y al final se las metió en los bolsillos de los vaqueros.

–No estoy llorando –replicó ella, aunque las lágrimas rodaban ya por sus mejillas–. Al menos no porque esté triste. ¿Sabes lo que quiero decir?

No, se había perdido. Rakin se preguntó si algún día llegaría a entender a las mujeres.

–Pero entonces, si no estás triste... ¿por qué estás llorando?

Laurel se giró hacia él y parpadeó.

–Porque me siento aliviada. Creí que no querías hijos –respondió–. ¿No vas a preguntarme por qué te llamé?

Lo que Rakin quería era estrecharla entre sus brazos, pero Laurel estaba conteniendo el aliento. Tenía la sensación de que aquello era importante para ella.

–Estoy embarazada.

–¿Embarazada? –Rakin se sintió palidecer.

Laurel asintió, mirándolo con los ojos muy abiertos. Rakin cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Atrapado en su propia trampa. Tragó saliva.

–Rakin, ¿estás bien?

Él abrió los ojos y bajó la cabeza para mirarla.

–Perdona, es que ha sido un shock oírte decir eso.

Los ojos de Laurel se ensombrecieron.

–No te alegra. Cuando has dicho que querías tener hijos no lo has dicho en serio, ¿verdad?

Laurel le dio la espalda y se alejó con el paso cansado de una mujer anciana. El verla así hizo que le doliera el corazón.

–¡Laurel, espera! –la llamó.

Ella se detuvo, pero no se volvió, sino que se quedó allí plantada, tensa, esperando. Rakin se le acercó por detrás y le rodeó con los brazos el vientre, donde crecía su hijo, antes de hacerla girarse hacia él para que lo mirara.

–Laurel, yo... –comenzó, pero no sabía cómo continuar.

Laurel, que estaba mirándolo con una mezcla de frustración y de dolor, dejó caer los hombros.

No quería que siguiera casada con él solo por el bebé. Quería que se quedara con él porque... porque la quería.

Aquello era como un eco terrible del pasado, pensó. Su madre había estado muy enamorada de su padre, pero lo único que él había querido era un heredero. La historia se repetía, solo que esa vez los papeles se habían cambiado y era él quien estaba enamorado y Laurel quien quería un hijo.

Un amor no correspondido... su peor pesadilla hecha realidad.

Y lo más irónico era que sus abuelos se mostrarían encantados cuando se enterasen de que Laurel estaba embarazada e iban a tener un nieto, un sucesor para hacerse cargo en el futuro del negocio familiar.

Sin embargo, él no se sentiría feliz. No atado para siempre a una mujer que no lo amaba, pero a la que no podía dejar marchar. Estaba atrapado. Aquel era su destino.

Rakin había estado taciturno desde que habían vuelto de la playa hacía una media hora. Cuando entraron en la casa apenas miró a su alrededor antes de sentarse en el sillón de cuero en el que solía sentarse su padre cuando iban allí, frente a las puertas correderas de cristal que se asomaban a la playa.

Estaba demasiado callado, y eso no podía ser bueno. ¿Qué pensamientos estaban pasando por su cabeza? Ya no aguantaba más; tenía que saberlo.

–¿No piensas volver a hablarme?

Rakin giró la cabeza.

–¿Qué? –inquirió, mirándola como si acabara de salir de un estado de trance.

–¿Te das cuenta de que esa es la primera palabra que me has

dicho desde que hemos entrado en la casa?

Rakin parpadeó y sacudió la cabeza.

–No me había dado cuenta; perdona.

–No quiero una disculpa; lo que pasa es que me duele cuando te parapetas tras esa máscara.

Rakin se quedó mirándola sin comprender. Laurel suspiró. Aquello no estaba funcionando. Quizá podría intentar decirle algo que no se esperara, algo chocante que hiciera caer esa máscara.

–Me parece que voy a necesitar unas esposas.

–¿Unas esposas? –repitió él.

–¡Sí, unas esposas! –casi le gritó ella, llena de frustración–. Porque parece que el sexo es el único modo que tengo para atravesar esa coraza que llevas siempre, de que pierdas el control y muestres tus sentimientos.

Las mejillas de Rakin se tiñeron de rubor.

–Para eso no hacen falta esposas –murmuró.

El corazón de Laurel palpitó con fuerza ante el suave tono que empleó.

–¿Qué quieres decir?

–Que no es el sexo; eres tú quien me hace perder el control.

Aquella confesión era más de lo que Laurel se habría atrevido a esperar. Se levantó y fue a sentarse a su lado, en el brazo del sillón.

–Está bien; demuéstramelo –le dijo.

Rakin le puso una mano en el cuello para que se inclinase hacia él y la besó, fue un beso dulce y tierno.

–Estoy aterrado –le confesó cuando despegó sus labios de los de ella y sus ojos se encontraron.

Laurel supo que era la verdad. Había miedo en sus ojos negros.

–¿Por qué? ¿De qué se trata? –estaba asustándola–. Dímelo –lo instó. Ya estaba cansada de silencios y vacilaciones.

–A pesar de lo que te dejé que creyeras, el matrimonio de mis padres no fue un matrimonio perfecto ni mucho menos. La suya no fue la historia más romántica del mundo.

–¿Eso es todo? –inquirió ella aliviada–. Bueno, el matrimonio de mis padres tampoco fue perfecto, pero no somos ellos, Rakin. No tenemos por qué repetir sus errores.

Rakin la miró a los ojos.

Laurel sintió una punzada en el pecho. Estaba diciéndole que

nunca podría amarla. Sin embargo, eso ya lo había aceptado. Irguió los hombros, y haciendo de tripas corazón le dijo:

–A mí me cuesta creer que mi padre pudiera querer de verdad a mi madre y engañarla durante años ocultándole que tenía otra familia. Pero hacía feliz a mi madre y fue un gran padre –le dijo. Tenía que llegar a un entendimiento con Rakin; un acuerdo que funcionase para los dos–. Aunque nos divorciemos podemos intentar llevarnos bien por el bebé. No hay ninguna necesidad de hacernos infelices el uno al otro dentro de un matrimonio que no sería más que una cáscara vacía. Los dos querremos a ese bebé y por eso...

–No era solo a mi madre a quien mi padre no quería –la interrumpió Rakin–. Mi padre esperaba grandes cosas de mí, y se sentía orgulloso de mí, pero nunca me quiso.

–Oh, Rakin... –murmuró ella.

–¿Y si no soy capaz de querer a ese niño?

El miedo había vuelto a aflorar a su mirada.

–Eso no pasará. Recuerdo lo paciente que te mostraste con mi sobrino Flynn en la boda...

–Eso era distinto –la cortó él.

–Y cuando subiste a ese chiquillo a lomos de Pasha contigo –insistió Laurel–. Le diste lo que sabías que le haría feliz.

–¿Quién no lo haría?

–Una persona a la que no le gusten los niños –le contestó Laurel–. Créeme; ese temor tuyo no tiene ninguna base.

–No es mi único temor –murmuró él–. Desde niño me enseñaron que tenía que ser duro, que tenía que controlar mis sentimientos y comportarme como un miembro de la familia real para honrar el nombre de los Abdellah.

–Hay hombres que no deberían ser padres, y es posible que tu padre fuera uno de ellos, pero tú no eres como él –le insistió Laurel.

Rakin sacudió la cabeza. Laurel lo vio levantarse y lo siguió con la mirada hasta que se detuvo frente a las puertas correderas y se quedó allí de pie, mirando la playa. Tenía la sensación de que Rakin estaba enfrentándose al mayor desafío de su vida... y de que estaba aterrado.

–Te quiero.

Laurel había pronunciado aquellas dos palabras en un susurro tan suave como el aleteo de una gaviota. Sin embargo, rugieron con

la fuerza de un tornado en la mente de Rakin, que se giró hacia ella sin poder creer lo que había oído.

–¿Qué?

–Que te quiero.

No había oído mal. Rakin dio un paso hacia ella pero se detuvo. ¿Lo decía de verdad, o simplemente por el bien de su hijo?, se preguntó atormentado. Sin embargo, se detestó a sí mismo por dudar de ella cuando vio la profunda emoción que había en los ojos de Laurel. Fue tal el alivio que sintió que le flaquearon las rodillas. Lo decía de verdad; ¡Laurel también lo amaba!

Y aquella hermosa mujer era mucho más valiente que él. Lo había arriesgado todo, desnudando su corazón, exponiéndose a ser rechazada. Tragó saliva y le pidió:

–Dilo otra vez.

Aquellos ojos verdes que adoraba brillaban cuando Laurel repitió:

–Te quiero.

Con la fuerza que le habían dado esas palabras inspiró, cerró los ojos, y le dijo:

–Yo también te quiero.

Abrió los ojos, y se encontró con que Laurel estaba mirándolo también con los ojos llenos de lágrimas.

–Quiero que nos casemos de nuevo –le dijo Rakin.

El rostro de Laurel se iluminó.

–Sería maravilloso –dijo, y se lanzó a sus brazos–. ¿Y dónde vamos a casarnos esta vez? –inquirió–. Me encantaría casarme aquí, para que mi familia estuviera presente.

–No me importa dónde nos casemos. Esta vez será diferente –dijo él mirándola a los ojos–. Porque esta vez, cuando pronunciemos nuestros votos sabrás que te quiero, y yo sabré que tú me quieres a mí.

Laurel sonrió.

–Pensé que esta vez preferirías una boda en Venecia de verdad.

Laurel le echó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza.

–¡Oh, Rakin, será maravilloso! –exclamó entre suaves risas y lágrimas–. Y vendremos aquí a pasar todos los veranos –dijo echándose hacia atrás para mirarlo.

Rakin sonrió.

–Lo que tú digas –contestó, dispuesto a acceder a cualquier cosa que le propusiera.

Laurel lo besó con pasión, y durante un rato se quedaron los dos callados.

–¿Sabes? Ya que vamos a tener un hijo... –comenzó Rakin–, la verdad es que me gustaría que tuviéramos más de uno. Sé lo que es ser hijo único y es muy aburrido.

Ella sonrió encantada.

–Y cuando vengamos aquí a pasar las vacaciones de verano invitaremos a mis hermanos a que vengan a visitarnos con sus familias para que nuestros hijos puedan jugar con sus primos.

Rakin asintió.

–Será una manera de que mantengas el contacto con tu familia. Aunque por eso tampoco tienes que preocuparte, porque vendremos a visitarlos siempre que puedas. Y por supuesto quiero que continúes con tu trabajo si te hace feliz.

Laurel volvió a abrazarle. Se había temido que quisiera que dejara su trabajo, y el oírle decir eso la llenó de alivio.

–Gracias, Rakin. Me encanta mi trabajo.

–Eso me parecía a mí.

Laurel se echó a reír.

–Me encanta cuando te ríes. No te guardas nada –dijo Rakin–. Y cuando te ríes estás aún más preciosa.

–No puedo dejar de reír y de sonreír cuando estoy contigo; me haces feliz.

Rakin también sentía un profundo alivio. No era su padre, y su esposa no se convertiría en una sombra de sí misma como su madre. Laurel lo amaba y él la amaba a ella. Y a sus hijos, a sus hijos también los querrían muchísimo.

Epílogo

Sonó el timbre de la puerta. Elizabeth Kincaid miró a todos los miembros de la familia, reunidos en torno a ella en el salón mientras tomaban una copa antes de la cena.

–Deben ser Laurel y Rakin –dijo.

–Iré a abrir –dijo Pamela.

Cuando Laurel entró en el salón seguida de su marido, Elizabeth vio de inmediato que su hija mayor no era la triste figura que la había visitado hacía solo unos días. Estaba radiante de felicidad.

Después de haber saludado a todos, repartiendo besos y abrazos, Rakin se colocó detrás de su esposa, rodeándole la cintura con los brazos, y Laurel dijo:

–Tenemos que daros una noticia.

Se hizo silencio en la sala.

–¡Estamos esperando un bebé!

De inmediato se formó una enorme algarabía. Kara dio un gritito de la emoción. Lily, que no podía estar más feliz por su propio embarazo, fue la primera en levantarse para ir a dar a Laurel otro abrazo. Susannah se secó las lágrimas de alegría que habían acudido a sus ojos. Brooke se adelantó para darle un beso a Laurel en la mejilla y le dijo:

Todo el mundo empezó a hablar a la vez. Eli, rodeó a Kara con los brazos y se acercaron a Rakin y Laurel.

–¿Me perdonas? –le preguntó a Laurel.

Laurel sonrió y le dijo:

–Si no hubiera sido por ti, probablemente Rakin nunca me habría pedido que me casara con él, así que no solo te perdono, sino que te estoy muy agradecida.

–Esto me da una cierta sensación de *déjà vu* –intervino Kara con una sonrisa traviesa–. Me recuerda al día de nuestra boda, cuando te di las gracias por dejar a Eli –le dijo a Laurel.

Elizabeth Kincaid dejó escapar un gemido ahogado de reproche hacia su hija mediana, pero los demás se rieron y ella se echó a reír también.

Sus ojos se encontraron con los de Cutter que estaba mirándola con ternura. Tomó su mano y se la apretó. Cutter era su roca, su segunda oportunidad en el amor y su segunda oportunidad de ser feliz.

Después de todos esos meses de preocupaciones y angustia empezaba a ver el futuro con más optimismo. Si la policía encontrase por fin al asesino de Reginald y todos pudieran respirar tranquilos al fin…

Pensó en Angela Sinclair. Debía estar inquieta sabiendo que la policía sospechaba de su hijo. Miró a sus hijos.

Tenía a toda su familia con ella. Todos parecían felices. Era el mundo de Angela el que estaba a punto de ponerse patas arriba.

La voz de Pamela interrumpió sus pensamientos.

–Dentro de diez minutos serviré la cena –les anunció–. Flynn, ven a lavarte las manos.

Elizabeth fue hasta una estantería y sacó un grueso álbum de familia de fotos de sus hijos de bebés. Le parecía el más apropiado con dos de sus hijas embarazadas.

Se sentó en el sofá, junto a Cutter, y poniendo el álbum en su regazo le sonrió antes de decir a los demás:

–Antes de que Pamela sirva la cena, venid aquí; voy a enseñaros a todos lo preciosos que eran los bebés de nuestra familia.

Nadie se hizo de rogar, y en cuestión de minutos ya estaba rodeada por todos a los que quería.

* * *

En el Deseo titulado
Enemigos en el amor,
de Day Leclaire,
podrás continuar la serie
LOS KINCAID